

*¿Qué hacer cuando los secretos deben seguir ocultos  
pero el amor no deja de recordártelos?*

# TESORO OCULTO

DIANA SCOTT

SERIE  
STONEBRIDGE  
PARTE 1



# **Tesoro oculto**

**Serie Stonebridge**

**Libro I**

Diana Scott

Published by Diana Scott

Copyright 2017 Diana Scott

# Índice

[Prólogo](#)

[Un día nublado](#)

[Me arriesgo](#)

[Quién eres](#)

[Un día más](#)

[Soy yo](#)

[Nada personal](#)

[Vuela conmigo](#)

[Un nuevo amanecer](#)

[Me debes algo](#)

[Nuevos comienzos](#)

[Quien dice uno...](#)

[No necesitas buscar](#)

[Fabergé](#)

[Nos estamos perdiendo](#)

[Estamos enamorados](#)

[El pasado siempre vuelve](#)

[Lo que yo deseo](#)

[Un día más](#)

[El primer paso](#)

[Peligro](#)

[No puedo](#)

## Prólogo

— Pensé que no aceptarías.

— Soy el regalo de cumpleaños—. Los ojos azules y pecaminosamente masculinos se iluminan transgresores.

— Eres un perverso...

— Y ahí radica mi mayor atractivo.

Ella se frota melosa sobre su marido que asiente conforme. La larga cabellera dorada se extiende por su delicada espalda mientras besa a su pareja con esmerada gratitud.

¿Qué mujer no enloquecería frente al pequeño obsequio que su marido le ha organizado?

Llamar pequeña sorpresa al atractivo de Reed es quedarse muy, pero muy corto. Ella arde en deseo ante semejante sorpresa y la necesidad le sube por las piernas.

— ¿Amor, Blue Hawaiian para comenzar?

— Me encanta.

— ¿Reed?

— Por ahora nada.

— ¿Me la cuidas hasta que regrese?

— Un placer.

— Confío en ti— contestó sonriente—. Iré a la barra. No me esperéis para comenzar. Tardaré el tiempo suficiente para disfrutar de las vistas cuando regrese.

Reed no se hizo esperar. Se aferra a la mujer atrayéndola directamente a su duro cuerpo que la espera ansioso. Ella se sujeta con ansias a los fuertes brazos y mordisquea con desesperación los carnosos labios varoniles que se le ofrecen en bandeja.

— Te deseo...— Susurra melosa.

— Esta noche soy tu regalo. Puedes jugar conmigo hasta que te canses.

La rubia acaricia deseosa por abrir el envoltorio y gozar de tan ansiado premio.

— Eres el más glorioso de los obsequios.

Ambos se acarician sensuales y sin descaro. La mujer enreda sus manos en el rebelde cabello de Reed con impaciente angustia. Desea jugar con su maravilloso presente y no quiere esperar. La beldad se frota contra el miembro

viril. Intenta someterlo a su poder, desea ser la dueña de su pasión, lo acaricia y estimula atrevida pero él no se lo permite. Ella es una fiera pero Reed es el domador.

— Oh...— La mujer suspira cuando comienza a recibir pequeños mordiscos adiestradores sobre su cuello.

Con poca delicadeza y sin aviso previo, su dulce cuerpo queda atrapado contra la mesa y es devorada por un hombre que le demuestra perfectamente quien gobierna la situación.

Él no juega, él ataca. Reed es el amo y señor de sus deseos. Nunca perderá la cabeza por nada ni por nadie.

La música sensual es embriagante. Los suaves gemidos de parejas cercanas se entrelazan insolentes con el choque de cuerpos hambrientos por la pasión. El ambiente huele a lujuria y desenfreno. El Templo de las Pasiones es el sitio perfecto para gozar. Invita al placer y ofrece rienda suelta a una sexualidad amarrada bajo los prejuicios de la sociedad.

Reed es socio Vip de la sala. El Templo de las Pasiones es su forma habitual de conseguir placer sin compromisos. Sexo sin sentimientos. Ese es el único viaje permitido a un viajero que aún sangra vergüenza y dolor.

Su cuerpo está listo para comenzar el festejo. Sus manos ásperas estrechan la delicada cintura demostrando la intensidad de su deseo y la joven gime por rozar su piel. Un cuerpo masculino se suma a la pareja y se pega a la delicada espalda de la joven. El hombre acaricia sus redondeados senos excitados y la rubia gime impaciente.

— ¿Cariño, nos marchamos con Reed? En la sala canela nos esperan.

— Mmm.

— Amor...— Toni sonríe mientras mordisquea el hombro de su esposa  
— ¿Ese sonido es un sí?

Reed se aferra a su estrecha cintura y restriega su erección sobre la corta minifalda intentando conseguir una respuesta. No se encuentra en condiciones para mayores esperas.

— Sí...Sí.

— ¿Parece que mi dulce esposa quiere recibir su regalo de cumpleaños?

— No la hagamos esperar—. Dijo ronco por la pasión.

Ambos hombres guían a la excitada mujer hacia el pasillo. Atraviesan un abarrotado salón con una atareada actividad sexual y caminan impacientes rumbo a la habitación canela. Allí los espera su gangbang particular.

El matrimonio entra en primer lugar y Reed cierra la puerta tras ellos con

los ojos consumidos por un deseo que apenas podrá saciar. Para Reed el sexo sólo representa simples migajas mezquinas de algo que jamás sentirá.

.....  
*No muy lejos de allí...*

— ¡Fue un accidente! Él no tendría que haber estado allí...Yo no quise. No fue mi intención.

La sombra en la oscuridad camina nerviosa de un lado a otra mientras mesa su pelo. El hombre de complexión fuerte, que se encuentra en el rincón contrario de la habitación, acaricia la reliquia entre sus manos sin prestar mucha atención al sufrimiento ajeno.

— *krasivya...*— Murmura admirado.

— Sí, es preciosa ¿pero a qué precio?

La figura en la sombra se dejó caer en el sofá intentando que la oscuridad de la noche oculte sus remordimientos.

— Amigo, tú no poder controlar el destino. Ese hombre no aceptar razones.

— No quería matarlo—. Gritó ofuscado.

— *Nichego ne popishesh.*

— Tienes razón, no pude hacer otra cosa pero...

— Tú no preocupar más. Ese hombre ser un idiota y no deber actuar así. Tú y yo ser ricos en poco. Vayamos a hotel mío. Allí vodka y buena compañía os harán olvidar.

El grandullón guió al afligido hombre hacia la puerta mientras disfrutaba de su nueva pieza de colección. Con ella obtendrían suficientes fajos de dinero como para olvidar más que rápido a estúpidos cadáveres entrometidos.

— Buen futuro nos espera, ahora vamos a gozar.

— Eso me gusta—. La sombra se rió olvidando sus tristes remordimientos.

— Y cuando tú ver amigas mías tú gustar aún más— El grandullón rió exaltado.

Ambos partieron de la oscura habitación, sonrientes al reconocer el delicioso camino que comenzaban juntos.

## Un día nublado

¿Por qué será que la gente nunca lleva paraguas? Diluvia como nunca pero ellos corren de aquí para allá como hormigas a punto de ahogarse.

Sorbo otro poco de té con limón concentrada en la imagen que me ofrece mi ventanal del tercer piso en Stonebridge. Hoy la concentración me rehúye. Son tiempos complicados, diría mi hermana, y no seré yo quien se lo niegue.

Hoy es mi aniversario, cumpliríamos diez años de casados y a pesar de los últimos tres años de soledad y los siete anteriores de espesas lágrimas, no consigo dejar de pensar como sería todo si estuvieras aquí. ¿Estaría contigo o habría tenido el suficiente valor para darte una patada en el culo y seguir adelante sin mirar atrás?

La vida no es muy justa con algunas personas y en mi caso se ha cebado con ganas. ¿Qué será lo próximo a una orfandad inesperada y un marido que te valora lo mismo que a un felpudo? Sorbo otro poco de té mientras continuo observando por la ventana.

— Se va a estropear los zapatos con tanta agua...

La gente se mueve, no quieren mojarse, están apresurados ¿Por qué no llevan paraguas?

Termino mi infusión pero mi cerebro es un come-come que no me da tregua.

John está muerto y no volverá, eso es una realidad. Estoy sola y sigo adelante. El tiempo pasó y la serenidad ha retornado a mi vida. No estoy tan mal como los demás imaginan pero hay tantas cosas que ellos no saben... Mi vida esconde demasiados secretos sin confesar y muchas vergüenzas que no termino de aceptar.

Al casarme era una jovencita que buscaba cobijo, seguridad y John representó eso y mucho más. En los primeros años podría decir que lo conseguí e, incluso, llegué a ser feliz, pero luego todo cambió. Mi sosiego se convirtió en la más penosa de mis agonías. Hoy soy capaz de reconocer que jamás tuve mi época dorada.

Actualmente trabajo como directora del Museo Arqueológico Stonebridge, he conquistado una vida con la que sí deseo vivir. Soy una respetada profesional, me siento libre y lucho contra mis miedos que aunque siguen siendo muchos, me siento fuerte para afrontarlos. Los sufrimientos ya no existen. Los únicos golpes que recibiré de hoy en adelante son los propios de la

vida y me prepararé con uñas y dientes para hacerles frente.

Los miedos son desafíos que no temo experimentar. John, desde allí donde estés, escúchame bien, espero que te pudras porque ¡No te perdono!

— Anne, me marchó—. La voz de mi secretaria desde la puerta me distrae de mi auto reivindicación de libertades— Ha llamado tu hermana y dice que te espera para cenar.

— Gracias. Ten cuidado que está diluviando.

Mary sonrío acomodándose su generoso escote y sale despreocupada, las veinteañeras no temen estropearse la ropa.

— Anne, deberías salir y buscar un señor que te de calorcito en días como este.

¿Señor? Claro, como soy viuda, sólo valgo para canas y bastones. Mejor me callo. Todos conocemos a Mary y su dichosa rivalidad femenina y aunque yo simplemente lo llamaría puta envidia, no puedo expresarlo en voz alta. Las mujeres inteligentes somos libres de pensamientos pero prisioneras de nuestra buena educación.

— Buenas noches Mary.

Doy por finalizada la conversación al escuchar el sonido insistente del teléfono.

— ¡Marc! Que alegría...¿Estás en la ciudad?...Me parece perfecto...¡Sí! Jaja. No seas pesado. Lo prometo. Organizaré todo para que en esa semana tú seas mi única prioridad...Yo también te quiero mucho pero la cena la pagas tú, mi economía no es tan solvente como la tuya—. Marc ríe al otro lado de la línea —. Otro besazo para ti también. Nos vemos pronto.

Marc Olson, uno de los hombres más fieles que conoceré jamás. Siempre allí. Él nunca se marchó. Cuando tu marido es un prestigioso arqueólogo internacional mucha gente te llama para ofrecerte sus condolencias pero con el tiempo todos comienzan a desaparecer y sólo te quedan tres o cuatro personas que nunca te abandonan. Personas leales y sinceras como mi gran amigo Marc.

Siempre presente, siempre allí cuando lo necesitas. El hombre ideal para cualquier mujer excepto para mí, que sólo fui capaz de sentir una preciosa amistad. ¿Debería darle una segunda oportunidad? Es guapo, inteligente y enamorado de mí desde hace años ¿Por qué no volver a intentarlo? En aquellos meses de noviazgo éramos apenas unos críos pero hoy somos dos adultos solitarios y yo podría probar...¡Que va! No quiero una pareja, yo deseo vivir, experimentar y punto pelota. Mejor me dejo de estupideces...

— ¡La hora!



O me lanzo a correr o Jane me despellejará viva por salir nuevamente tarde. No hay nada que odie más que su delicioso Rosbif con puré de patatas se quede frío.

Salgo corriendo cuando me doy cuenta.

— ¡Mierda! No llevo paraguas— Ríe divertida— ¡Y qué más da! No tengo veinte años pero soy feliz— sonrío sola con mis tonterías y marchó esperanzada. El futuro me deparará todas las aventuras que yo decida aceptar y no pienso rechazar ninguna.

## Me arriesgo

— Anne, me voy...— Es la segunda vez que se despide en los últimos diez minutos pero no termina de marcharse.

— ¿Te pasa algo?

— En cinco minutos saldrá por esa puerta el hombre más guapo del mundo.

— ¿De la oficina en obras?

— Sí.

— ¿Y lo acechas para violarlo en el pasillo?

— Mejor en el ascensor— Niego con la cabeza mientras Mary sonrío con picardía.

— Buenas noches Mary.

Bajo la mirada al teclado. Saco más provecho si continuo con mi informe y termino pronto el informe, que seguir escuchando las sandeces de mi secretaria. Las finanzas en el museo son delicadas y los ingresos son muy escasos, por lo cual o hago encaje de bolillos o muchos de mis compañeros en el área experimental terminarán en la calle.

Miro al reloj y compruebo que me ha vuelto a pasar. Han pasado dos horas del horario de salida y es tardísimo. Me restriego los ojos relejendo la documentación y parece fiable ¿pero lo suficiente como para atraer nuevos inversores? De eso no estoy tan segura. No puedo permitirme errores, necesitamos el dinero. En fin, por esta noche no puedo hacer mucho más. Recojo mis cuatro cosas y me marcho derechito a casa.

— ¡Mierda!

Mi avejentada agenda y sus cientos de papelillos vuelan por los aires. ¡Por favor, que desastre! Después de todo va a ser verdad y tengo que jubilarla. Me agacho para recoger el estropicio de tarjetas desperdigadas en el suelo de madera y me marcho.

El Templo de las Pasiones... Leo la tarjeta descolorida por el paso del tiempo. ¿Cuántos años llevo guardando esta tarjeta? Tres...¡No! Ya son cinco años. Me siento en la alfombra mientras recojo el resto de papeles.

De novios John nunca estuvo de acuerdo con mis curiosidades sexuales y dentro del matrimonio el sexo se convirtió en un tren al que era mejor no subirse. Cumplir y callar pensando sólo en cuando se iba a terminar. Esa era mi vida sexual.

“Mujeres como tú no atraen”. Esa era su frase habitual. ¿Mujeres como yo? ¿Aburridas? ¿Resignadas? ¿Insípidas? ¿Monótonas?. ¡Y un pimiento! Yo no soy así, puede que lo haya sido pero ya no más.

Templo de las Pasiones, espero que sigas abierto porque mañana mismo pienso ir a visitarte y ya veremos a qué tipo de mujer pertenezco. Ya no necesito pedir permiso para hacer lo que me plazca, buscar lo que me interesa o probar lo que deseo. Autoestima pintándose los labios de rojo pasión.

.....

— Te digo que tengo esta invitación.

— Y yo le reitero que no puede entrar. Esa entrada caducó hace años.

— Se me ha pasado la fecha. Vamos, no seas así. ¿Me ves aires de peligrosa?— Le regalo la mejor de mis sonrisas— ¡Mira! Te estás riendo. No seas así, es mi primera vez...Sólo estaré un ratito corto. Una copita y me marcho.

— Lo siento pero no puedo. Quizás otro día.

El grandullón se mueve hacia un costado dejando pasar a dos mujeres maravillosas que no necesitaron ninguna presentación.

— ¿Qué pasa? ¿Las pelirrojas no somos bienvenidas?— Digo molesta— ¿Ellas sí pero yo no?

— Debes ser socia o estar invitada por uno de ellos. Las preciosas como tú también están obligadas a cumplir las reglas.

Ay que tierno, me ha llamado preciosa...Me lo como. Pongo carita de inocente como último recurso pero nada. Que no va a dejarme entrar. Me resigno a regresar a casa cuando una voz gruesa y varonil capta toda mi atención.

Ay madre, que este hombre no puede ser real. Cabellos negros como la noche y un poquito más largo de lo habitual, enmarcan una cara recia y masculina. Debe medir más de metro ochenta pero no es de esos flacuchos alargados sino por el contrario parece que entrena lo suficiente como para que sus brazos se marquen a través de la camisa. Viste pantalones claros con camisa azul celeste y es el hombre más atractivo que he visto jamás. Me tambaleo pensando la de cosas nuevas que podríamos probar juntos en horizontal, en vertical, en el aire, en el agua y donde el cuerpo me aguante. ¡Ay madre! Si al final va a resultar que no soy ningún muermo...Jódete John.

— Marcus, deja pasar a la señorita. Viene conmigo

— Reed, sabes que no puedo dejarla entrar. Si llega a provocar algún incidente, Solange me echará a los lobos como desayuno.

— Ella no se separará de mi lado ¿no es así Anne?

¿Cómo sabe mi nombre? No importa, con esos ojazos azules le acepto todo.

— Sí quiero...Es decir, sí prometo...Sí a todo...— Ay madre, me estoy enterrando en el lodo.

El Dios masculino mueve un lateral del labio ¿Qué fue eso, un simulacro de sonrisa?

— ¿Segura que quieres entrar?— Me pregunta con firmeza.

— Siempre lo he querido pero nunca he tenido la oportunidad.

— Yo te lo daré— Me toma de la mano y entramos a pesar del disgusto del pobre Marcus que no está para nada conforme con mi presencia.

Caminamos despacio para no tropezarnos. El salón principal está en penumbras y yo intento no caerme debido a la escasa luz. Mis pupilas se dilatan acostumbrándose a la oscuridad del lugar. El ambiente es curioso, diferente, incluso podría decirse que un poco sobrecargado pero muy apropiado.

La música sensual envuelve el ambiente. La sala brilla de forma intermitente y los espejos cubren casi la totalidad de las paredes. A mi derecha una pequeña barra de bar está dirigida por un camarero sonriente que atiende sin descanso. Los colores plata y dorado completan una decoración barroca de lámparas y luces color pastel. Las parejas disfrutan sonrientes mientras otros solitarios se limitan a observar.

En un abrir y cerrar de ojos, unos potentes focos iluminan la tarima hasta hacerla brillar de forma deslumbrante. Tres mujeres de minúsculos Bikinis comienzan un baile altamente sensual. Ellas se contonean sensuales alrededor de unas barras de metal, que se extienden desde la tarima de madera caoba hasta el techo impecablemente blanco.

— Si prometes no escaparte voy a por unas copas—. Asiento con la cabeza sin poder pronunciar palabra.

Mi boca abierta de par en par no deja de exclamar. Es el mayor espectáculo erótico que he presenciado jamás. Si alguien me lo quisiera contar diría que roza lo ordinario pero no es exactamente así. Aquí nadie grita descontrolado como en un bar de soldados calenturientos, sino muy por el contrario, tanto hombres como mujeres disfrutan de lo que podría llamarse un espectáculo deliciosamente carnal.

Unas señoritas terriblemente guapas y con vestidos minúsculos, cada tanto se acercan a unas mesas invitando a ciertas parejas a algo que desconozco pero que ellas asienten mientras se dirigen a diferentes puertas ubicadas al final de un largo pasillo. Intento seguirlos con la mirada pero los sonidos de

admiración frente a una de las bailarinas que logró subir por el tubo hasta el techo, me distrajo de mis cotilleos.

— Guau.

— Champagne— El Dios hecho hombre me acerca su mano que sujeta una delicada copa de cristal.

— Gracias— No puedo mirarlo a los ojos porque tiene un efecto directo en mis piernas. Se me aflojan.

— Muchas gracias por todo pero no tienes que hacerme compañía. Estoy segura que tendrás tus propios planes.

Es curioso pero su mirada seria y fría no me asusta sino muy por el contrario me atrae y provoca pero no me atemoriza.

— No tengo planes. De momento...

Ay madre. El corazón se me desboca de sólo imaginarlo. ¿Cuánto tiempo llevo sin sexo? Los calores que suben por mis piernas y los temblores de ansiedad, dicen que mucho.

El Dios humano se sienta a mi lado y su perfume me embriaga. Maderas, almizcle y esencia varonil al cien por ciento.

— ¿Es lo que esperabas?

— Sí y no—. Me mira desconcertado y sonrío como cada vez que me mira.

— La decoración es espectacular pero me esperaba algo más...

— ¿Algo más?

— No sé, algo más ¿fuerte?

— Algo como orgías, sados, tríos, intercambios...

— Yo no dije eso—. Me estoy poniendo más roja que mi pelo.

— Pero lo has pensado.

— Eso sí—. Lo de mentir se me da fatal.

— Te gusta jugar fuerte.

— No, que va...Yo no...Nunca...—. Ay madre que me estoy enterrando otra vez. Autoestima corriendo despavorida.

El Dios griego en versión morena me ofrece su escueta sonrisa e intuyo que se está burlando.

— No te rías de mí...Las mujeres tenemos los mismos derechos que los hombres a experimentar.

— Amén por eso.

Dos parejas de una mesa cercana se ponen de pie y se dirigen al gran pasillo lateral.

- ¿Dónde van?
- A experimentar.
- Oh...
- Oh—. Repite divertido.
- ¿Podemos ir?
- No.
- ¿Se necesita invitación para ver?
- ¿Eres voyeur?
- No— rio a carcajadas— Solo curiosa incurable.

Bebo de mi copa mientras me muevo al compás de la música. Este lugar cada vez me gusta más. Mi bombón particular se levanta y estira su brazo para que lo acompañe y lo sigo embobada. ¿Existirán habitaciones privadas?

Me dirige al centro de la pista y veo como sobre la tarima se prepara un espectáculo a todo color. Dos hombres y dos mujeres con sus cuerpos casi desnudos realizan un baile exquisitamente sensual. La luz de unos láser azules los acompañan desde el techo hasta el suelo y sus cuerpos esculturales brillan al ritmo de la música.

Estoy totalmente entregada al espectáculo y me muevo en mi sitio transportada por el erotismo del lugar, cuando noto como mi hombre perfecto se apoya en mi espalda y me rodea la cintura con sus brazos. Ambos nos movemos con pasos suaves y casi imperceptibles mientras nuestros cuerpos se rozan descarados.

Por Dios, estoy ardiendo con sólo sentirlo cerca.

Sus manos abiertas sobre mi vientre se mueven lentamente por mi cintura y puedo sentir su respiración en mi cuello junto al peso de su cabeza en el hueco de mi hombro.

La oscuridad oculta mi vergüenza y dejo que mis manos se aferren a las suyas buscando mayor contacto. Me gusta y no veo razón para no demostrarlo. La música, las luces y el lugar me hacen desearlo con unas ganas locas, estoy ardiendo y mi vagina se humedece por necesidad. Llevo mucho tiempo sin reaccionar ante un hombre pero este provoca en mí sensaciones desconocidas.

Su cuerpo se pega a mí y noto su erección restregarse en mi espalda haciéndome sentir deseada. Su contacto me hace ser audaz. Sus manos me aferran con fuerza como si deseara hacerme el amor allí mismo y yo no pienso negarme. Soy una mujer adulta, libre y me encanta. Lo deseo sobre mi cuerpo aquí y ahora. Restriego mi culo sobre su erección y lo noto insultar entre dientes mientras me regala un pequeño mordisco en el cuello.

— Anne...

— ¿Cómo sabes mi nombre?— Susurro sumergida en mi nube de pasión.

— Lo sé todo desde el primer día que te vi.

— Eso ha sido hoy.

— Para ti, sí.

Intento girarme para mirarlo a la cara y comprender lo que dice pero no me lo permite. Sus brazos me aferran con mayor fuerza y su voz ronca me habla al oído.

— Quédate así. Necesito tenerte unos minutos más.

Me quedo inmóvil delante de su cuerpo mientras siento el roce total de sus muslos y pectorales contra mí. La sensación es maravillosa y siento que la gloria llegará en apenas unos minutos. Cierro los ojos y espero lo inevitable. Pasan unos minutos, la música se detiene y comprendo lo que va a suceder.

— Nena...— Sí, estoy preparada. Sí lo haré, sí te acompaño...

— Esta noche se celebra el aniversario del local y será una fiesta un tanto desenfrenada. Es mejor que te lleve a casa.

¿Qué? ¡Qué! Me sobas todo lo que quieres, yo te lo permito como parte de un juego amoroso ¿qué no piensas darme? ¡Y una mierda! Estoy caliente como hierro al sol y ofendida en grado superlativo. Autoestima, muy pero muy cabreada.

— Me quedo.

— No perteneces a este lugar.

Y aquí estamos otra vez que si la abuela fuma. No soy ninguna mosquita muerta.

— Te agradezco el consejo pero me quedo.

— Y yo que te hacía sumisa.

— Me temo que la sumisión es pasado superado en mi vida.

— ¿Practicabas Sado?

— No de esas sumisas. Me refería a la parte de sumisa como mujer obediente, de esas que dicen a todo que sí. Sí cariño, lo que tú quieras mi vida, Sí papi...

— ¿Papi?— Se echó hacia atrás y lanzó una carcajada de campeonato—. Anne Foster eres de una especie desconocida.

Lo miro curiosa y veo que esas arruguitas que bordean la comisura de sus gruesos labios se han borrado. La sonrisa le sienta aún mejor que la seriedad antártica.

— Deberías reír más a menudo—. Hizo caso omiso a mis consejos y continuó su interrogatorio.

— ¿De quién te has liberado? ¿Novio? ¿Pareja?

— Marido fallecido.

El dios del Olimpo asiente con la cabeza conforme con la respuesta. ¿Habrá vivido algo parecido y lo comprende? No lo creo. Se le nota dominante, con un toque de controlador y una pizca de posesivo. Del tipo del haces lo que yo digo o mis gritos sonarán por medio planeta.

— Nos vamos.

— Me quedo.

— Nos vamos.

— Me-que-do.

Se pone pegado a mi cuerpo y levanta mi barbilla con dos de sus dedos largos y decididos. Si se acerca un poquitín no pienso controlarme, le muerdo esos morritos de chocolate y...¡Dios! Estoy descontrolada.

— Recuerda, te prometí entrar y entraste. Tú dijiste sí. Sí a todo, para ser exactos. Debemos irnos.

— Sí, pero...— No me permitió continuar.

— Lo dijiste.

— Lo dije pero...

— Recuerda que si no te marchas antes que los fuegos artificiales comiencen, Marcus se quedará sin trabajo y será tu culpa. ¿Y no deseas eso, verdad?

— No—. Refunfuño molesta.

— Esa es mi chica.

Estoy que exploto. Me dejo convencer por un hombre que no recuerdo su nombre, que es un dictador y que a pesar de su mirada de infierno, me lo llevaría al fondo del pasillo, le bajaría los pantalones y le mostraría lo santa que soy.

Caminamos sin hablarnos y salimos juntos del local para chocarnos con Marcus que parece aliviado al ver que me marchó. Se despide con una gran sonrisa y yo le respondo de igual forma. El pobre hombre no tiene la culpa, él sólo cumple órdenes.

— Te llevo a casa—. ¿Siempre tendrá ese mal carácter?

— Tengo coche.

Está de muerte pero no tengo porque aguantar su malos modos. Le fastidié su gran noche privada pero él se ofreció, por lo cual, que se aguante.



Me estoy a punto de ir cuando se adelanta y deposita un beso de lo más tierno sobre mi frente. ¡La frente! Ningún hombre jamás, nunca, never, me besó en la frente, igual mi abuelo, pero ese no cuenta. ¿Tan patética le parezco? Autoestima, se cubre la cara avergonzada.

— Nos vemos.

— Claro.

Camino a toda prisa hacia mi coche. ¿Ha dicho nos vemos? Creeré que soy idiota. No me pides ni teléfono, ni correo electrónico, me besas en la frente ¿y me dices nos vemos? Esos cuentos a otra, mi querido. Ya capté el mensaje. Me voy a casa que mañana trabajo y necesito una ducha de agua muy fría.

## Quién eres

— Buenos días, Mary.

— ¡De buenos nada! Ese ruido es insoportable—. La pobre se tapa los oídos con las manos—¡Son demasiados arreglos! Aquello más que un despacho parecerá el mismísimo Buckingham Palace.

Entro en mi oficina dejando a Mary refunfuñando en su escritorio. Cuando accedí al descabellado pedido de Bruce, jamás pensé que mi tranquilidad se desvanecería entre martillazos y pintura descascarillada.

Llevan sólo unos pocos días de obras pero el ruido se lo podría calificar de muchas cosas menos de comfortable. ¡Por favor! Se supone que con una simple mano de pintura y unos muebles nuevos sería un despacho de lo más decente, pero seguro que el viejo cascarrabias pretende algo mucho más acorde a su nivel de Busca Tesoros. Será un pedante engreído.

En Google no hay mucha información, según dicen prefiere mantener su identidad en secreto. ¡Y un cuerno! ¿Quién se cree que es, Indiana Jones? La objetividad no es mi fuerte en casos como este pero sencillamente no soporto a estos personajes. Utilizan nuestra historia y nuestros tesoros como una mera mercancía comercial.

La arqueología es saber de dónde venimos para vislumbrar hacia dónde vamos. Es conocer nuestros orígenes. Lo bueno y lo malo, los aciertos y los infortunios, la felicidad y los sentimientos. Nuestro pasado forma parte de un ADN evolutivo que nos identifica como seres humanos, y personajes como este consiguen dejar nuestro esfuerzo en algo poco más interesante que al de un simple recolector de polvo y huesos.

Bruce asegura que Blackman ofrecerá a Stonebridge unos ingresos desesperadamente necesarios y espero que en ese aspecto lleve razón, de lo contrario ya me encargaré yo misma de darle una patada en las mismísimas posaderas y hacerlo desaparecer de mi museo.

Acomodo el portátil en el escritorio distraída con mi propio enfado. Espero que Bruce no se equivoque y este no sea uno de los tantos proyectos que se hundan en el fracaso.

La humanidad se interesa cada vez menos por el arte. El precio de visita a Stonebridge cuesta el mismo dinero que el último CD de los grandes éxitos de las Bombas Pechugonas volumen II, sin embargo ellas son número uno en la MTV y yo, arqueóloga experimental, número uno de mi promoción y con años

de experiencia, me encuentro aguantando martillazos de una oficina que refugiará al compañero más desagradable que existe, y cuyo historial de frialdad y mal carácter es de fama internacional. Autoestima echa humo por las orejas.

Por primera vez he de reconocer que Mary lleva razón. La situación es insoportable pero como directora del museo se supone que debo demostrar con el ejemplo.

— Pronto pasará— miento descaradamente—. No tienes que preocuparte. Un poco de pintura, unos muebles nuevos y habrán terminado. Esta semana será la última.

— Qué pena...— Abro los ojos sorprendida. ¡A esta mujer no la entiende ni su madre!

— ¿Perdón?

Mary sonrío mientras cierra la puerta. ¿Qué trama?

— Anne...Tú siempre en el limbo—. Y ahí va otra de sus pataditas. Un día me hartó y salimos en los periódicos.

— ¿Se puede saber que es lo tan interesante?

— Verás— se acerca a mi silla— A eso de las cinco de la tarde, todos los días, desde que comenzó la obra, llega un hombre guapísimo y súper interesante al despacho. Entra, observa las nuevas paredes con sumo detalle, se sienta en la única silla que existe, estudia unos papeles y piensa concentrado.

Lleva días haciendo lo mismo. Mientras trabaja en lo que sea que está haciendo, se queda mirándome durante largo tiempo, totalmente embelesado. No quiero parecer presuntuosa pero ya me comprendes.

— ¿Presuntuosa tú?— Digo con ironía pero ella me ignora y continúa su discurso.

— Es a mí a quien mira. Ya me entiendes. Soy más de su tipo que tú. No puedo mentirte, no me quita los ojos de encima. Estoy segura que es a mí y no a ti, y no lo digo por ofenderte, pero yo encajo más en su perfil.

¿Su perfil? Será jodida. Ya estamos otra vez con el bendito discurso de Mary y su exuberante juventud de veinte y pocos, frente a la pobre viuda, sola y triste con treinta y tantos. ¿Por qué no la pongo de patitas en la calle? Sí, ya sé. Simplemente porque no soy así.

— Me alegro por ti Mary. Espero que ese hombre te valore para algo más que un revolcón—. Chúpate esa. Seré buena pero no soy idiota.

Mary peinó con los dedos su larga cabellera rubia platino ignorando mis pullas. Estaba claro que la parte de conseguir un buen revolcón era lo único interesante para ella.

— ¿Crees que será Blackman?

Abro los ojos estupefacta para después lanzar una carcajada que resonó en toda la planta. Madre mía, tan experta en algunos temas y tan ingenua en otras.

— No es Blackman. Un caza tesoros como él jamás se molestaría en ver las obras de un despacho. No llegará a la ciudad hasta la próxima semana, y aunque no lo conozco y ni siquiera sé su nombre de pila, estoy segura que es un señor con canas y bastante menos interesante de lo que me cuentas. Ese hombre debe ser un empleado de las obras o como mucho el decorador de interiores.

— Llevas razón...

Parece que la idea de tener un admirador pintor de brocha gorda no es muy de su agrado. Digamos que es bastante menos glamuroso.

— Mary, debo trabajar— A ver si capta la indirecta y hace lo mismo— ¿Te parece bien traerme un café con leche y olvidarnos de hombres guapos y mirones?

— ¡Calla! Mira hacia la puerta. ¡Está entrando! Es él...

— Está bien, pero después te vas derecha a tu escritorio.

Miro aburrída y casi me caigo de la silla. ¡Joder! ¡Mierda! Guapo no es una descripción suficiente para alguien así. Interesante, seductor, atractivo, fascinante, mágico, tentador, esas si son descripciones acertadas. Es terriblemente varonil, insoportablemente sexy y que me entierren por mi maldita suerte porque es el mismo mal humorado Adonis de anoche. ¡Mierda! Y mil veces mierda de suerte que tengo.

Camina lento, seguro, confiado. Todo él demuestra control completo por allí donde pisa. Viste vaqueros negros, camiseta de algodón también negra y deportivas de marca. Es el mismo de anoche pero con un aire diferente. Guapo, irresistible y terriblemente seductor.

Cierro la boca antes de quedar al descubierto.

— Y ¿Es o no es guapo?— Mary preguntó sonriente.

Estaba tan absorta observándolo por el cristal de mi despacho que no fui capaz de responder. Él pareció escuchar mi llamado mental porque repentinamente giró hacia nosotras y entonces pude apreciarlo en todo su esplendor. Los mismos ojos azul ártico que me hipnotizaron la noche anterior. Profundos, intensos e intrigantes.

Nuestras miradas se encontraron pero él no pestañeó. ¿Será que no me recuerda? La idea de ser sólo una de tantas me entristece. Autoestima, desilusionada.

Agacho la cabeza con timidez y un toque de pena. ¿Qué pensaba que pasaría? ¿Qué vendría a mi despacho, abriría la puerta, me levantaría en volandas y me besaría como Clark Gable a su querida Escarlata? Un día de estos tendré que madurar.

Sacudo la cabeza negando mis tonterías mientras Mary ajena a mis pensamientos se marcha hacia su escritorio moviendo intensamente las redondeadas caderas. La joven intenta captar la atención del hombre que en ese mismo instante, se gira y entra en la oficina sin hacernos caso a ninguna de las dos. Autoestima, con el corazón partido.

Mejor me concentro en mi trabajo que no es poco. Pero ¡Por Dios! No puede ser real. ¿Por qué todo me pasa a mí? De cientos de museos en el planeta ¿tenía que venir a trabajar justo a este? Yo sólo buscaba nuevas aventuras, beber un trago y poco más... Está bien, igual bastante más, pero juro que nada fuera de lo normal. Vamos, que la noche anterior estaba necesitada pero después de conocerlo, mi cuerpo arde y no precisamente por el encendido de la calefacción. ¡Soy patética y desafortunada! Y él terriblemente atractivo. Es un Apolo, un bomboncito listo para comer y sería perfecto para una mujer tan hambrienta como yo, sino fuera por el pequeño detalle, que me besó en la frente y se marchó.

No Anne... No levantes la cabeza, no lo hagas. Sigue mirando tu monitor. Si alzo la mirada puedo espiarlo por el cristal que tengo justo en frente pero no voy a hacerlo, porque no debo, porque no soy una buscona y porque no soy acosadora. Seguro está cansado que las mujeres lo persigan. No miro. No miro... No lo hago... Yo no... Yo nunca... Sólo un poquito... Una miradita y no más.

— ¡Mierda! Me ha pillado.

El Dios del Olimpo también está mirando hacia mi despacho, pero al contrario que yo, sonrío con la mirada. Sus ojos están menos fríos, me atrevería a decir que tienen un toque de ¿diversión? ¡Mierda! Se está riendo de mí. Lo que me faltaba. Al repertorio de mis amplias cualidades, ahora le debo sumar, el de babosa descarada.

¡Concéntrate mujer! Eres la directora del Stonebridge, arqueóloga respetable y una mujer con unas ganas locas de un buen vis a vis con el compañerito de enfrente. Autoestima abanicándose a dos manos.

Me sonrío de mis calenturientos pensamientos. Me concentro en la pantalla del ordenador y me quito la sonrisita de los labios que desde que lo conozco no se me borra de la cara. No se puede ser más guapo y yo más desesperada. Coloco los cascos en mis orejas, abro el Word y me olvido de

posturas sexuales ardientes. Está buenísimo, me fascina, pero anoche dejó claro que no entro dentro de sus cánones de belleza femenina.

Mi ordenador me engulle y trabajo sin mirar al frente. Miro el reloj y ¡perfecto! Dos horas de trabajo y sin levantar la mirada ni una sola vez. ¡Bien por mí! Después del sacrificio merezco darle un poquito de alegría a la vista ¿no? Pues claro que sí. A mirar a mi vecinito que esta vida son sólo dos días.

Levantó la mirada ilusionada pero mi alegría se evapora al instante. No está. Se ha ido. Una pena. Por hoy se acabaron las buenas vistas. El edificio está en penumbras y Mary se ha ido. Trabajé tan concentrada que no me he dado cuenta de cómo corría el tiempo. Mejor envió el informe y me marché directa a casita.

La puerta suena con un par de tocs, tocs y medio cuerpo asoma por el marco.

— Anne Foster ¿puedo?

Ay madre, como Clark Gable. Sí, soy tu Escarlata... Lánzame sobre el escritorio.

Entra sin esperar respuesta. Por supuesto, como un perfecto chico malo.

— Mary no está—. ¿Por qué he dicho eso? ¡Soy tonta de campeonato!

— No sé quién es Mary—. Dijo divertido pero sus labios no reflejaron sonrisa alguna.

— Mary es mi secretaria. Pensé que la buscabas a ella.

Entra y cierra la puerta. Madre ¡qué hago! ¿Me quedo sentada?, ¿me levanto?, ¿lo echo?, ¿me lanzo encima?, ¿lo beso? ¿le arranco la ropa? Respira. Inspira. Espira...Eso es. Inspira. Espira...¡Joder! Está tremendo.

— No la quiero a ella.

— ¿Ah no?— ¿Mi voz sonó como gallina espachurrada?

Menudo pintor. Mañana mismo pido presupuesto para redecorar mi apartamento. A tres colores y triple capa para que se demore unos días más.

— Si necesitas información sobre la decoración del despacho no puedo ayudarte. El señor Blackman no se ha incorporado y con el mal carácter que tiene, prefiero no meterme. Demasiados problemas tengo solita como para buscarme nuevos.

Me hago la tonta e ignoro el hecho que nos conocemos del Templo de las Pasiones. Si él no me recuerda yo tampoco.

— ¿Mal carácter?

— Horrible. Es un viejo cascarrabias, frío e insensible. Lo único que le importa es el dinero. Las reliquias son simplemente un medio para saciar sus

ansias de poder y fama. Un ser despreciable.

¿Más serio de lo normal o me lo parece? ¿Será un pariente? No lo creo, ese viejo es tan creído que no tendría a su sobrino pintando paredes.

El Dios hecho hombre se sienta frente a mí sin pedir permiso. ¿No se iba? Me estoy poniendo nerviosa. Su magnetismo es terriblemente potente y el poder por hacerme temblar las rodillas, también.

— ¿No le conoces?

— No me interesa. Es el tipo de hombre con el que no intercambiaría ni un saludo.

¿Se puede saber por qué no te vas? Si estás delante no dejo de pensar en sábanas desparramadas, ropas por el suelo y el molinillo, postura top ten del Kama Sutra, según mujeresalpoder.com.

— Trabajarás con él—. ¿De quién hablábamos? A sí, del viejo Blackman.

— Lo justo e imprescindible.

— ¿Es arqueólogo como tú?

— No, pero eso no es lo importante— Y ahora tengo que explicar mis razones a un desconocido que no recuerda que anoche se apoyó en mi culo. En que líos me meto—. Ese hombre y yo simplemente no encajamos. Un rico venido a más y yo nunca seremos compatibles...En fin, no quiero aburrirte, como te he dicho, Mary no está pero podrás verla mañana.

— Y como te he dicho, no estoy aquí por ella.

Y ahí va otra vez, me estoy sonrojando. Espera tranquilo. Está callado. Observa con paciencia y maldita sea, domina la charla, el ambiente y a mí.

— Tienes que cenar. Te llevo donde quieras.

¿Cómo? Me estoy perdiendo algo. Es guapo pero un poquito mandón ¿no? No te conozco, no me recuerdas, no sé tu nombre ¿y me ordenas cenar? ¿Perdón? Por más seductor, atractivo y con ojitos deliciosos que tengas, no pienso caer rendida a tus pies. Uf guapetón, esa estrategia te valdrá con otras pero conmigo no. No soy la del pasado, soy una mujer con dominio de sus instintos y a mucha honra.

— Tienes razón. Es tarde por lo cual me marchó a mi casa y en mi coche.

Me levanto y guardo mi portátil en el maletín pero él no se mueve de la silla. ¿Esperas que te pida disculpas? Pues te quedas ahí sentadito hasta mañana.

— Me voy ¿si no necesitas nada más?— A ver si capta la indirecta.

Se levanta lentamente como si el tiempo no fuera con él. Maldita sea

pero hasta sus movimientos son sensuales.

— Reed— dijo al estirar la mano—. Por si no lo recuerdas.

¡Dios! Se acuerda. Ahora no sé que es peor, si aparentar ser dos desconocidos o recordar que ese Señor del Olimpo, se restregó, me acarició y luego me dejó con un beso en la frente. ¡En la frente!

Acepto su mano sin decir palabra pero cuando tuvo mi mano entre la suya, la estrechó con fuerza, y tira de mí dejándome totalmente pegada a su pecho. Su cuerpo duro me regala un calor que me envuelve y me derrite. Respiro agitada pero no soy la única. Él también lo hace.

— Dos besos mejor— contesta con voz ronca.

Si tú lo dices...Sus labios apenas rozan mi piel pero mi cuerpo tiembla electrificado. Que sensación tan maravillosa y tan diferente. Esto es algo tan nuevo que no puede ser real.

— Hablaremos mañana.—. Afirmó y se marchó.

¡Anne vuelve! Inspira...Espira...Inspira...Espira...

¿Hablaremos mañana? ¿Qué ha querido decir? ¿Vendrá a la oficina mañana? ¿Quiere verme mañana? ¿Es una simple frase hecha? ¡Qué ropa me pongo!

Creo que debo huir a casa, prepararme un baño con agua fría y bajar unos grados la temperatura corporal.

Espero unos minutos quietecita en mi despacho porque si lo encuentro en el ascensor no respondo de mis actos, seguro me abalanzo y que sea lo que Dios quiera. Creo que primero le arrancaré la ropa, luego lo besaré con suaves mordiscos, después lo coloco en la posición de el visitante, Kama Sutra top ten mujeresalpoder.com y entonces él...Me denuncia por acosadora. ¡Anne vuelve!

Me río nuevamente de mi gran mundo erótico interior y recojo el maletín.

Mi reloj dice que ha pasado el tiempo suficiente como para huir. Es momento de regresar a casa, prepárame ese baño y olvidarme de ascensores eróticos. Cierro el despacho mientras camino divertida.

Llevo tanto tiempo sin reírme de mí misma que ya ni lo recuerdo. Vamos que sin diversión de ningún tipo, me temo que tendré que cambiar ese pequeño contratiempo o me saldrán telarañas. Me sonrío y emprendo el camino hacia mi hogar, ese refugio solitario donde el último hombre que entró fue Andrew el fontanero, ese que cuando se agachaba para reforzar las tuberías, se le veía la raja peluda del culo. ¡Qué horror! Hay hombres a los que es mejor no recordarlos.



## Un día más

Refunfuño agobiada amontonando ropa en cajas. Odio empacar pero mi nuevo apartamento en el barrio de Stonebridge me espera. Mi pasado, mis lágrimas y mis gritos ahogados quedarán ocultos en los ladrillos de esta casa y no pienso regresar a por ellos.

Por primera vez en muchos tiempo tengo esperanzas. No puedo decir que he cambiado porque no es cierto, pero lo intento con ganas y según dicen eso es lo importante. La tragedia me enseñó a ser precavida y John me enseñó a sufrir, el resto de temores me los puedo adjudicar como cosecha propia...Soy plenamente consciente que mi nueva vida no será un camino de nata y chocolate pero viví atrapada en un foso oscuro, escapé y no volveré a caer. El beso de la desgraciada muerte, que por primera vez y sin que sirva de precedentes actuó en mi favor, me ofreció una segunda oportunidad a la que me pienso aferrar.

Acomodo el último jersey dentro de la caja de cartón cuando la puerta del salón se abre y se cierra con delicadeza. No me hace falta mirar para reconocer sus pasos.

— Pensé que no vendrías.

— ¿Y dejarte sola con la mudanza? De eso nada.

— ¿Jane, te he dicho que eres mi hermana preferida?

— ¡Mal bicho! Soy tu única hermana. ¿Cómo lo llevas?

— Bien. Ya casi está todo.

— No me refería a eso.

No, claro que no. Jane jamás da puntada sin hilo, por algo es la hermana mayor. Ella nunca supo de mis desgracias y no pienso involucrarla ahora. Con las suyas tiene de sobra.

— Lo llevo mejor de lo que parece. Viviré más cerca del trabajo y cambiaré de aires. ¡Seré una jovencita alocada en la ciudad!

— Anne, no empezarás otra vez con eso de lo mayor que eres y tonterías similares.

— Ahora que me lo recuerdas ¿sabes el último chisme de Mary?

— De esa me espero cualquier cosa.

Jane frunce la cara. Odia a mi secretaria y no hace nada por disimularlo. Yo continuó cerrando la caja sin prestarle mucha atención.

— Parece ser, que en el museo, estoy catalogada como una MILF.

— ¿La leche?

Me río con ganas. Está claro que Jane no está fuera de onda, sino fuera de galaxia.

— ¡Serás zoquete! Leche es Milk y ellos me llaman MILF. *Mom I'd Like to Fuck*

— Ah...

— ¿No tienes ni puñetera idea de lo que hablo?

— En absoluto— dijo sonriente y doblando ropa a mi lado.

— MILF significa mamá que me follaría.

— Anne Foster ¡Es una burrada! No puedes permitirlo. Tú no eres ninguna guarra barata.

— Jane— resoplo cansada— no es un insulto.

— ¡Da igual! Seguro que esa niñata lo dijo para molestarte. Se muere de envidia. Quiere ser como tú pero no te llega ni a los tacones.

Jane despedía tanta mala leche que la pobre caja de cartón decidió cerrarse sola.

— Y tú no eres madre—. Refunfuñó cada vez más molesta.

— No. No lo soy...— Algo que agradecerle a mi negro destino.

— Tienes que despedirla. Es una impertinente y te traerá problemas.

— Hace muy bien su trabajo.

— ¡Es una maldita envidiosa!

— Creo que lo de MILF me lo contó como una halago—. Eso espero.

Mejor callo sobre sus constantes insinuaciones acerca de sus maravillosos veinte juveniles años frente a mis avejentados treinta y tantos.

— Ayúdame a precintar esta última caja y te invito un café.

— Perfecto, pero uno rapidito. Adam odia llegar a casa y que yo no esté.

— Por supuesto—. No queremos enfadar al bueno de Adam.

— Me quiere...

Maldita sea mi hermana y su poder telepático.

— No he dicho nada.

— Pero lo piensas.

— Tú eres feliz, yo soy feliz. Punto final. Ya hemos terminado. Vamos al Starbucks que está al final de la calle, me apetece un buen trozo de tarta de manzana con canela.

— ¡Por Dios Anne! ¿Dónde lo metes? No tienes ni un gramo de grasa.

— Es lo que hace la magia del deporte. Un día deberías probarlo conmigo.

— No gracias, con mis clases de yoga tengo suficiente—. Dijo divertida.

Me apoyo en el brazo de mi hermana disfrutando de su compañía. Jane es tan opuesta a mí que a veces dudo de nuestros genes. La miro y no puedo evitar admirar el rojizo de sus cabellos, el de ella es aún más brillante y dorado que el mío. El verde cristalino de nuestros ojos son idénticos y la tristeza que en ellos se guardan, me temo que también. Jane es preciosa, somos hermanas y jamás podré agradecer a nuestros padres el tenerla en mi vida.

— Gracias.

No necesité más explicaciones. El poder telepático de Jane funcionó perfectamente. Es mi hermana y la adoro.

— Por cierto ¿ha llegado el famoso Blackman?

— No. Según Bruce llegará la próxima semana.

— Ese hombre no te hace ninguna gracia.

— No lo soporto pero confío en el buen criterio de Bruce.

— Bruce ha sido tu mentor y tu guía. Siempre se ha portado muy bien contigo, no veo por qué no confiar.

— Así es.

— ¿Y ninguna otra novedad? Cotilleos, rumores, hombres en general...

Mi querida hermana y sus continuos sueños de hombres que llegan a tu vida y te enamoran con la mirada.

— Eres una romántica perdida.

— No puedo evitarlo.

La pobre deseaba que yo cumpliera los sueños que a ella se le escaparon. Ambas nos casamos porque simplemente era lo que se esperaba de nosotras. Ni Jane ni yo jamás sentimos ni hormigueos en el estómago, ni latidos desbocados ni sonrisas tontas que nos robaran el sueño. El amor o su falta de él, no es un tema del que hablemos habitualmente y no seré yo la responsable de hacer resurgir heridas que duelen. Jane sobrevive en su matrimonio y no es necesario ser un experto en psicología matrimonial para ver lo que allí se cuece. No voy a inmiscuirme en sus decisiones, cuando llegue el momento y me necesite, simplemente estaré.

La soledad me enseñó que todos cometemos errores. Algunas buscamos una sombra que nos cobije y podría decirse que hasta la encontramos, pero luego descubrimos que esa sombra de seguridad se ha convertido en una losa que te asfixia sin poder escapar.

— Te contaré una tontería, te parecerá divertido, pero es sólo eso, una tontería. No te hagas ilusiones— Jane aplaude con las manos— ¡Te estás haciendo ilusiones! Ya no te cuento nada.

— No seas tonta. ¡Habla!—

Sonríó al verla esperar un cuento de príncipes y princesas.

— He conocido a un hombre interesante pero...

— ¡No!— Gritó entusiasmada— ¡Y por qué no me lo has dicho antes!

— Estaba en la parte del pero...

Jane asiente nerviosa. La pobre espera música lenta y pétalos rojos cayendo del cielo.

— Nos conocimos en el museo pero no creo que volvamos a vernos.

Lo de la visita al Templo de las Pasiones y la frotada en mi culo mejor me lo evito. Esa parte para Jane es categoría triple X.

— ¿Qué pasó?— dijo expectante.

— Abrió la puerta de mi despacho y yo lo miré obnubilada...Me encontré con sus ardientes ojos azules, cuerpo de infarto— mi hermana abre los ojos entusiasmada— me miró, se acercó, pegó su cuerpo al mío, estiró sus fuertes brazos, me cobijó contra su pecho y me lanzó al sofá mientras se arrancaba la camisa.

— Serás idiota...

— Y tú tonta. ¿Qué pensabas que iba a pasar? Simplemente intercambiamos unas palabras. Me pareció interesante y terriblemente guapo pero nada más.

— Interesante...Terriblemente guapo...Eso es algo que llevo años sin escuchar de tu boca. Continúa...

— Jane, deja de hacerte pajas mentales. Sólo fueron unas palabras. Fue educado.

— Pero hay algo más. Te lo noto—. Suspiro fastidiada aunque en el fondo deseo contárselo.

— Verás, no sé cómo explicarlo. Sus palabras, la forma en como me habló, es como si me conociera, como si con su mirada pudiera leer mi interior. Está buenísimo y no puedo negar que está para comérselo a bocaditos, pero hay algo más allá de lo físico. Me llama, me atrae. Algo nos une, me...

— ¡Te gusta! ¿Y por qué dices que no volverás a verlo? ¿Era un visitante?

— No.

— ¿Y entonces? Deberías investigar y descubrir en qué departamento trabaja, luego te dejas caer por allí como si nada y entonces le das un par de señales de esas discretas, ya sabes, mejor no parecer una buscona y...

— ¿Vamos a por ese café?

— Sí, pero me niego a que cambies de tema. Tú sigue mis consejos...

Jane continuó hablando con prisas y mi concentración se escapó a otro sitio.

¿En realidad quiero volver a verlo? ¿Deseo sentirme nerviosa, segura y terriblemente vulnerable? Esto es nuevo para mí. La sangre me arde al verlo y eso es algo que no puedo negar como tampoco puedo negar que es del tipo de hombres que trae un cartel de peligro pegado en la frente. Esa clase de hombres de los que terminas totalmente enamorada y terriblemente dañada. Yo no busco enamorarme, no estoy preparada para enamorarme pero ¡como hago para dejar de ilusionarme!

## Soy yo

— Anne me marchó— dijo Mary molesta— Esos dos no saldrán nunca.

— ¿Dos? Juro que la mayoría de las veces no entiendo nada de lo que dices.

La joven se ríe mientras acomoda sus dos encantos en la híper ajustada camisa naranja.

— El pintor guapo y un amigo igual de bombón, llevan encerrados cerca de una hora en el despacho.

— Estarán dando los retoques finales. En pocos días llegará el viejo y no querrán enfadarlo.

— ¿Es muy viejo?

— No estoy segura.

— Vete a casa. Yo me iré en unos minutos. Si veo algo interesante, te lo cuento.

— Trato hecho. Recuerda que estás ante mi futuro marido—. Dijo guiñando un ojo con picardía.

Niego con la cabeza mientras me zambullo nuevamente en el teclado del ordenador. La situación del museo es demasiado crítica como para entretenerme con tontadas. Si no consigo que la ventas de entradas se incrementen, los inversores se marcharán en sus lujosos deportivos y con sus abultadas carteras a sitios mejores. Sin inversores suficientes los trabajos experimentales se reducen a sueños imposibles de conseguir.

— ¡Vamos hombre! No será tan malo.

— Será peor...

— Es tu oportunidad de tenerlo entre tus manos. ¿Piensas darte por vencido?

— Nunca.

Dos voces graves retumban en el pasillo llamando mi atención. Una es grave y divertida, la otra fría y formal. Levanto la mirada y allí está. Reed y su amplia espalda, luciendo unos sencillos vaqueros azules y un polo blanco sin ninguna arruga. Un dios inconquistable hecho para admirar.

Ambos hombres son magníficos. Los dos se parecen en altura, en el negro azabache de sus cabellos y en que no pertenecen a este planeta. Uno de ellos es la felicidad de vivir en este mundo, sin embargo el otro, refleja el

tormento de no saber por qué vive. Sus pupilas azules reflejan la desolación en la que vive un dueño inaccesible e impenetrable.

Ambos se giran hacia mi despacho como si yo fuera parte de la conversación y...¡Mierda! Pillada y disfrutando de las vistas.

Sonrío, me hago la tonta y agacho la cabeza. Con un poco de suerte hasta consigo pasar desapercibida. ¡Ay no! Vienen hacia aquí. ¿Qué hago? ¡Qué hago! Disimular...Disimular. A teclear como loca.

— Espera fuera— Reed ordenó pero el otro hombre no hizo ni el menor de caso.

El morenazo cerró la puerta tras él y Reed lo fulminó con la mirada.

— Te dije que te quedaras fuera.

— Y mira por donde que yo quiero entrar—. Sonríe divertido mientras me guiña un ojo.

No salgo de mi asombro. Menudo espectáculo de cuerpazos en mi propio despacho y totalmente gratis. El compañero de Reed está como un tren listo para subirse. Este hombre no tiene nada para el desperdicio.

— ¿Perdón os habéis perdido?

El hombre de metro ochenta, de rasgos indios pero con unos ojazos verdes como la misma pradera inglesa, se adelanta con rapidez mientras me sonrío encantado.

— Soy Suraj Kumar y él es...Ay—. ¿Acaba de recibir un codazo en la espalda? Los miro extrañada.

— Me conoce—. Pronunció con su habitual seriedad.

La verdad es que no mucho. Sé tú nombre, que me pones como una moto, que me tienes loquita por tus huesos pero poco más.

— Encantada de conocerte Suraj—. Alejo el teclado y apoyo los codos en el escritorio— Agradezco la visita pero estoy ocupada.

Sueno más áspera de lo deseado pero no puedo flaquear; o actúo como fémina autosuficiente o me lanzo sobre don indiferente como una posesa sexual y salimos en los periódicos. “*Directora de museo viola a un pintor de obra en su despacho, asegura el único testigo del incidente*”.

— Serán sólo unos minutos.

— ¿También eres pintor?— Su sonrisa es magnífica.

— ¿Pintor?— Mira a su amigo pero él no contesta.

— Soy inspector de policía.

— No entiendo. ¿Hemos sufrido algún robo? ¿Estamos en peligro?— No puedo evitar sonar más asustada de lo normal.

— Sólo mi corazón al verte—. Me quedo de piedra frente a semejante confesión pero el bombón hindú no es tímido y continúa con su explicación.

— En el último año son muchos los museos que han sufrido robos. Todas los hurtos se han concentrado en importantes obra de inestimable valor— asiento comprendiendo la gravedad— Mi departamento a pesar de trabajar sin descanso, no ha sido capaz de conseguir pistas que nos lleven hasta el atracador. Hoy por hoy, Stonebridge es el único museo arqueológico de renombre internacional que ha conseguido salir indemne de las fechorías del Relojero.

— ¿Relojero?

— Sí. El ladrón actúa en las sombra, y los únicos rastros que poseemos son los que él mismo ha decidido regalarnos. Piezas sueltas de un Henry Graves de bolsillo fechado en 1930.

— Un ladrón con buen gusto—. Contesto sorprendida mientras el inspector afirma con un movimiento de cabeza.

— He solicitado permiso al consejo general para poder trabajar de forma directa contigo y con el museo.

— Me estás asustando...

— Me gustaría no hacerlo pero no puedo. Es cuestión de tiempo para que el Relojero deposite sus ojos en Stonebridge— suspira molesto— Bruce Ayers me ofreció su total colaboración siempre y cuando la preciosa Anne Foster acepte mi molesta compañía—. Y allí está nuevamente su fulgurante sonrisa.

— Me temo que la vista de Bruce no es muy buena—. Contesto con simulada modestia.

— Llevas razón. Preciosa es una palabra que se queda corta para describirte.

Guau...

— Vete—. Su voz dura y gélida sonó como un gruñido entre dientes.

— Anne nos vemos mañana, ¿te parece bien?

— Me parece perfecto...— ¿Ese tonito tierno fue mío?

El guapo inspector estira la mano y me ofrece una tarjeta con sus datos. Sus dedos rozan los míos y la sensación es agradable y seductora pero nada de temblores ni de electricidad como con mi hombre de hielo.

— No dudes en llamarme...— Contesta seductor y yo me ensancho de puro orgullo femenino. Autoestima en la cima de la Eiffel.

— Lo haré.

Suraj quiso continuar con la charla pero Reed se interpuso por delante



apoyando ambas manos en mi escritorio, rompiendo lo que fuera que estaba pasando.

— No nos vimos— Está enfadado. ¿Y por qué?

Está claro que hice algo que no le gustó. Si supiera las ganas que tengo yo de borrarle ese mal humor con métodos femenina y puramente carnales.

— Te esperé—. Continuó desilusionado.

— ¿A quién?

Su gesto de por favor no te hagas la tonta me hizo poner aún más roja que mi pelo. No sé muy bien porqué tengo esta conversación, no sé por qué me está regañando y no sé por qué lo escucho pero necesito explicarme.

— Si te refieres a que ayer no vine a trabajar, es porqué me mudé a un pequeño apartamento cerca de Stonebridge y decidí tomarme el día libre pero ¿habíamos quedado?

— Te dije que hablaríamos.

— ¿Y eso significa algún tipo de compromiso?

— Fui claro.

— Me parece que no.

Su mirada se torna aún más dura. Está enfadado. Su rostro no demuestra ninguna sensación pero el azul ártico de sus ojos se enturbia frustrado. Es curioso pero en su mirada se concentra la única expresión de sentimientos que es incapaz de controlar. Allí reside su frialdad, su enfado, su diversión y como me gustaría comprobar si también sus deseos.

El aura de misterio y curiosidad me rodea. Debo huir de Reed antes de caer en el agujero profundo y mortal al que no deseo regresar.

— Señores ha sido un placer pero es muy tarde y me gustaría volver a casa. Suraj, ¿te espero mañana a eso de las diez?

— Por supuesto, aquí estaré. Nos vemos mañana.

El inspector se marchó con la misma sonrisa con la que llegó. Que hombre más adorable pero...¡Espera! Se te olvida llevarte a tu amigo, ese que no se mueve y que no deja de mirarme con cara de pocos amigos.

Bien, tendré que utilizar toda mis armas para salvarme de esta o me veo tumbada en el sofá con las piernas abiertas suplicando no me dejes.

— En fin...— Simulo un mal bostezo—Tengo que irme a casa, por lo cual mejor recojo todo y...

— No soy muy hablador.

— No necesitas jurarlo— Levanto una ceja mientras guardo el portátil—. Está molesto y cada segundo un poquitín más pero es su problema. No puedo

volver a perder mi identidad frente a un hombre.

— ¿Y qué tal la pintura? ¿Todo bien...?— Lo distraigo mientras recojo mi abrigo.

— Sí.

— ¿Y los muebles encajan con la decoración?

— Sí.

— Ya...— Poco hablador es quedarse corto. Es monosilábico— Pues me alegro. Me marcho a casa.

— Te esperé— Anda, parece que la charla continúa.

— Y yo he dicho que no habíamos quedado— Me estoy enfadando.

— Hasta tarde— dijo desilusionado.

— Lo siento.

— Muchas horas...— Sus pupilas se dilatan divertidas y me dieron ganas de comerlo a bocaditos. ¡Estás de broma! A su estilo pero es adorable. Autoestima comienza a ablandarse.

— Lo siento. Te juro que si hubiéramos quedado no te habría dejado plantado.

— ¿Ah no?— Mierda, he caído en la trampa.

— No es mi estilo.

— Entonces rectifica.

— ¿Perdón?

— Me dejaste plantado. Estás en deuda y debes cenar conmigo.

— Yo no quedé contigo—. Intento ocultar la sonrisa pero no puedo—. Me estás haciendo chantaje emocional.

— Si funciona...— Levanta los hombros despreocupado y me desarmo.

Es divino verlo tan relajado. Me encanta y me conquista cada segundo un poco más. ¿Esto es normal?

— No salgo con extraños— Me excita verlo suplicar.

— No somos desconocidos.

Por supuesto que no. ¿Te estás acordando de tu cuerpo refregándose contra el mío en el Templo de las Pasiones? Tu sonrisa dice que sí lo haces y yo también lo hago.

— Debo irme— No sueno convencida.

— Pidamos algo.

— ¿Cómo? ¿Aquí?— La idea no me disgusta. Es un punto intermedio entre desconocidos del todo y una cita romántica. Puede ser interesante.

Me mira, está expectante. Tengo delante de mi escritorio un hombre que

no conozco de nada pero que me hace temblar como nunca nadie lo ha hecho antes. Es guapo, huele a vainilla, cedro e intriga y por esas tonterías del destino quiere cenar conmigo. ¿Estoy delirando o es una cámara oculta de mi secretaria?

— Algún día tendrás que cenar— Quiere convencerme. ¡Me lo como!

— Tengo que irme...— ¿Estás dispuesto a insistir algo más?

— Cenarás conmigo.

— ¿Y si resulta que he quedado?

— Le dirás que puede ir olvidándose de ti.

¡Dios! Estoy muerta y he resucitado.

— No haré eso...

— Anne, no has quedado con nadie y no necesitas tirar de la cuerda. Ya me tienes.

¿A sí? Guau y dos veces ¡Guau!

— Ponte cómoda, cenas conmigo.

— ¿Me estás dando una orden?

— No. Por el momento.

— No acepto órdenes. Creía que en el Templo quedó claro que el rollo niñaata sumisa no va conmigo.

— No necesitas defenderte de uñas conmigo.

— No es eso...— Sí es eso. Me aterroriza perder mi identidad.

— No seas tan dura. En casa no tienes cena y yo no tengo compañía.

Suspiro resignada. Has ganado y en lo más profundo de mi ser estoy encantada con tu insistencia. Intento parecer indiferente pero no puedo.

El hombre que tengo delante cumple con todos los requisitos que todas soñamos en la soledad de nuestra imaginación. El sueño hecho hombre es de carne hueso y lo tengo frente a mí. Autoestima dando palmas con los pies.

— ¿Pedimos algo?

Reed me regala una sonrisa sincera que nunca me había ofrecido hasta ahora, y quedo encandilada con su entusiasmo. Su hombros se relajan e incluso parece contento. ¡Por favor me tiene loquita! Olvidemos la cena y pasemos a los postres.

— Pizza, indio, japonés...— Dijo entusiasmado—. Tú escoges.

— Llevo tiempo sin comer pizza y me gusta mucho, ¿te apetece?

— No pienso negarte nada. ¿Barbacoa y extra de queso?

Asiento encantada. El hombre más guapo de la tierra se siente feliz por cenar una pizza en caja de cartón y en las sillas anticuadas de mi despacho. ¡Sí! Esa soy yo.

Lo observo extasiada mientras llama con el móvil. Tiene unas manos grandes y cuidadas. Está relajado. Ya no es el mismo hombre que entró. Se le nota la calma en los movimientos y un ligero toque de diversión en la mirada. No es exactamente lo que aparenta ¿pero por qué?

— No eres pintor— digo convencida— Eres el diseñador. Está claro por tu ropa. Es demasiado costosa para un pintor de paredes—. Afirmo cuando termina de pedir la cena.

— He añadido unos bastoncitos de queso. Me muero de hambre.

Por favor, en esa boca hasta el comentario más simple se convierte en antorcha incendiaria. Ya me gustaría darte de comer en esa boquita mientras...Dios, estoy enloqueciendo.

— ¿Estás bien?

— Por supuesto— mejor negar a reconocer— pero no me has contestado. ¿Eres el decorador que envió Bruce?

— Tampoco me has contestado tú a mí. ¿Prefieres hacerlo en el escritorio o en la alfombra?

— ¿Cómo?— Los calores me suben por las piernas.

— Lo mío es más de superficie plana pero me adaptaré a tus gustos— Sonríe de lado y me lo comería a mordiscos.

— Por ser nuestra primera vez, escojo escritorio— No pienso amedrentarme, si quieres jueguito de palabras aquí estoy yo.

Levanta una ceja aceptando el reto. Dios, no eres real.

— No soy ningún caballero pero esta noche te daré ventaja.

El repartidor llegó en ese momento con dos cajas humeantes rompiendo el clímax, y yo aprovecho la distracción para girarme y ventilarme el escote acalorado.

No soy el tipo de mujer irresistible ni mucho menos, puede que algo resultona pero poco más, ¿entonces qué está pasando? ¿Te gusto? ¿Quieres compañía esta noche? ¿Me lanzo o espero a que tú lo hagas? ¿Suelo o sofá? ¿Estoy depilada? Autoestima, echando humo por la cabeza.

La cena resultó ser mucho más de lo que esperaba. Hablamos durante más de una hora. Puede que yo hablara más y que él se limitara a preguntar pero su interés parece sincero.

— ¿Tu marido también era arqueólogo?

— Uno de los mejores.

— ¿Cómo fue el disparo?— Me quedo sorprendida.

— ¿Cómo sabes lo John?

— Lo que tu has contado.

— No lo recuerdo— dije pensativa pero decidí continuar sin darle mayor importancia, después de todo cuando estoy a su lado mis pies no pisan la tierra.

— Esa noche John trabajó hasta tarde. Acababan de descubrir una excavación muy importante y él era muy exigente. No quiso marcharse hasta dejar todas las piezas acomodadas. Nunca descuidaba ningún detalle— excepto a mí—. Unos ladrones entraron a media noche pensando encontrar alguna pieza de valor pero no fue así. La policía encontró muebles rotos y señales de evidente resistencia. Todo indica que John intentó defenderse y le dispararon. No tuvo ninguna oportunidad.

— ¿Estaba sólo?

— En ese momento sí. Marc estuvo trabajando con él pero se marchó minutos antes. John no quiso regresar a casa hasta tener todas las reliquias etiquetadas.

— Curioso...

— John era así. Todos conocían su obsesión por la perfección.

— ¿Aún le quieres?— ¿Qué? ¿Pero qué pregunta es esa?

Miro la lata de refresco pensando la respuesta mientras suspiro concentrada. No es momento de confesiones y mucho menos si son sobre mis más ocultos secretos.

— No sabría explicarme. La muerte provoca muchos sentimientos pero el olvido no es uno de ellos. La muerte te arrebató la razón, pero los recuerdos y lo que sientes por esa persona, es exclusiva propiedad de quien se queda. Amor, odio o desilusión son sentimientos que no se alejan con la muerte.

Ambos nos quedamos callados. No soy capaz de saber en qué piensa y yo no deseo explicarme.

— Se te da bien escuchar.

— No.

— ¿Ah no? Entonces eres muy buen actor.

— Nunca lo hice.

— ¿Escuchar o actuar?

— Hablar con una mujer y que me interese lo que dice.

— Ah.

— Ah —. Repite con diversión.

— Entonces tienes doble personalidad.

— ¿Dos?

— Sí. Eres el hombre frío e indiferente que puede vivir sin importarle

nada, pero por el otro lado, eres un hombre sencillo que disfruta de una mala pizza en un despacho y con la compañía de una charlatana incorregible.

— Eso parece...— Mis ojos se estrechan esperando una explicación que no llega.

— Anne Foster...— Resopla con seriedad mientras espachurra la caja de cartón.

— Escucho.

— Estoy cometiendo un error.

— ¿Siempre llevas el control de todo lo que haces o dices? Debe ser muy difícil vivir así.

— Lo es.

— ¿Y por qué lo haces?

— Es lo único que me ofrece estabilidad mental. El equilibrio es fundamental en mi vida, si lo pierdo me pierdo.

— Control, equilibrio y estabilidad, cualidades muy deseables pero poco reales—. Contesto desilusionada.

— ¿Lo afirmas?

— Simplemente digo, que si en la vida todo forma parte de un presente premeditado y controlado ¿entonces que dejas para los sueños? Ilusión, sorpresa o admiración quedarían destruidas por un frío plan estratégico de equilibrio.

— Al igual que el dolor, el sufrimiento o el desamor—. Afirmo seguro.

— Puede, pero la experiencia me ha enseñado que las lágrimas se secan sin embargo un corazón entumecido nunca se ablanda.

— ¿Hablamos de amor?

— No, hablamos de vivir sin miedos. De ser capaces de reinventarnos y nunca dejar de soñar.

Por unos momentos ambos nos quedamos callados. Imagino que al igual que yo tiene sus propios pesares por afrontar.

— ¿Algún otra magnífica cualidad?— Intento cortar la tensión del ambiente—. Se rasca la barbilla pensativo.

— Controlador, persistente, introvertido, orgulloso, poco hablador, mal humorado...

— Toda una joya— rio a carcajadas— ¿Algo positivo?

Se aprieta la cara simulando concentración y su dedo pulgar acaricia su barbilla. Los ojitos resaltan traviosos y no puedo evitarlo, cada minuto a su lado me derrito un poco más.

— Amigo de mis amigos— Contesta con voz grave.

— ¿Cómo?

— Amigo de mis amigos—. Repite con seriedad.

— Eso no significa nada. Todo somos amigos de nuestros amigos.

— Sí, pero a Miss Simpatía 2015 le dio resultado en su discurso de presentación, por lo cual también me servirá para conquistarte a ti. ¡Ah claro! Y la paz en el mundo. Soy pacifista.

Me rio sin poder contenerme y él sonrío conmigo. Es tan serio que un leve movimiento de labios hacia arriba parece ser la mejor de las sonrisas y un mérito que me atribuyo encantada.

— A ver si nos entendemos, hasta hace unas horas no hilabas más de cuatro palabras y ahora has dicho como ocho, ¿y encima te burlas de mí? ¡Qué me pinchen que no sangro!

Reed abre los ojos sorprendido para luego lanzar la cabeza hacia atrás y ofrecerme una carcajada limpia y alegre.

— Jamás. En absoluto, nunca nadie se ha atrevido a llamarme seco y aburrido.

— Para todo existe una primera vez.

— Lo estoy comprobando.

Su sonrisa se amplió de oreja a oreja y no puedo evitar sentirme satisfecha conmigo misma. Sonríe con todo su rostro y es gracias a mí. Me fascina el descubrimiento.

— Tienes una sonrisa preciosa.

— Mira, ahí tienes la cualidad que buscabas.

Los labios anchos se amplían en una gran sonrisa y los negros cabellos rebeldes acarician su frente. Si fuera valiente me lanzaría para peinarlo con mis dedos y disfrutar de su contacto, pero no lo soy.

— Deberías sacarla de paseo más a menudo.

— ¿Perdón?

— A la sonrisa. Me refiero a la sonrisa—. Ay madre que me muero de la vergüenza. Mi subconsciente me ha traicionado.

— Por supuesto.

Ya estamos con los monosílabos otra vez y yo me quedo sin conversación.

— Existes...— Susurra convencido.

— No comprendo.

— No hay que comprender. Cuéntame cosas, escucharte me hace olvidar.

— El olvido es una medicina difícil de conseguir...— Contesto con nostalgia.

— Y yo acabo de tropezar con ella.

Hablamos durante dos horas más. Reed estaba totalmente concentrado y yo encantada de hablar, pero eso es normal, ¿a qué mujer no le gustaría ser el centro de un hombre como este?

Mis palabras brotan solas como si nos conociéramos de toda la vida. Yo le contaba detalles como si fuéramos amigos de toda la vida y Reed escuchaba fascinado.

— ...Y entonces es cuando compruebas que no soy muda y sales corriendo. John decía...— Mis palabras se detienen al recordarlo.

— ¿Lo echas de menos?

— No quiero hablar de él— Me levanto avergonzada—. Tengo que irme. Es muy tarde.

— Escucharte me hace bien.

¡Qué! ¿Eso qué significa? Lo miro mientras él también se levanta. Es tan guapo que mis sentidos duelen necesitados. El cuerpo me reclama sentirse vivo y él parece ser mi sol.

— ¿Por qué?

— No lo sé.

— ¿Mi voz?

— Sí.

— ¿Te sucedió antes?

— Nunca.

— No me lo creo.

— Yo tampoco.

Su mirada es intensa y mi cabeza está hecha un lío. A mí tampoco me ha pasado jamás. John fue el hombre más importante de mi vida pero mientras que con mi marido todo era un oscura pesadilla, con Reed el aire se clarifica. El corazón me susurra esperanzado mientras el cuerpo me reclama algo que no reconozco. Quiero sus caricias, deseo su sexo y ansío su cuerpo. Todo al mismo tiempo y sin esperar.

— Tengo que irme...— No quiero pero es lo que debo.

— Te acompaño a casa.

— Gracias pero tengo mi coche aparcado fuera.

— Lo dejamos en el parking del museo y te acerco.

— ¿Y mañana vengo caminado?— Sonrío por puros nervios.



— Paso a buscarte.

— Reed...Es tarde. Gracias por la cena y por la conversación. Lo he pasado genial.

Intentó no pensar en lo cerca que lo tengo. Debo irme pero mis pies se pegan al suelo. Su magnetismo me detiene. Es un hombre peligroso para mi equilibrio emocional pero no puedo evitarlo. Me gusta tanto que mi raciocinio se congela. Su cuerpo me enloquece y su personalidad me cautiva. Todas malas combinaciones para una mujer necesitada de superación emocional.

Abraza con fuerza mi bolso y giro para emprender la huida.

No lo miro. Nada de beso de despedida, nada de roces de manos o de miradas insolentes, o perderé el rumbo.

— Anne, espera...— Su voz me produce temblores y de esos muy peligrosos.

Estoy muerta. No podré negarme. No soy tan fuerte.

Está bien, si es lo que quieres no puedo resistirme un minuto más. Te daré un beso... Será como un traspies de primavera... Como una gota de lluvia en verano... No voy a ilusionarme como una tonta enamorada. Lo miro con seguridad y entorno los ojos. Aquí estoy. Puedes besarme. No voy a negarme...

Sus manos me sujetan por los hombros y puedo sentir una corriente invisible atravesarme por el cuerpo. Sí, lo deseo. Queremos este beso. Mis manos quedan colgadas a los lados esperando lo inevitable mientras el corazón late desbocado frente a un final irremediable. Su mirada glacial se enternece al mirarme. ¡Qué guapo es! Las fuertes manos me sujetan los hombros de forma posesiva y mi cuerpo tiembla por la espera. Sí, estoy lista para ti.

— Anne... Hablar contigo ha sido un descubrimiento que jamás pensé encontrar. Gracias.

Un gracias y me suelta. ¡Me suelta!

¿Qué? ¿Gracias? ¿Cómo! ¿Qué! ¿Nada de besos? Gracias por ¿hablar? ¡Pero seré gilipollas! Acabo de quedar como una idiota de campeonato, otra vez.

¡Una amiga! Me cago en todo. Sólo busca una amiga con quien conversar. Yo como una imbécil temblando por su cuerpo de ensueño y él me da las ¡gracias! Seré pardilla. Me ha rechazado en mi puñetera cara y he quedado como una jodida desesperada.

— Eh... No fue nada. Estoy agotada, ya nos veremos.

Me marcho a toda prisa sin mirar atrás y con la poca dignidad que aún me queda. Autoestima, corre desesperada por el pasillo.

¿De verdad pensé que estaba interesado en mí? Huyo todo lo rápido que

me lo permiten mis tacones. Debo salir antes que él. Necesito aire. ¡Me muero de vergüenza! He seguido cada broma picante pensando en que... ¡Ay madre! Sólo buscaba hablar con una amiga. ¡Soy patética!

¡Llaves de coche! Las necesito, por favor llavero, no desaparezcas en mi bolso como siempre haces. Entro lo más rápido que puedo al vehículo y arranco dando acelerones y sin mirar atrás. Célibe, impoluta e imbécil de concurso. Sí señor, esa soy yo.

## Nada personal

Levantarse tarde, un cálido baño de espumas, peli romántica, dos tarrinas de helado de chocolate con cookies y el sábado como mujer rechazada resulta ser un completo exitazo.

Esos ojos azules como el ártico y esa voz profunda deben desaparecer de mi dichoso cerebro traidor o creo que voy a enloquecer.

Si enciendo el fuego allí está el azul de su mirada. Si escucho la radio, su voz grave aparece tarareando Easy con Lionel Richie, y si preparo una bebida caliente, en mi humeante café aparecen sus negros mechones atormentándome con su recuerdo. Esto está resultando ser algo muy difícil de asumir. Es domingo y he sobrevivido al denigrante día de ayer, por lo cual estoy decidida a no continuar así, debo levantar la cabeza y afrontar mi humillante existencia. Salir a correr y quemar calorías parece ser una buena opción.

Me quito los cascos sudada hasta la nariz después de correr mis ocho kilómetros e intentar olvidar la terrible vergüenza de mujer kleenex. Camino distraída hacia el portal de mi nuevo apartamento cuando tía Elsa me choca de frente.

— Comida china— levanta la bolsita sonriendo— y cubiertos de plástico por si no has tenido tiempo para desempacar.

Ambas caminamos juntas hacia la primera planta donde vivo. Estoy feliz por la sorpresa.

— ¡Qué sorpresa! Pasa tía. Estaré lista en sólo un minuto. Me doy una ducha rápida y comemos juntas. ¡Me encanta que estés aquí!— Grito desde el servicio.

— Que suerte. No quería molestar.

— ¡Tú nunca molestas! El microondas ya está conectado, calienta la comida allí. Saldré en dos minutos.

Me ducho rápido y me visto con un par de pantalones cortos, una sudadera de algodón y un par de deportivas limpias. La visita de tía Elsa es un toque de alegría. Nadie como ella para sanar un corazón abatido.

Cuando Jane y yo nos quedamos huérfanas, la desgracia y la ausencia de familia nos obligó a vivir en un orfanato que prefiero no recordar. Los años más tristes de mi infancia los he vivido en aquella institución a la que ningún niño debería ir jamás.

Tía Elsa siempre ha sido un espíritu rebelde y gustoso de vivir la vida, y aunque mi madre era una mujer muy diferente, ese no fue impedimento alguno para que la amistad creciera entre ellas, hasta más allá de la vida.

Cuando Elsa regresaba a la ciudad, después de alguno de sus tantos viajes, nunca se separaban la una de la otra. Mi padre solía bromear y decir que era bígamo porque tenía que soportar dos esposas en casa, pero ellas solían ignorar sus pullas y continuaban con sus grandes historias de pastas con té.

Aún recuerdo una de las tantas visitas de tía Elsa. Nos comentaba sobre su viaje a Brasil y nos maravilló con sus relatos sobre unas hermosas jóvenes bailando al compás de la samba, imponentes selvas con animales rarísimos, y deliciosos bombones de chocolate en las blancas arenas de Río de Janeiro. No fue hasta muchos años después cuando comprendí a qué tipo de bombones se refería tía Elsa, y por qué no se derretían con el fuerte sol del trópico.

Jane y yo nos sentábamos en el sofá muy calladitas para no interrumpir mientras las amigas reían divertidas. Las cuatro éramos tan felices que nos costó comprender por qué un borracho en la carretera decidió arrebatarnos lo que más queríamos.

Elsa estaba en uno de sus tantos viajes cuando el desgraciado accidente. Al regresar nos buscó por cada rincón del país y a pesar que era una causa perdida, nunca ceso en su empeño. Después de mucho esfuerzo y una cantidad importante de dinero, dio con nuestro paradero pero las autoridades le negaron nuestra custodia. Una solterona irresponsable no es ni adecuada ni está capacitada para la crianza de dos pequeñas. Esas fueron la palabras exactas en la resolución por escrito de la asistenta social. Que sabrá ella, triste empleada de un oscuro despacho, lo que nosotras necesitábamos. Sólo éramos dos niñas pequeñas, que de un día para otro, se quedaron sin los besos de mamá o los abrazos de papá y que Elsa estaba dispuesta a regalarnos a montones.

Tía Elsa no se rindió. No está en su naturaleza desistir. No existió abogado al que no visitara y asistente social al que no reclamara. Lo hizo todo para demostrar a esos ciegos de corazón sus dotes de buena mujer. Compró una casa, abrió su propio agencia de turismo y comenzó a vestir los trajes de pantalón y chaqueta que tanto odiaba. Se cortó su larga melena, se olvidó de la vida nocturna y después de cuatro largos años consiguió llevarnos con ella. Así es Elsa. Se convirtió en nuestra madre adoptiva y él mejor regalo que nuestra madre pudo dejarnos antes de marchar.

Jane y yo la adoramos como una madre pero a ella le gusta que la llamemos tía Elsa, como cuando mis padres aún vivían. Ella dice que la palabra

mamá es muy fuerte y que lo debemos reservar para grandes mujeres como su mejor amiga Rose, nuestra madre. Nosotras no estamos de acuerdo pero la queremos demasiado para negarle nada.

Me acerco sonriente a la mesa mientras Elsa sirve el cerdo agridulce.

— Me gusta mucho este apartamento. Es pequeñito pero creo que encaja perfectamente con tu nuevo estilo de vida.

— ¡A que sí! Sabía que te gustaría. Yo también creo que es todo lo que necesito.

— Cariño ¿has podido cubrir todos los gastos? Si necesitas dinero sabes que yo puedo ayudarte.

— Te lo agradezco— estiro la mano para acariciarla. Su juventud se ha marchado y sus arrugas son cada vez más profundas pero su corazón sigue siendo igual de inmenso que cuando nos recogió—. Con la venta de la casa y algunas antigüedades pude saldar la totalidad de las deudas.

La muerte inesperada de John no sólo fue algo inesperado para mi vida sino también para mi economía. Él era un arqueólogo con reconocimiento internacional e investigador especialista en tesoros de la antigua Grecia y como tal recibía unos ingresos para nada despreciables. Teníamos algunos ahorros pero los gastos resultaron ser demasiados importantes para solventarlos con un sencillo sueldo de directora en Stonebridge.

Como viuda me tocó ser práctica, reorganizar mi vida y ajustar los gastos. Ya no vivo en un inmenso chalet de dos plantas pero tengo un pequeñito apartamento en el centro y en el que no pienso derramar más lágrimas.

— Me gusta vivir en la ciudad. Creo que puedo asumirlo como una nueva etapa de mi vida.

— ¿En todos los sentidos?

— Ya estamos otra vez. ¿Has estado hablando con Jane?

— Por supuesto— dice sin remordimientos— y al igual que tu hermana, opino que eres muy joven y debes vivir la vida en todas y cada una de sus posturas...— Guiña el ojo con picardía.

— ¡Elsa!— Digo mientras mordía un trozo de cerdo agridulce—. No tengo intención de volver a casarme.

— ¿Y quién habla de boda? Yo no creo en los matrimonios, tus padres son los únicos enamorados y casados que conocí en toda mi vida. Hablo de regalarle un poco de alegría al cuerpo. De buscar un guapetón de toma pan y moja.

— Tía no hables así, ya tienes una edad...— Sonrío divertida.

— Y un carajo. Viejos serán tus trapos. ¿Cómo piensas que me conservo así de divina?— Mueve las pestañas como orejas de vaca espantando moscas.

Las dos reímos a carcajadas. Elsa es la alegría que mi espíritu necesitaba después del bochornoso viernes.

— Cariño, entiendo que no busques nada serio, incluso me atrevo a decir que debes disfrutar y tirar las chanclas por la ventana.

Nunca fui capaz de sincerarme con tía Elsa y me pregunto hasta donde ha sido capaz de deducir acerca de mi dolor. Espero que no llegue a descubrir ni la mitad del sufrimiento que he vivido porque odiaría verla sufrir por mi culpa.

— Nunca te lo he contado pero me gustaría hacer cosas nuevas. Ser una mujer diferente, menos recatada, sin miedos, más audaz e independiente. Una que se atreva con todo y no tolere lo inaceptable.

Tía Elsa me observó estudiándome detenidamente. Creo que sabe de lo que hablo.

— Anne, ¿cuándo vas a sincerarte y contarme exactamente que sucedía entre tú y John?

Suspiro y sonrío sin ganas. Estoy dispuesta a mentir si es necesario. Mi marido está muerto y yo tengo una segunda oportunidad, el resto es pasado.

— Ya sabes cómo era. Me sentía un poco agobiada y creo que es el momento de recuperar mis decisiones. Simplemente eso.

Elsa parece aceptar mis razones y yo suspiro aliviada.

— La muerte de tus padres te hizo ser cuidadosa y temerosa. Los miedos a la soledad y al futuro incierto, te encerraron en tu propia celda de temores, y aunque tus precauciones eran totalmente justificadas, yo aún recuerdo que antes del accidente, eras una niña inquieta y traviesa. Debes recuperar tu esencia, John colaboró en tu estancamiento, es más, potenció tu recelo y tú simplemente lo aceptaste.

Asiento sin mirarla. Es doloroso aceptarlo pero después de tres años no puedo negarlo. El miedo siempre resultó ser más fuerte que mis sueños. Mis deseos quedaron ocultos en la rutina de la aceptación y mi valor simplemente perdió la batalla.

— Me asusté, me acomodé y me conformé.

— Exacto, ahora tienes una nueva oportunidad de vivir y de ser tú misma. Vive tu vida y olvídate de la opinión de la vecina del quinto. Hornea tus propios recuerdos de felicidad.

— No será fácil.

— Es tan difícil como tú quieras que sea. Todo camino comienza con el

primer paso, los demás llegarán sin pensarlos.

Me levanté y la abracé sorprendiéndola con mi arranque de ternura.

— ¿Te he dicho cuánto te que quiero?

— No lo recuerdo.

— Te quiero Elsa.

— ¿Y yo te he contado lo mucho que te pareces a tu madre?

— Miles de veces. ¿Siempre la recuerdas?

— Todos los días. Era la hermana que no tuve. ¿Sabes? Tenía exactamente tu mismo cabello cobrizo— dijo acariciando mi pelo— y esa misma mirada verde juguetona.

— ¿Verde juguetona? ¡Eres una embustera! Ese color no existe—. Contesto divertida.

— Existe. Es un color que sólo pertenece a las mujeres que no se dejan vencer. Lánzate siempre que puedas, si caes y te lastimas yo estaré allí para colocarte una tiritita.

— ¿Lo prometes?

— Palabra.

Las dos continuamos con nuestro arroz tres delicias y charlando de lo más animadas. Elsa tiene razón, esta es mi vida y debo salir a saborearla.

— ¿Tía alguna vez te rechazaron?— La muy picarona levantó la vista con mirada pizpireta.

— Por supuesto.

— ¿Y qué hiciste?

— Insistí. Si se me antojaba un bombón nadie me lo quitaba de la boca.

— ¡Eras terrible!

— Y tú lenta como tu hermana. A ver ¿Por qué lo preguntas? ¿Te han rechazado?

— Puede... No estoy segura. No fue nada importante pero es que con él todo es extraño.

— ¿A qué te refieres?

— Nada, no es importante. Olvídalo... Tonterías mías.

— Anne, eso lo evaluaré yo. Cuéntame con libertad o tendré que torturarte— dijo levantando el tenedor.

— Me rindo. ¡Con el tenedor no!—. Resopló y tomo coraje—. Te lo contaré. He conocido a un hombre muy guapo y de lo más interesante. Es frío y muy parco en palabras pero no puedo evitar caer rendida cuando lo tengo cerca. Los ojos se me nublan cuando lo veo. Me pongo a temblar cuando me mira y el

corazón me late a punto del infarto de miocardio.

— Es decir que te pones tontita perdida...

— Algo parecido. Sólo lo he visto un par de veces pero no entiendo, nunca me pasó algo parecido. Con John todo fue diferente y después de él, nunca me interesó nadie. Hasta que lo tuve delante a él. Las piernas me tiemblan, la mente no me responde y sólo pienso en estar entre sus brazos.

— ¿Con John no era así?

Pienso con detenimiento antes de contestar.

— No. Con él todo era distinto. Con John siempre busqué un punto de amarre, una estabilidad, pero cuando Reed está cerca me estremezco sólo al sentirlo. A veces pienso en abalanzarme sobre él y comerlo a bocados, sin embargo otras veces quiero correr tan lejos como pueda. Creo que me he vuelto loca...

— ¿Y qué pasó?

— Después de una conversación maravillosa estiré los labios, cerré los ojos y quedé como una estúpida esperando un beso que nunca llegó. De sólo recordar la vergüenza que pasé, quiero pedir asilo político en Alaska.

— ¿Tan cerca? Mejor Australia.

— Pues sí.

— Serás tonta...

— Te lo juro. Es tan guapo y yo tan común. Por un momento pensé que le gustaba y entonces va y me deja con la boca estirada como un besugo de mar.

— O sea que es un yogurcito listo para saborear. Perfecto para tu cuerpo necesitado.

— Tía...— Sacudo la cabeza desconcertada.

— ¡Hola! Qué tal todo. ¿Puedo unirme?

Mi hermana Jane siempre entrando sin golpear. Lo de llamar al timbre no va con ella. Se acercó sonriente a besar a tía Elsa que me escuchaba atentamente, mientras saboreaba su café oscuro y un cigarrillo como postre.

— Deberías dejar de fumar.

— ¿Si no me ha matado hasta ahora por qué dejarlo? Ven y siéntate a mi lado que estoy por darle una de mis enseñanzas de vida a tu hermana.

— Mejor me voy— Jane hizo amago de desaparecer por la puerta. Ambas conocíamos las enseñanzas liberales de tía Elsa y su falta de pelos en la lengua.

— ¡Jane! Siéntate y escucha. Por tu cara de aburrida estoy segura que a ti tampoco te vendrán mal mis consejos.



— No parezco aburrida. ¡Anne! Dile que no soy aburrida.

— Aburrida y amargada— Tía Elsa aclaró aún más.

Yo preferí callar porque un poco de razón sí que tenía.

Jane se sentó a su lado aceptando la realidad. Discutir con Elsa y salir victorioso era misión imposible.

— Tu hermana lleva tres años sin hombre a la vista. Conociéndola como la conozco y sabiendo que por más que me he esforzado en vuestra educación me habéis salido dos mojigatas de convento, estoy segura que la muy tonta no ha regado el huerto en mucho tiempo. Debe tener las lechugas mustias.

— Tía...— Respondo avergonzada mientras Jane cierra los ojos negando con la cabeza.

— Ahora tiene una oportunidad con un lindo yogurcito y la muy tonta no piensa aprovecharse.

— ¿Cómo? ¿Qué ha pasado exactamente? ¡Y por qué yo no estoy enterada de nada!— Dice Jane algo molesta.

— Hija, si hubiera pasado algo no estaría afirmando que tu hermana lleva tres años sin romper muelles ¿no te parece?

Jane agita la cabeza negando y yo caigo en el sofá roja por el bochorno.

— No es un yogur y les aseguro que parece muchas cosas menos algo blandito y delicado. ¡Y no! No he abandonado nada. Si no me has escuchado bien, ¡me rechazó él a mí!

— ¡Te rechazó! Olvídate de él, es un gilipollas—. Jane afirma segura pero se lleva una colleja del abanico de tía Elsa.

— ¡Ay!

— Queridas mías, los hombres suelen ser unos bichos bastante más sencillos de lo que nosotras nos imaginamos. Aunque a veces pensemos que las cosas están claras y que les enviamos mensajes directos, sus cabecitas suelen ser muy simples.

— ¿Bichos? Tía eso es un tanto despectivo...— Mi hermana y sus modales impecables.

— ¡Qué va! ¿Cómo crees que nos llaman ellos cuando están solos?

— Eso es verdad— Jane siempre racionalizando todo.

— Entonces me contabas que el bomboncito te rechazó ¿pero qué hizo exactamente?

— No me besó— contesto molesta.

— ¡Pero si tú no querías salir con nadie!— Jane está perdida.

— Tú calla y deja hablar a tu hermana que esto es serio.

Jane me mira y sonrío cómplice.

— A ver si puedo hablar sin interrupciones. Trabaja decorando la oficina del viejo amargado. La oficina se encuentra justo frente a mi despacho y a través de los ventanales de cristal y la puerta traslúcida, ambos podemos vernos. Un día llegó y se presentó. Se llama Reed.

— ¿Reed qué?

— La verdad es que no lo dijo.

— Eso no importa. Sigue hablando— contesta Elsa mientras daba otra calada a su cigarrillo.

— En fin, el viernes se acercó a mi despacho, entró y me invitó a cenar. Le contesté que no pero insistió tanto que al cabo de un rato no me pareció mal. Pedimos unas pizzas y las comimos en mi despacho. Luego nos sentamos en la alfombra y continuamos hablando.

— ¡Que poco glamuroso!

Tía Elsa sonrío con la cara de disgusto de mi hermana. Jane adora las novelas románticas y las cenas con candelabros.

— A mí me pareció divertido. Hablamos mucho. Bueno yo hablé y él escuchó. Es un hombre bastante seco, parece distante y frío pero no lo es. Oculta una calidez que apenas deja asomar. Es interesante, intrigante...Y me encanta...

— ¿No era insulso y amargado?—. Apaga su cigarro, sonriendo.

— ¡No! Desea mostrarse seco y distante pero no sé bien el porqué. Nos despedimos con brillo en las miradas y cuando me atrajo por los hombros hacia su cuerpo pensé que me besaría pero no lo hizo... Un simple gracias como buenos amigos y se marchó.

Elsa lanza una carcajada de campeonato y Jane y yo nos miramos sin comprenderla.

— Hijas mías. Los hombres cuando buscan amigos no piensan en mujeres preciosas como vosotras. Le gustas—. Ratifica segura.

— ¿Y por qué no me besó?

— ¿Estabas totalmente dispuesta? Dices que querías un beso pero no es cierto. Si te hubiera propuesto azucarar el churro ¿habrías dicho que sí?

— ¡Elsa!— Gritamos las dos entre carcajadas.

— Azucarar el churro...¿Tía de donde sacas esas cosas?

— Menos risitas y contesta. ¿Estás verdaderamente preparada para disfrutar de sexo entre adultos o sólo buscas un besito romántico? Dices que vas a comenzar tu nueva vida ¿pero has dicho adiós al pasado?

— Sí...No...Creo...Espero...

Tía Elsa asiente conforme.

— Anne, siempre has sido curiosa, valiente y con deseos de aventuras. Con un espíritu libre de prejuicios. Existen mujeres que nacieron para sobrevivir y hay otras que nacieron para volar. Tú eres de las que no teme a las alturas. Cumple tus sueños, descubre tus deseos, experimenta en tus relaciones y comienza a volar.

El silencio inunda el pequeño salón a medio acomodar. Tía Elsa tiene razón. El miedo me situó en un lugar cómodo del cual quería salir pero nunca hice nada por escapar. El temor me paralizó.

— ¿Y todas esas conclusiones la sacas de un beso?— Jane susurra curiosa.

— Pues sí. La conclusión es clara. Ella se quedó como pasmarota esperando que le dieran lo que deseaba.

— ¿Y qué debía hacer?

— ¡Tomarlo!

— Pero me rechazó...

— ¡No te rechazó por qué no te ofreciste! No estabas segura de lo que buscabas. Anne, no eres una niña. Si te besaba y terminaban revolcándose en el sofá, estoy segura que luego te arrepentirías. Aclara la vida que buscas y luego actúa en consecuencia. Si buscas sexo con un hombre guapo lánzate a la piscina. Rompe tus tabúes. Arrójate sin miedos, y entonces si te rechaza vas a por otro y vuelves a comenzar.

— Elsa tiene razón. Eres libre y puedes hacer lo que te dé la gana. Vive.

Jane habla con seguridad y un toque de tristeza. Mi hermana también tiene ganas de volar pero jamás lo reconocería. Elsa parece notarlo porque aprieta su mano y la mira a los ojos.

— Y hay otras mujeres que son nubes... Existen muy pocas pero cuando te chocas con una quieres encerrarla en una cajita de cristal para no perderla.

— ¿Nubes?— Pregunto mientras Jane contiene las lágrimas sin hablar.

— Sí. Suaves, tiernas, cálidas y capaz de ser el mejor refugio frente a la más dura de las tormentas.

Ahora las dos contenemos las lágrimas.

— ¿Nunca os conté de cuando os encontré en aquél orfanato después de perderme entre tantas habitaciones?

Ambas negamos con la cabeza.

— Abrí la última puerta y allí estabais en un rinconcito asustadas. Anne, tú sostenías tu manita con fuerza a la de Jane y ella miró hacia la puerta

amenazante. No estaba dispuesta a perderte. Era tu nube, tu resguardo y no iba a perderte. Ella te protegería.

— ¿Por eso me preguntaste si te dejaba aterrizar en mi cielo? No sabía lo que significaba pero nos mirabas con tanto cariño que contesté que sí.

— Siempre has sido nuestra nube. Jane, has conseguido que mi vida sea aún más dulce.

— Elsa... Te quiero tanto—. Ambas se abrazan y yo me pongo a llorar de felicidad por tenerlas.

— Vuestra madre me dejó el mejor regalo que una solterona alocada recibirá jamás.

Las tres intentamos cambiar de tema para calmar las lágrimas de agradecimientos que todas sentíamos por todas. Al cabo de una hora y después de varios pastelitos de nata, tía Elsa volvió a ser la de siempre.

— Entonces está decidido. Mañana lunes comienza tu nuevo vuelo de mujer. Te pones una perfecta minifalda y unos tacones de infarto y a sacarle punta al lápiz.

Las tres lanzamos fuertes carcajadas y nos divertimos hasta que Jane se marchó llevando a tía Elsa en su coche. Ella juró que estaba en perfectas condiciones de caminar pero Jane no se dejó convencer.

Cierro la puerta sonriendo y pensando en los consejos de Elsa. Siempre había deseado vivir, pero el temor y mis inseguridades me detuvieron. Elsa tiene razón. Soy una mujer con nuevas oportunidades y no tengo porqué esconderme bajo ningún telón. Volar sin pensar en las críticas de la vecina del quinto. ¿Tengo vecina en el quinto? Autoestima se acaricia la barbilla pensativa.

## Vuela conmigo

— Buenos días Mary.

Entro al despacho apresurada y sin detenerme. Mary abrió los ojos como platos. No daba crédito a lo que veía. Sí querida, las treintonas también sabemos lucir una minifalda de infarto y unos imponentes tacones.

— ¿Novedades?

— Eh... Esa camisa que llevas... Es muy sexy.

— Gracias— No dices que me quede bien por lo cual deduzco que sí. Sonrío victoriosa.

Minifalda de cuero negra, camisa de seda a juego, escote de pico que resalta mis pechos y tacones de doce centímetros. Me siento una diosa total. ¡Qué diablos! Soy una diosa y al que no lo le guste que mire hacia otro lado.

La nueva Anne acaba de aterrizar, cruzo los dedos para no estrellarme.

Estoy feliz con mi nueva actitud, no soy una mujer temerosa en busca de seguridad. Yo soy la seguridad.

— Anne...Olvidé contarte que a primera hora ha venido el pintor directamente a tu despacho, entró sin llamar y al no verte me ordenó y cito palabras textuales “*Dile a Anne que la recogeré a las seis, dile que sí es una cita, y que no, no aceptaré una negativa por respuesta*”.

Me quedo con la boca abierta imaginando a Reed con sus anchas espaldas, su postura recia y esos potentes ojos azules exigiendo a Mary una cita ¡conmigo! Sí, y mil veces sí.

Soy incapaz de comprender nada de lo que pasa con este hombre. El sábado lo he pasado en compañía de dos kilos de helado con un pijama viejo de color naranja y hoy me encuentro ante la mejor cita de mi vida, que me pellizquen ¡que no respiro! Sí, sí quiero la cita, sí acepto y sí iré.

— ¿No tienes nada que explicarme?— Mary se muerde los labios, cruza los brazos en jarra y su actitud no me gusta un pelo.

Es mi secretaria y siempre le he ofrecido muchas más libertades de las que usualmente se permiten pero no estoy dispuesta a tolerar sus impertinencias. No le debo explicaciones a nadie, es mi primer día de vuelo y me niego a aterrizar.

— Creo que no.

— Pues yo creo que sí—. ¿A sí? Autoestima se calza los guantes de boxeo.

— Y yo opino que no. No te debo ninguna explicación, ni a ti ni a nadie—. Los ojos de Mary chispean rabia contenida—. Le llamas el pintor pero ni siquiera conoces su nombre.

— No he tenido tiempo...— Sonríe intentando insinuar mucho más que sus palabras.

Me descoloco un instante pero pronto recupero la inteligencia. Si Reed quisiera acostarse con ella ya lo habría hecho.

— No, no has tenido tiempo porque él no te lo ha dado—. Explota al verse descubierta—. Mary... Puedo hablar, salir y cenar con quien me de la real gana y como soy una mujer libre como el viento, no debo dar explicaciones ni a ti ni a mi vecina del quinto, que por cierto, sí tengo y es muy agradable.

Mary me mira con los ojos fuera de las cuencas y el rubio de su pelo se comienza a erizar de forma preocupante.

— Te informo que se llama Reed, es muy agradable, y según los acontecimientos está claro a quien miraba—. Ahí te dejo la guinda para decorar la cara de pastel que se te ha quedado.

Mary frunce los labios a punto de explotar pero me importa poco. Muchas veces he sido yo la que ha tenido que callar, hoy es mi turno de réplica.

— Me voy a trabajar.

— Me parece bien. Cierra la puerta al salir y sin golpear, por favor...

La rubia de imponentes curvas se gira furiosa directo a su escritorio. Nunca la he visto tan enfadada. ¿Debería disculparme? ¡Ni de broma! ¿Qué se supone que estoy haciendo de malo? ¿Un hombre me invita a cenar a mí en lugar de a mi maravillosa secretaria y tengo que pedir perdón? ¡Qué se joda! Ay madre, que la Diosa se me ha subido a la cabeza. Autoestima, planeando sobre París.

Son casi las seis y mis nervios comienzan a dominarme. Es la hora y no soy capaz de moverme. ¿Y si es mucho más insensible de lo que aparenta? No podría soportarlo. Recuerdo a John y los temblores gélidos me recorren el cuerpo. Vuelvo a sentir ese miedo que ninguna mujer debería sentir jamás. Ese tipo de temores que se sienten con la presión de un cuerpo áspero doblegándote ante su poder. Esa brutalidad que no importa lo fuerte que grites tus súplicas y negaciones, él nunca las aceptará.

Observo una vez más la tarjeta que sostengo con fuerza.

*“El templo de las Pasiones, donde las fantasías de otros son tu realidad”*. Allí nos conocimos pero ninguno de los dos ha mencionado el tema, ¿se avergonzará de lo que hizo, pensará que yo me avergüenzo o me considerará

un puta fácil de dominar?

— ¿No piensas bajar?

Reed entra en la oficina vistiendo un camisa de un blanco impoluto y unos pantalones marrón chocolate que le quedan de infarto. Como se supone que puedo actuar con raciocinio si lo único de lo que soy capaz es de querer fundirme entre sus brazos, que se enamore locamente de mí y que suspire por mis huesos. Dios, estoy viviendo eso del flechazo instantáneo, sudores fríos y fiebres románticas varias. ¿Cómo voy a curarme?

Su rostro demuestra una seriedad pétrea incluso algo enfadado, pero su mirada, allí reside su vulnerabilidad. Sus ojos azul ártico enmarcados por esas cejas oscuras como la noche, sonrían divertidos. Se divierte a mi costa.

— Puede que tuviera mucho trabajo... — Escondo nuevamente la tarjeta en el la agenda y compruebo mi teoría.

— Puede— contesta serio.

— O puede que no tenga apetito...

— Puede— ¡Sí! Sus labios comienzan a vislumbrar una pequeña sonrisa.

Me relajo sobre el respaldo de mi silla entusiasmada con mi descubrimiento.

— O puede que no aceptara tu invitación...

— No puede— me dice mientras se recuesta sobre mi escritorio y acerca su cara a la mía—. Vas a cenar conmigo.

— ¿Es una orden?

Me pongo de pie y puedo ver como su mirada resplandece y los brazos se tensan intentado recuperar el control. Te gusta lo que ves. Autoestima grita eufórica.

— Estás preciosa.

— Gracias.

— ¿Habías quedado con otro que no fuera yo?— Su boca se tensa, está molesto.

— No, pero no lo descarto—. Guiño un ojo con picardía y él resopla con fuerza.

— Estoy muerto...

Me dirijo hacia el perchero para marcharnos, pero al intentar recoger mi bolso la mala suerte hace que los cordones se enreden en mis tacones y a punto estuve de caer de bruces sino hubiese sido porqué Reed me atrapó entre sus brazos.

Algo inexplicable atraviesa mi sangre al notar su roce. Mi cuerpo

tiembla ante su contacto y el corazón me late descontrolado sin poder dominarlo. Sus manos se aferraban posesivas a mi cintura y el tiempo se detiene. Me estremezco con el roce de sus dedos y el deseo me brota desesperado. Su cuerpo cálido se acerca cada vez más hasta quedar totalmente pegado a mi espalda y su voz acaricia mis cabellos causándome escalofríos.

— Debería alejarme— sus largos dedos acarician mi cuello mientras sus labios besan delicadamente mi vena— pero no puedo controlarme...— Susurra ronco mientras sus labios comienzan a mordisquear mi piel erizada ante el suave contacto.

Cierro los ojos y mi cuerpo disfruta de las tiernas caricias.

— ¿Eso es malo?— La voz se me entrecorta por el deseo.

— Demasiado...

Sus manos me giran con seguridad. Mis pechos se excitan ante el contacto de su torso y nuestras miradas se cruzan ansiosas. Con una mano me sujeta con fuerza de la cintura mientras que con la otra levanta mi barbilla. Su respiración suena agitada y la mirada es la de un lobo aturdido.

— ¡Anne! Me voy—. Nos sobresalta Mary desde la puerta sujetando el picaporte con rabia al vernos en semejante situación—¿Cierro la oficina?

Reed no se inmuta ni se mueve de la posición en la que se encontraba. Sus manos sujetan aún con más fuerza mi cintura. Sus brazos son como cadenas que demuestran su posesión sin remordimientos.

— Nosotros cerramos—. Contesta por fin con su voz ronca.

Pero Mary lo ignora y continua hablando con malos modales.

— Anne, olvidé decirte que llamé Bruce y pidió los informes para mañana por la mañana. ¿Si quieres puedo prepararlos por ti?

Estaba dispuesta a que me sintiera abochornada y lo estaba consiguiendo. Por su parte, Reed no muestra ni un poco de nerviosismo. Su mirada sigue clavada en la mía y su pecho pegado al mío.

— Puedes irte...— Le dice nuevamente con voz grave y ronca.

— Mañana lo hablamos—. Añado nerviosa.

— Pero es importante y...

— ¡Vete!— Gritamos los dos a la vez y después de lo que creo fue un insulto, Mary se va, cerrando con un rotundo portazo.

Levanto la mirada sonrojada por el disgusto pero cuando veo sus ojos azul profundo sé que estoy perdida. Un gruñido brota de su pecho y me aferra a su cuerpo. Reed se lanza sobre mi boca de forma ardiente, desesperada y totalmente dominado por la pasión. La necesidad me hace soltar un suave



suspiro que consigue enardecerlo aún más. Su lengua me recorre la boca al milímetro y mis labios lo succionan hambrientos. Ambos lo deseábamos y la desesperación se traduce en nuestros cuerpos. Su mano me aferra con fuerza por la cintura pegándonos totalmente. Ya no puedo contenerme y me restriego buscando calmar la ansiedad que me devora. Siento su calor y noto como el deseo nos consume. Su dura erección bajo los pantalones golpea mi vientre y enloquezco de deseo. Estoy volando sin miedos.

— Eres...Tan...Dulce...— Murmura entrecortado por el deseo.

Con delicadeza comienza a separarse de mis labios y apoya su frente contra la mía.

— Lo siento. No podía esperar un maldito segundo más. Llevo todo el fin de semana imaginado el sabor de tus labios.

¿El fin de semana imaginándome a mí? Dios, que me estoy mareando.

— Nos marchamos o esa alfombra tendrá mucho que callar...

Sí, sí, voto por la alfombra, ¿por qué debemos irnos?

Sonrío nerviosa por la necesidad insatisfecha, pero me siento una diosa. La maravillosa sonrisa que Reed luce en su cara es total y completamente mérito mío. Y un cuerno a lo de irnos. ¡Quiero más! Aquí y ahora. Alfombra, escritorio, ¡y lo que haga falta! Estiro mi cuerpo para pegarme al suyo pero su voz suena como un rugido.

— Nos vamos.

No es un pedido sino una orden. Está molesto. Su mano presiona con fuerza mi codo para guiarme hacia la salida. Camino aturdida y sin reconocer la realidad, cuando de repente se detiene y tira de mi sin delicadeza alguna. ¿Y ahora qué pasa?

— Dios... — Se abalanza sobre mi boca en un beso desesperado, hambriento y demasiado corto para mi gusto.

Está tan frustrado como yo. ¿Y si probamos el sofá? Parece escucharme porque me aferra de la mano y me empuja hacia la salida rumbo al coche. Su cuerpo vuelve a estar tenso y sus ojos retoman su habitual azul ártico.

¿Qué ha pasado? Los dos queremos ¿entonces por qué no calmamos la agonía con un buen revolcón? ¿Eres bipolar o psicópata? Mejor no pregunto y lo sigo hacia el parking. Estoy demasiado excitada como para pensar en trastornos psicológicos y sus consecuencias.

La cena resulta ser de lo más relajada o por lo menos él lo parece porque mi cuerpo aún sigue temblando a la espera de conseguir calmarse. Ya lo pronosticó tía Elsa, mi deseo no se calmaría con un par de besos sueltos. La

tensión está en cada una de mis palabras y aunque intento disimularlo no puedo. Lo deseo y la nueva Anne no teme reconocerlo.

Su mirada es tan intensa como la mía. Los dos nos estamos conteniendo pero lo mío es un tema de estúpido pudor. ¿Y lo tuyo? Está claro que no es por timidez. ¡Por qué no te lanzas! Somos adultos, no espero casarme ni nada de eso ¿por qué no vas directo a las consecuencias? Estoy ardiendo y mi cuerpo tiembla por tenerte.

Soy una mujer adulta, libre, decidida y más que dispuesta. Estoy acelerada como una moto y lo sabes ¿por qué decides esperar?

— ¿Siempre has trabajado en solitario?— Pregunta interesado.

Eh, ¿Cómo? Ah claro, seguimos con la tontería de la charla cordial, está bien...

— No. Cuando terminé la carrera me especialicé en arqueología experimental y trabajé con un grupo amplio de personas. ¿Por qué lo preguntas?

— Simplemente me pareció— hizo una pausa para beber un sorbo de Merlot del 2012—. No pareces muy contenta de tener en el museo al busca tesoros.

— De ese prefiero no hablar. No es por trabajar con un compañero sino por lo que él representa. Sus historias hablan de un hombre egoísta que sólo piensa en sus propios intereses, pero la arqueología y las piezas que encontramos representan mucho más. El pasado nos dice quienes fuimos y todo lo que como raza humana hemos aprendido para llegar a lo que hoy somos. Sin ese pasado no seríamos la humanidad que conocemos. Esas piezas no son sólo un valor económico, son la huellas donde hoy pisamos y avanzamos. Nuestros ancestros formaron un pasado, nosotros somos el presente y todos en conjunto formamos el futuro. Esas reliquias son la prueba de esa maravillosa unión.

Bebo un sorbo de vino satisfecha con mi respuesta.

— Aunque tengo que reconocer que la envidia me carcome un poquillo.

— ¿Tú de él?

— Cuando era niña hubo un tiempo en el que soñé ser una buscadora de tesoros, una al estilo Indiana Jones pero en chica. En mis fantasías recorría el mundo viviendo miles de aventuras. Recuperaba reliquias desaparecidas y los periódicos hablaban de mis hazañas.

— Imagino que existe un pero.

— Pero... La niña un día despertó y descubrió que ya no tenía padres. Un conductor borracho invadió el carril contrario y los arrojó fuera de la carretera. El orfanato borró mis sueños; el resto fue cosecha de mis miedos, falta de valor y

una autoestima destruida.

— Comprendo el sentimiento.

— ¿También perdiste a tus padres?

— Algo parecido. ¿Más vino?— Está claro que tu pasado no es una conversación de la que quieras disfrutar.

— Sólo un poco o estaré tan mareada que tendrás que llevarme en brazos hasta casa.

Sonrío intentando reconducir la conversación hacia un tema más agradable y parece que lo consigo porque me mira con calor en la mirada.

— Rompes mis esquemas...

— ¿Y son inquebrantables?

— Hasta hoy sí— Siempre tan serio, tan frío...Tan triste.

— Pero no todo en tu vida será culpa mía. Ahora estás cenando e imagino que ya lo hacías antes de conocerme.

— Con compañía femenina no.

Abro los ojos incrédula. ¿El hombre más guapo que existe y no acostumbra llevar a sus ligues de cena? Imposible. Es un farol.

— No te creo.

— Anne, soy diferente.

¡Y ahí lo tenemos! Mis fantasías de una noche de sexo con el dios griego se esfuman. ¿Qué vas a contarme? ¿Gay, asexual, transexual, traumas de infancia? Yo sólo quería una experiencia carnal inolvidable, con un hombre de ensueño, y aquí sigo escuchando quien sabe que confesión. Por favor, ¡gay no! o estoy perdida.

— Eres muy guapo pero no creo que te refieras a esa diferencia ¿no?

Ríe con ganas y está aún más guapo.

— Si lo que preguntas es si me gustan las mujeres. La respuesta es sí. Mucho— suspiro fuerte sin poder ocultar mi tranquilidad— Anne... Me atraes muchísimo. No puedo quitarte de mi mente. No puedo resistirme a tu magnetismo.

¿Magnetismo?, ¿Yo tengo de eso?

— ¿Pero...?— Pregunto desilusionada.

Cierra los ojos y niega con la cabeza.

— Jamás he hablado por adelantado de esto con nadie, pero contigo nada es como siempre— Se peina con los dedos nervioso— Eres intrépida, vital, inteligente, divertida y tu cuerpo me enloquece.

— Sigue hablando—. Contesto divertida.

— No soy hombre de relaciones— Sonríe sin ganas— Anne, sólo soy capaz de tener sexo sin ningún tipo de aderezos románticos. No creo en los sentimientos ni en sus derivados. Mis deseos y mis gustos sexuales son un tanto diferentes a los que acostumbras y estoy seguro que saldrás espantada a penas te hable de ellos pero no puedo evitar desearte como lo hago.

— Que sabrás tú de mis costumbres—. No me gusta que me imagine como a una idiota.

No soy ninguna mojigata.

— Anne...

— No soy una estúpida monja si es lo que insinúas.

— No quise ofenderte— Se acaricia el pelo nervioso— Anne, frecuento el Templo de las Pasiones...

— Lo sé, allí nos conocimos.

— No era mi primera vez...

— Vuelvo a decir que no soy tonta.

Se rasca la barbilla nervioso.

— Anne, tengo sexo con mujeres de otras parejas y asisto a sesiones gangbang.

Mi mente busca desesperada en el baúl de la sabiduría. ¿Gangbang? ¿He leído algo de eso en Google? ¿Será una variante de esos que dan golpes y gang es un especie de látigo de cuero?

— ¿Eres de los de cuero y látigos?

— Jamás. No practico el sado—. Su reacción es de furia contenida.

Su mirada se nubla e incluso parece que la sola mención del tema le repugna.

— No relaciono el dolor con el placer, eso nunca será lo mío. No soy tan cruel como para excitarme maltratando a una mujer. Bondage light como mucho.

Bondage light, gangbang...No tengo ni idea a que se refiere pero de malos tratos conozco bastante, y me siento encantada con su declaración.

— ¿Y lo tuyo exactamente es?

— He tenido sexo con mujeres de amigos. Comparto sus parejas—. Agacho la cabeza para no descubrir mis pensamientos.

Controla todo a su paso, practica sexo compartido pero nada de sentimientos, cero cariños y de dulzura. Con Reed todo se reduce a un simple e instantáneo acto físico.

La idea no me disgusta ni me escandaliza ¿pero es algo que puedo controlar? ¿Soy capaz de tener sexo y olvidarme a los diez minutos de tus besos

encendidos o tus caricias por mi cuerpo? No estoy segura.

Por un lado mi espíritu intrépido busca nuevas aventuras y deseo vivir nuevas experiencias pero también es cierto que mi yo conservador me exige prudencia. Puedo verme hundida en una relación no correspondida, ¿y si no soy capaz de separar bien los términos?, todo acabará fatal pero para mí. ¡Términos! Dios, esto se parece más a una relación comercial que a un hombre y una mujer que se desean.

— Anne, nunca he tenido una relación sentimental. No soy capaz de dar cariño a nadie. No quiero crearte falsas expectativas—. Parece adivinar mis dudas.

— ¿Nunca te has enamorado?

— Jamás. No tengo sentimientos o por lo menos no de esos que gustan las mujeres.

¡Mierda! Ahora sí que estoy perdida. Negarse al amor lo entiendo pero de ahí a decir que jamás ha tenido sentimientos, me cuesta creerle.

— ¿Tienes alguna enfermedad diagnosticada o algo así?

— No estoy loco, y no, no tengo ninguna enfermedad mental—. Contesta molesto.

— O sea que es simple miedo a las relaciones sentimentales— Respiro aliviada— Eso creo entenderlo. Yo quise mucho y no tengo intención de revivirlo.

Reed bebe un sorbo de vino y su puño se tensa. ¿No te gusta mi confesión? Pues te aguantas el chaparrón igual que yo lo estoy haciendo contigo.

— ¿Por qué me cuentas todo esto? No entiendo mucho este arranque de sinceridad. Me desorientas.

— Las mujeres con las que suelo tratar conocen perfectamente mis gustos. Nunca tengo sexo con gente fuera de mi entorno. No quiero engañarte, debería alejarme de ti y buscar a otra pero no puedo. Te deseo tanto que el cuerpo me duele. Te llevaría al baño y te encerraría conmigo ahora mismo. Los hombres de otras mesas sabrían que te estoy follando sobre el lavabo, se pondrían duros de imaginarme entre tus piernas y yo lo disfrutaría mil veces más al conocer su desesperación—. Su respiración se agita y los ojos le chispean alborotados.

Dios... Trago un sorbo de agua nerviosa. Yo también estoy excitada con sólo escucharlo.

Menuda confesión. Los calores me suben por los muslos. ¿Me considera incapaz de tener sexo adulto? Lo deseo y estoy interesada en la oferta.

El futuro ya lo pensaré sola en mi casa con dos kilos de helado.

— Reed, no soy una niña con coletas. El amor tampoco se encuentra entre mis planes actuales. Llevo tres años viuda y estoy comenzando a ser feliz, no quiero complicaciones. Estaba en El Templo al igual que tú. Quiero probar. No ofendas mi inteligencia femenina, quiero tener sexo y es contigo.

Dios, creo que me he pasado porque se levanta dando un fuerte empujón a la silla y se acerca con la cara transformada.

Ay madre, encendido por la pasión es aún más guapo que antes. Lo deseo con una intensidad que debería darme miedo pero no puedo. Mi ardor es demasiado fuerte. Quiero tenerlo todo para mí aquí y ahora. No pienso huir.

Su mano se aferra a la mía y tira de mí para levantarme y besarme en pleno restaurante. Su beso es apasionado y nada delicado. Su lengua empuja con tanta fuerza en mi boca que me obliga a sostenerme aferrándome a sus fuertes hombros. Abro los labios y su lengua me recorre sin miramientos. Lo deseo y me desea. La tensión de su cuerpo y el bulto en sus pantalones dicen claramente que un beso no es suficiente. Se separa con la misma intensidad con la que se acercó y tira de mi mano para prácticamente arrastrarme hacia el pasillo del fondo.

— ¿Dónde vamos?

— Al servicio.

— Ah.

Entramos, cierra la puerta con la pequeña trabilla y me observa como lobo hambriento.

— Anne Foster...Necesito tenerte ahora. No puedo esperar un maldito segundo más.

No estoy pensando con claridad pero qué mujer lo haría, cuando un Dios griego como éste recorre tu boca para bajar por la apertura de tu necesitados pechos.

Es ausente, taciturno y comparte mujeres con otros hombres pero todo aquello en lugar de horrorizarme, me hace desearlo aún más. Estoy desesperada. Nunca antes he sentido una necesidad tan grande.

— Estamos en el servicio de un restaurante...— Aclaro con palabras entrecortadas por el deseo.

Reed me dirige su hermosa mirada ardiente de deseo. No tiene ninguna intención de esperar. ¡Por el amor de Dios! No puede mirarme así y pretender que no me desmaye.

Me echo hacia atrás asustada por la intensidad de su pasión y quedo atrapada entre su cuerpo por delante y el lavabo incrustado en mi culo. El negro

cabello enmarca su rostro perfilando su profundo deseo y ¡Dios! Es tan glacial que consigue quemarme. Controla la situación perfectamente, me tiene justo donde él desea. No puedo moverme, me tiene completamente atrapada pero no estoy asustada.

— Dime que sí...— Susurra con seguridad.

Trago nerviosa. Estoy encerrada en el baño de un restaurante, con el hombre más guapo del planeta y pidiéndome permiso para tener sexo ¡conmigo! Autoestima, a punto del orgasmo.

— No soy hombre de palabras dulces o sentimientos cariñosos pero haré que te derritas con mis manos... Y con mis dedos... Y con mi cuerpo... Y con mi boca... Nena dime que sí...— susurra ronco por la pasión—. Puedo demostrarte el placer que alcanzaremos juntos.

Su cuerpo agitado se pega al mío desesperado. Las manos me acarician con lentitud desde el cuello hasta la barbilla enseñando promesas desconocidas. Sus labios recorren la vena de mi cuello de forma lenta y mi mente se nubla por el deseo. Estoy desesperada, quiero hacerlo aquí y ahora. Me gusta mucho pero... Pero... Sí, tengo un pero, y soy la mujer más idiota de todas.

No puedo. Yo no puedo con algo así. ¿Culo empotrado en un lavabo y un polvo de cinco minutos con un hombre por el cual no dejo de suspirar? ¿Es esto lo que busco? No. La nueva Anne quiere vivir pero no es una kamikaze.

Con un desconocido igual sería distinto pero con Reed todo se complica. No hablo de una relación formal ni nada por el estilo, pero me gustaría sentirme algo más mujer inteligente y un poquito menos puta.

Cuando salga de aquí me sentiré usada. Una olvidada que dejan en casa y con la que nunca tendrán una segunda cita. No soy un juguete y no soy capaz de jugar con tus reglas, no puedo continuar.

— Por favor... No.

Se detiene al instante con la respiración agitada. Su cuerpo se tensa y su mirada cambia al instante. Está desorientado y lo entiendo. Aleja su boca de mi escote y deja caer los brazos a los lados totalmente tenso.

— Lo siento, no puedo. Entiendo lo del sexo sin compromisos pero tus formas me confunden. No hablo de pareja pero necesito unos mínimos.

— Permíteme que te aclare— está furioso—. Estoy ardiendo, hemos llegado hasta aquí, quiero follarte pero me dices ¡Qué cosas sobre mínimos!

Su tono rompe el poco clima que aún nos quedaba.

— Quiero salir. Es mejor que me vaya.

— Anne— se rasca el pelo nervioso— no voy a cambiar. Soy esto.

— No quiero que cambies. No quiero nada. ¡Yo no te busqué! Solo quiero salir un par de veces con un hombre, tener sexo si se presenta la ocasión y punto. No pido mucho. Tantas charlas informativas, un polvo rápido en un lavabo y luego un ahí te quedas, me hacen sentir un poco puta, para que negarlo.

Estiro la mano para girar el picaporte pero él no se aparta.

— No puedo dejarte marchar.

Cierro los ojos negando con la cabeza.

Su olor me embriaga y mi cuerpo grita por lanzarse sobre él, quitarle la camisa y dejarme de tonterías pero me atrae demasiado como para saltar al precipicio. Si después del sexo me niega, mi autoestima caerá en picado y no estoy en condiciones de volver a rendirme. Perder lo poco que he conquistado sería caer en un foso al que no quiero regresar.

— Un último beso y te dejo marchar.

— Reed...

— Bésame— ordenó con voz ronca— Tú a mí.

— No puedo.

— No acepto tu rechazo.

¿Rechazo? Sólo intento protegerme.

Sus ojos me suplican y sé que estoy perdida. Me acerco y estiro las manos acariciando su cara. No tengo voluntad para negarme. Me enfrento a sus labios y sello mi boca con la suya. Reed gime e inclina la cabeza ahondando el beso. Su lengua me recorre con firmeza, saboreándome en cada rincón de mi boca y yo lo sigo allí donde me lleva. Es un beso seguro, exigente y totalmente controlado por él. Yo comienzo el baile pero él es la música.

Mis manos viajan directo a su cuello acariciando su negra cabellera cumpliendo el deseo que me ha torturado durante toda la noche. Es tan suave y posesivo, que mi cuerpo se rinde con laxitud al escuchar cómo su corazón late desbocado. Mi cuerpo se pega aún más al suyo. Necesito su contacto, quiero tenerlo dentro y sentir el calor de su piel. Una mano me aprieta por las nalgas para levantarme sobre el lavabo y la otra se apoya palma abierta sobre la pared. Su boca se separa de la mía y puedo sentirlo balbucear agitado.

Mi cuerpo arde de necesidad. Apenas me sostengo sobre el lavabo y Reed me sujeta con su fuerte brazo para que no caiga... Sonríe encantada con el ofrecimiento, engancha mis piernas a su cintura y cruza mis manos tras su cuello para acercarlo a mis labios. Lo beso con decisión intentando comerlo entero. Estoy tan dispuesta a intentarlo como él. Me dejo de tonterías y emprendo la acción. Mis manos bajan lentamente hacia sus pantalones y comienzo a bajarle



la cremallera que contiene un bulto grande y duro.

— Sí nena— Susurra tembloroso— Sí...

Estoy cediendo y soy consciente que no debería claudicar pero me resulta totalmente imposible. Tenerle envuelto en mi calor es en lo único en lo que soy capaz de pensar.

Con una mano sostiene mi cuerpo y con la otra aprieta mi nuca con fuerza para inmovilizarme. Los pantalones caen bajo sus rodillas y mi mano lo acaricia por encima del algodón de los bóxer y lo oigo maldecir entre dientes. Me aferro a su boca saboreando cada rincón escondido mientras mi mano se introduce entre la tela para sentir el tacto suave de su piel. Acaricio su vello púbico y lo siento temblar en mis labios.

— Perdón ¿está ocupado? ¿Señor está ahí?

— Joder, para una vez que lo hago como un hombre normal...

Reed tarda unos segundos en reaccionar mientras yo alejo avergonzada mi mano de su entrepierna.

— Sí— su voz grave suena entrecortada por la contención.

— Perdón señor, pero al jefe le pareció que llevaban mucho tiempo aquí dentro.

— Saldremos en unos minutos.

— Ejem, señor, el jefe insiste en saber que todo está bien.

— ¡Ya salimos!— Grita furioso.

Me mira frustrado mientras se sube los pantalones y yo agacho la cabeza avergonzada.

— ¿Estás bien?

Sólo puedo mover la cabeza mientras intento apoyar mis piernas temblorosas en el suelo.

— Espera que te ayude.

— Puedo sola—. Sigo sin mirarlo.

— Anne, es mi culpa. Lo siento.

Agacho la cabeza abochornada. No estoy para oír culpabilidades. Por una vez en mi vida me dejo llevar y nos atrapan como a dos calenturientos incontrolados. Muero del bochorno.

Bajo mi falda e intento recomponerme cuando Reed me levanta la barbilla. Tiene los pantalones levantados pero con la cremallera aún sin cerrar y un bulto enorme entre las piernas.

— Soy un imbécil por meterte en esta situación. Eres preciosa y no pude controlarme.

— Ahora me siento más culpable.

— Y debes sentirlo, me tienes como un potro en celo desde el primer día en que te vi.

Se acerca y roza su erección contra mi vientre mientras muerde mi labio.

— Señor... No quiero ser molesto pero mi jefe insiste, soy nuevo y no quiero problemas.

— Salgamos antes que te eche un polvo aquí mismo y me importe una mierda si envían al maldito ejército para derribar la puerta.

Reed acomoda sus ropas y abre con tranquilidad pasmosa la trampilla. Camina imperturbable mientras yo camino con la cabeza gacha hasta la mesa, recojo el bolso y salgo por la puerta sin mirar atrás.

— ¡Cóbrate ya!— Lo escucho gritar pero no me giro. Tengo que salir de aquí cuanto antes. Necesito quitarme la ropa, calzarme un pijama y servirme una copa de vino en mi sofá. Me han pillado a punto de echar un polvo en los lavabos de un restaurante cinco estrellas y con un hombre que no deja de explicarme sus diferentes apetitos sexuales. Esto es mucho, él es mucho, lo que pasa entre nosotros es mucho.

— Anne... Anne. ¡Detente!

— ¡No!

Lo siento correr hasta ponerse delante de mí con los brazos cruzados y cara de pocos amigos. Malditos tacones de trece centímetros que no me permiten huir con rapidez.

— No te estoy pidiendo permiso— Respira agitado— Pienso llevarte a casa. Iré a por mi coche y tú me esperarás exactamente aquí.

— Reed, no encajamos... Será mejor que sigamos caminos diferentes.

— ¡Y una mierda!

Mis ojos se abren desconcertados y él vuelve a maldecir pero esta vez entre dientes.

— Ni sueñes que vas a dejarme— su mano acaricia mi barbilla y habla con dureza— te deseo tanto que duele. Si piensas que después de lo que acabo de sentir en ese lavabo voy a dejarte marchar, estás totalmente ebria. Vas a quedarte aquí, voy a ir a por mi coche y cuando regrese estarás esperándome como una buena chica. Te aconsejo que no me contraríes.

— ¡Pero quién te crees que eres para hablarme así!

— Anne...— Susurra contenido— He estado a punto de penetrarte en un servicio, tengo los huevos hinchados y el pene tan duro como una roca. Estoy excitado como un maldito lobo en celo, por lo tanto, o me obedeces o te juro que

te arrinconaré contra esa pared, te arrancaré esa preciosa lencería que llevas puesta y te follaré en plena calle. Tú decides.

— Oh...

Mis manos comienzan a temblar pero no es de miedo. Sus palabras no me ofenden sino todo lo contrario, su deseo me excita aún más. Mis deseos crecen al notar su desesperación puramente carnal. La mirada oscurecida por el deseo y el cuerpo en tensión no lo hacen parecer un animal, realmente lo es.

— Anne, no bromeo. Estoy a un paso de la explosión.

— Esperaré aquí.

— Esa es mi chica.

El viaje resultó de lo más tenso. La música sonaba en su Porsche 911 negro y ninguno de los dos se atrevió interrumpirla. No aparté la vista de la ventanilla durante todo el viaje. ¿En qué piensa? Es insufrible. ¿Cómo puede decir las cosas que dice y después ignorarme como a una maldita desconocida? ¿Por qué no soy capaz de abrir mi linda boquita?, ¡y mandarlo al cuerno! ¿Qué se supone que debo decir: “Por cierto Reed, no quiero molestarte pero se me olvidó comentarte que me pones tan caliente que quiero hacerlo en este maldito coche”? Quiero quitarte la camisa y restregarme sobre tu pecho desnudo hasta que me dejes sin aire, y lo haría sino fuera porque eres un jodido cabrón mal humorado ¡qué no me dirige la puñetera palabra!

— Puedes aparcar en la plaza cuatro. Es mía—. Digo frente al portal de mi casa.

Asiente sin emitir palabra. La he jodido y está claro que no quiere volver a verme. En fin, fue bonito mientras duró.

Baja del coche con lentitud pasmosa y se acerca a mi puerta para ayudarme a salir.

— Llaves— ordena estirando la palma hacia arriba.

— ¿Cómo?

— Llaves—. Levanta la mano dejando claro lo que busca.

No entiendo porque le obedezco pero las busco en el bolso y se las entrego.

— Gracias— Cierra el puño y con la otra mano me sujeta con fuerza y me arrastra hacia la puerta. ¿Qué cuernos le pasa? Abre el portal y pregunta sin hablar con un movimiento de cabeza.

— Primero A— contesto.

— Buena chica.

¿Está sonriendo? ¿De qué va todo esto?

Abre la puerta de mi casa como si llevara toda la vida haciéndolo y, maldita sean mis sueños de mujer, pero me gusta. Estoy en problemas.

— Sé que he actuado de forma muy contradictoria pero siento mucho confundirte pero... sigo opinando igual. De verdad que lo siento...

Reed me mira con brillo en la mirada pero no me dice nada y me siento en la obligación de aclararme, otra vez.

— De verdad que no estoy preparada para practicar sexo y luego olvidarte. No puedo.

Lo veo tocarse el pelo nervioso en el portal y me siento morir. ¡Porque no estoy segura ni siquiera de mis propias decisiones!

— Mañana... Hay una exposición... Podemos almorzar juntos... Mañana.

— No entiendo. Has dicho... que no.

Sus manos me recorren la cintura mientras sentada en el lavabo y con su cuerpo entre mis piernas, intento aclararme.

— Puedo intentarlo...

— ¿Podrías explicarme de que va todo esto?

— Quieres una cita, conversar, pasear y sentirte mujer... Te lo doy... Lo intentaré. Haré cualquier maldita cosa que me pidas pero, por favor, hagámoslo ahora o vas a volverme loco.

— ¿Quieres intentar citas normales?

— Las quiero. Quiero todo lo que tú quieras darme. Anne, no soy ningún premio.

— ¿Es lo que tú deseas?

— Nena si te deseara más estaría en el maldito infierno.

No termino de preguntar cuando me sujeta de la mano, entramos a casa y cierra la puerta con un puntapiés. Me aprisiona entre sus brazos besándome desesperado y yo le contesto con la misma intensa necesidad.

Su calor es una droga que enloquece mis sentidos. Llevo las manos hacia su suave cabello y lo sujeto con fuerza. Es fuego que quema pero no quiero soltarlo. Es mío y está conmigo. Lo muerdo sin pensarlo y el gime excitado. Me asusto de mis impulsos primitivos y pienso en soltarlo pero Reed no me lo permite. Sus manos pasan por debajo de mis muslos y me levanta sobre su cuerpo. Enrosco mis piernas a sus caderas para sujetarme mientras pregunta excitado.

— ¿Por dónde? Dormitorio. ¡Ahora!

— Primer puerta a la derecha.

Me río por su desesperación aunque a decir verdad yo no estoy mucho

mejor. De forma atropellada llegamos a mi cama pero no me suelta. Salta sobre un pie para quitarse un zapato y después el otro haciendo verdaderos malabarismos mientras me besa en el cuello y muerde mi oreja.

— Quítame la camisa— ordena mientras me apoya sobre la cama.

— Si no me sueltas no podré— mi voz suena agitada.

— Tendrás que arreglártelas. No pienso soltarte y arriesgarme a que te escapes.

Me tumba totalmente sobre el colchón y a duras penas puedo desabrochar los tres primeros botones y quitarle la camisa, tirando con fuerza sobre sus hombros. Su cuerpo me aprisiona con fuerza y su boca me recorre entera.

— Esa es mi chica. Ahora los pantalones.

Sonríe divertido y me hipnotiza con su ardor. Introduzco mis manos sobre nuestros cuerpos mientras él se entretiene quitándome la camisa y dejando mi falda enroscada a la altura de la cintura. Sus pectorales se marcan por la tensión y su pecho se cubre con una delicada capa de bello negro oscuro que se pierde en una delicada línea entre sus bóxer.

Cuando consigo desabrochar sus pantalones comienza a moverse hasta conseguir arrastrarlos hasta sus pies y quitárselos. Por favor, es magnífico

— Eres guapísimo— Digo sin pensar.

— Tú sí que eres preciosa. Este lunar es delicioso.

Estiro la cabeza hacia atrás deleitándome con las sensaciones. Sus besos me recorren los pechos mientras lame cada una de mis pecas en el valle de mis pechos.

— Reed...

— Déjate llevar— me besa mientras me quita el sujetador y comienza a morderme suavemente los pezones—. Necesito saborearte. No puedo explicarlo, es de locos pero necesito estar dentro de ti.

Su mano sujeta el peso de mi pecho mientras su boca mordisquea mi pezón excitado.

— Nena tengo que ver cómo te corres, necesito sentir tus ojos sobre los míos cuando lo hagas.

Su mano se introduce entre mis piernas pero no siento vergüenza. Reed no es ningún desconocido, no lo siento como tal. Mis sueños lo imaginaron en mis noches oscuras, y mi cuerpo lo reconoce en la penumbra de la habitación.

— Estás empapada...Y es por mí— Su mirada acaricia mis muslos

mientras me quita las bragas de encaje— ¡Dios bendito! Es del mismo rojo fuego que tu cabello.

— Siempre me gustó el estilo de línea brasileña pero puedo quitármela — contesto avergonzada al sentir su dedo acariciar la fina línea de vello púbico.

— ¡No! Es Fuego. Me enloquece.

Sus labios bajan hasta mi bello y me muerde con ternura. Gimo arrastrando mi cabeza hacia el colchón sin poder pensar en otra cosa que su boca recorriendo la fina línea de bello. Introduce un dedo y acaricia mis labios internos con ternura haciéndome revolver en una nube de necesidad. Lo deseo desesperada, no hay vuelta atrás.

— Llevas tiempo sin hacerlo—. Afirma seguro.

— Nos pasa a las sin pareja.

Me aferra por la cintura mientras me besa y me saborea con la lengua e introduce un segundo dedo acariciando la ternura de mi piel. Estiro las manos hacia arriba del cabecero arqueándome para permitirle mejor acceso. Su boca me vuelve loca y quiero disfrutarlo con plenitud. Balanceo mis caderas inquieta pero Reed apoya su peso sobre el mío para evitarlo. Me tiene inmovilizada y a su total merced pero no existe temor. Con un movimiento rápido se deshace de sus bóxer y pude verlo en total plenitud. Estupendo o maravilloso no son halagos que hagan justicia a un hombre como él.

— Eres perfecto.

— Tú sí que eres hermosa y te tengo toda para mí.

— Toda...

Su dedo continua entrando y saliendo dentro de mi cuerpo haciéndome gemir de placer. Estoy totalmente húmeda y lista para él. Lentamente Reed se estira por completo sobre mi cuerpo y abro las piernas para recibirlo completamente.

— Mírame. Quiero que me mires cuando te penetre. Quiero que te corras para mí.

Reed ordena con voz suave mientras me acaricia con maestría. Suspiro y gimo a la vez sabiendo que estoy cada vez más cerca. Necesito liberarme pero también lo necesita él. Sus ojos son dos llamaradas de fuego ardiente que queman mi sangre. Muere de excitación y es por mí.

— Te necesito dentro, no me hagas esperar...— Subo la cabeza para besarlo pero no puedo porque el sostiene con fuerza mis brazos en alto.

— Y me tendrás, pero primero tú. Quiero ver cómo te excitas con mis caricias. Quiero ver tu cuerpo arqueándose para mí. Dámelo.

Desliza su boca hacia mí y me besa absorbiendo mis gemidos mientras sus dedos se mueven aún más deprisa.

— Dios Anne, estás empapada. No eres de este mundo. Dámelo.

Su erección me roza la pierna y yo me quejo nerviosa intentando refregarme contra su cuerpo pero apenas puedo moverme, su cuerpo me aprisiona por completo.

— Ahora. ¡Mírame!

Abro los ojos cumpliendo sus órdenes, su mandato sobre mi es completo.

La tensión se apodera de mi cuerpo y las convulsiones aprisionan su dedo dentro de mí. Mi mirada se cruza con la suya y siento como sus ojos se oscurecen hasta quemarme. No puedo respirar, estoy agitada de placer. El cuerpo se convulsiona y me siento volar muy lejos. Cierro los ojos y me dejo llevar pero al oír el ruido de un envoltorio los abro y nuestras miradas se encuentran otra vez. Dios, es tan guapo y tan masculino que me hace desearlo sin límites. Todo él me indica peligro pero no soy capaz de pensar en algo más allá del sabor salado de su piel y el calor de su respiración en mis pechos.

— Ayúdame.

Lo miro sonriente y con un deseo que comienza a quemarme nuevamente.

— Se me da muy mal poner estas cosas...— Recojo el látex un tanto preocupada.

— Te ayudaré. Pon tu mano sobre mi polla... Sí... Sí así... Perfecto. Ahora baja.

Mis dedos bajan el látex con cuidado mientras lo acaricio con premeditada maldad.

— Joder Anne, si sigues así voy a correrme en tus manos.

— Te dije que no sé hacerlo—. Sonrío con picardía.

Sus ojos se estrechan peligrosos mientras mi mano aprieta con fuerza su pene cubierto por el látex.

— Guíame— ordena ronco— Llévame dentro de ti. Quiero tenerte ahora, no puedo esperar un maldito segundo más.

Su cuerpo se recuesta sobre el mío y lo guio ansiosa hasta los húmedos pliegues de mi hendidura. Me quejo anhelante por la espera y su cuerpo se tensa para entrar en mi cuerpo sin demoras. Ambos estamos demasiados deseosos como para esperar. Jadeamos a la vez y nuestros cuerpos disfrutan del roce delicado de su piel. Cada centímetro de mi cuerpo se rinde a su dominación

produciéndome un placer que no pensé que podría existir. Sexo, pasión y desesperación unidos en cada caricia.

La habitación apenas iluminada por la luz de las farolas se convierte en el refugio de gemidos y suspiros de dos seres que ya no pueden esperar.

— Anne...— Exhala agónico mientras se mueve sin descanso entrando y saliendo dentro de mi cuerpo excitado.

Levanto las rodillas y las enrosco tras su espalda para ofrecerle mejor acceso y él gruñe mientras muerde mi cuello con pasión hambrienta. Reed es un animal indómito que me conquista con cada una de sus embestidas y yo me rindo ante un mar de sensaciones. Cuando él me besa, mi realidad se pierde.

— Nena abre los ojos... Córrete contigo. Mírame.

Sus movimientos de ralentizan al hablarme y su voz se entrecorta ronca de pasión. Una de sus manos se mueve entre nuestros cuerpos y comienza a acariciarme el clítoris al ritmo de sus dulces investidas. Me agito mientras nuestros cuerpos se pegaban sudorosos e impacientes alcanzando su propio clímax.

— Anne mírame...

Acato sus órdenes y su mirada se convierte en mi detonante. La mirada le brilla salvaje y me envuelve en su deseo. Reed se encuentra en el mismo cielo en el que yo me encuentro. Ambos nos agitamos y convulsionamos nerviosos.

— Me arrastras... Tan dentro...— Dice en estado de pura agonía.

— Porque me encantas...

— Dios, nena.

Su dedo comenzó a girar con fuerza sobre mi clítoris y mi interior se contrajo para absorberlo aún más dentro. Lo miro intentando no cerrar la vista como me pidió y noto el brillo del triunfo en su mirada. Sus labios se abalanzan sobre los míos para absorber mis gemidos mientras solloza derrotado.

— Joder... Sí.

Su cuerpo me enviste con fuerza y sin reservas, mientras el sudor resbala por su frente y nuestros cuerpos suenan húmedos al chocarse. Se me escapa un gemido casi doloroso por la potencia de sus caderas y mi propio clímax se potencia con su impaciencia.

— Joder, sí... Sí nena... Sí—. Gritó mientras sus caderas chocaron contra mi cuerpo y sus manos sujetan mi cintura para aprisionarme contra él. Lo miro y veo sus ojos nublados por el descontrol de la pasión al alcanzar su clímax.

— Anne...— Susurra mientras se vacía con espasmos incontenibles sobre mi cuerpo.



Lo abrazo mientras ambos intentamos recuperar el aliento.

Su cuerpo totalmente desmayado sobre el mío se recupera dando grandes bocanadas de aire en mi cuello. El silencio se instala en el ambiente. Demasiadas sensaciones como para comentarlas.

— Anne...

— No hables.

Él debe sentir lo mismo porqué se aparta con cuidado para separar nuestros cuerpos y recostándose a un lado me atrae con firmeza sobre su pecho. No existen palabras que expliquen lo que acababa de pasar entre nosotros y si existen no es el momento de aclararlas.

Me acomodo entre sus brazos, encantada con la vida. No quiero pensar más allá del momento. Mi alma de mujer lleva tanto tiempo sin sentirse deseada que no puedo evitar sentirme orgullosa por tener este Adonis en mi cama. ¡Sí, queridas odiosas del instituto! Esas que me llamabais zanahoria y disfrutabais al hacerme llorar. Tengo un Dios del Olimpo en mi cama. Autoestima, saltando con los brazos en alto.

Distraída en mis orgullosos pensamientos comienzo a acariciar su torso marcado por el ejercicio y llego a la base de su pene que se estremece ansioso. Reed se sonríe con los labios al completo y adoro ser la destinataria de semejante honor.

— Vas a matarme...— Lo miro divertida mientras lo acaricio sensual.

— No comprendo.

Aprieta mi mano sobre su pene erecto y listo para un segundo combate.

— Nena no juegues conmigo. Pienso quemarte.

— Mi hombre perfecto, es demasiado pronto hasta para ti.

— ¿Me estás desafiando?

Se recuesta sobre mí cuerpo y presiona sus caderas a las mías. Sus labios cubren mi pecho con un poco más de tranquilidad y yo vuelvo a derrumbarme sobre el colchón anticipando el delicioso final que me espera. Sus besos cubren mi vientre e intento moverme y cambiar de posición. Quiero besarlo por cada rincón de su maravilloso cuerpo pero Reed no me lo permite. La presión de su cuerpo es aún más fuerte.

— Es mi turno—. Digo con carita triste.

— No cedo el control. Tendrás que ganártelo.

— ¿Sí? ¿Y cómo lo consigo?

— Cuando me dejes tan agotado que no pueda moverme, te cederé el sitio.

— Te tomo la palabra.

Sus labios sonrían y el corazón se me detiene. La tristeza de su mirada se ha borrado y la picardía la reemplaza, por favor, es tan seductor que sólo soy capaz de soñar en una noche eterna en donde el sol nunca nos despierte. Abro mis piernas y le ofrezco el acceso completo a mi cuerpo del que se apodera al instante. Su pene erecto entró con fuerza una y otra vez.

— Esa es mi chica...— Susurra ronco.

— Eres tan guapo que te lamería entero y no dejaría ni un centímetro de ti sin probar...

Las palabras audaces escapan de mi boca con completa sinceridad. Él me hace sentir la mujer más deseada de la tierra y quiero que Reed sienta lo mismo.

— Nena, si me hablas así no respondo...

— Que pena no me gustaría ver que pierdes el control por decirte como me excita acariciar estos brazos tan perfectos...

— Estás jugando con fuego— dice mientras se mueve dentro.

Mi cuerpo se arquea para recibirlo y él gruñe excitado.

— ¿Qué me estás haciendo? Rompes mis reglas pero enloquezco insaciable.

Sus palabras se pierden con el sonido de nuestros cuerpos que comienzan a chocar nuevamente. Gemidos, suspiros y humedad en el ambiente anticipan un final esperado que volverá a repetirse un par de veces más durante la noche hasta caer dormidos uno en brazos del otro.

## Un nuevo amanecer

El sol asoma por la ventana pero mis ojos se niegan despertar. El cuerpo me duele agotada de tanto uso y tengo agujetas en lugares insospechados, pero la sonrisa no se borra de mi cara. Estiro la mano buscando un calor que ya echo de menos pero no lo encuentro. Me levanto a toda velocidad y choco de lleno con el cabecero.

— Mierda—. Acaricio mi frente golpeada.

¿Lo soñé? ¿Lo imaginé todo?

Salto de la cama, me cubro con una camiseta de esas de andar por casa y camino hacia la cocina. Nadie. Busco en la cocina, baño y salón pero nada de nada. Se ha ido.

Cierro los ojos buscando respuestas que no llegan. Yo entendí que lo intentaría, él lo dijo... Dios, me engañó sólo por acostarse conmigo. ¡Qué pensaba! ¿Qué estaría en la cocina preparando café y tostadas? ¡Anne! No sabes distinguir entre echar un buen polvo y algo más.

Soy una idiota pero hubiese asegurado que anoche no sólo fue especial para mí. Parecía tan cálido y tan necesitado de caricias que por un momento sentí que las deseaba con la misma intensidad que yo.

Respiro profundo. El vacío que no debería sentir y la pena que no debería tener me cubren los ánimos. Acepté ser una relación sin compromisos con un hombre que decía no tener sentimientos y la primer noche quedo coladita por sus huesos.

¡Mierda! Me tiro del pelo enfadada.

Qué diablos podía esperar de un hombre que nunca se enamoró de nadie. Camino con pasos apesadumbrados. Preparo un café bien cargado y me siento en mi terraza mirando el horizonte. Tengo el cuerpo cansado y el alma triste. Apenas si he dormido un par de horas. Sonrío con el recuerdo de una noche espectacular y con una lágrima rebelde que insiste en aparecer.

El sonido del WhatsApp suena varias veces pero no lo contesto, es demasiado temprano para escuchar la palabrería de mi hermana.

Estiro las piernas, miro por la terraza y dejo pasar el tiempo.

Estoy demasiado apenada y no quiero. ¡Por favor! No puedo enamorarme la primera noche. No puedo, no debo, no lo soportaré...

Acerco el móvil que insiste molesto con su musiquita de mensajes entrantes. Siete mensajes sin contestar. Abro rápidamente asustada temiendo

malas noticias pero descubro que Reed ha incorporado su número en mi agenda y lleva una hora escribiendo mensajes.

**Reed**

— *Nena lo siento, compromiso ineludible.*

¿En sábado por la mañana? Vamos, que me chupo el dedo.

**Reed**

— *Estabas preciosa durmiendo, no tuve valor para despertarte.*

Ay madre... Que estoy flaqueando. Mis ánimos comienzan a saltar esperanzados.

**Reed**

— *Lo de anoche... Tenemos que hablar.*

¿Hablar? Lo mejor que puedo hacer es correr por la primera puerta que encuentre y escapar mientras pueda.

**Reed**

— *¡Nena! ??????? Sigues durmiendo. ¿Parece que alguien no ha dormido mucho anoche? ;-)*

— *Ya no puedo escribir. Hablamos más tarde.*

¿Y por qué no puedes? ¿Dónde estás y con quién?

El siguiente lo escribe una hora después.

**Reed**

— *¡Despierta!...Háblame...*

Sonrío con tristeza. Me gusta y me atrae como no debería hacerlo, me hace sentir lo que no debería sentir. No con un hombre como él.

**Reed**

— *Espérame.*

Dejo el teléfono sobre la mesilla y le quito el sonido mientras doy un sorbo grande al café. ¿Espérame? ¿Acostarse contigo significa sentarse a esperar a que no tengas otros compromisos? Dios, si sólo llevamos un día y ya muero de celos por pensar en donde estarás y con quien ¿cómo haré para no enloquecer con tus esperas?

La puerta de calle se cierra con un pequeño golpe.

— Algún día deberás aprender a tocar al timbre.

— La costumbre— Jane sonrío pero al instante se queda inmóvil en la entrada.

— ¿Estás enferma?

— ¿Por qué lo preguntas?

— Tienes el pelo como un nido de gaviotas. Ojitos adormilados y cara de pocos amigos.

— Gracias por los halagos...

— Y además con mala leche ¿Qué pasó?

Jane se sirve una taza de café y se sienta a mi lado en la terraza.

— Nada importante.

— Anne, no mientas.

— Pasé la noche con un hombre... ¡Jane! Levanta el brazo... Eso es. Respira por la nariz... Ya pasó. ¿Estás bien?

Mi hermana está roja como un tomate y con la camiseta con manchas oscuras por culpa del café que escupió al atragantarse.

— No es para tanto— Me molesto con su reacción.

— ¡Que no es para tanto! Llevas tres años viuda y sin nada de nada. Ni siquiera una miradita y ahora me dices que te has acostado con un hombre. ¡Quiero detalles! ¿Quién, cuándo, dónde? Lo quiero todo.

— Es Reed.

— ¿El pintor?

— Decorador, es decorador.

— Bueno sí, ese. ¿Y cómo fue? ¿Pero no era que te rechazaba y no sé qué tonterías más? Seguro lo tienes loquito. Esos ojitos verdes y ese hermoso cabello rojizo lo han dejado sin aliento.

— Acabas de llamar a mi pelo nido de gaviotas—. Dije levantando una ceja.

— Eso fue antes. Te has llevado al yogurcito a la cama y mereces mi respeto— Lo que me faltaba, Jane en modo irónico.

— No es un yogurcito o por lo menos anoche no lo demostró—. Sorbo

un poco de mi frío café.

— ¡Cuéntame todo!— Jane mira escandalizada hacia el baño— ¿Ya se fue?

— Sí.

— Uf... Menos mal. Cuenta.

— No hay mucho que contar. Fue maravilloso, el mejor sexo de mi vida pero como un buen sueño, desapareció al despertarme—. Mi hermana abre los ojos estupefacta. — Fue estupendo, me hizo sentir cosas que nunca había sentido. Fue increíble y pienso dejar de verlo.

— Tú deliras.

— Esta mañana cuando me desperté se había ido. No pienso comenzar a sufrir desde el primer día.

— ¿Qué hiciste?

— ¡Y yo que sé! Para mí fue estupendo pero, por los hechos, está claro que para él sólo fui un polvo más.

— ¿Y no buscabas sexo sin compromisos?

— Sí pero no con él. No sé. Me sentí tan y ahora estoy tan...

— Te gustaría tenerlo y te da miedo.

— ¿Estoy loca? Apenas lo conozco. Es complicado, frío y reservado pero me tiene enganchada de pies y manos.

— Y está de rechupete—. Jane ríe con ganas y yo me animo con su entusiasmo.

— ¿Quieres ver una foto?

— ¿Le has sacado una foto desnudo en la cama?

— No idiota. Es la de su perfil del móvil. Guardó en mi agenda su número antes de marcharse.

— Ya estás tardando.

Le acerco el móvil y Jane se queda sin aliento, como todas.

— ¡Por Dios! Está tremendo. ¡Qué ojazos!

— Ves lo que te digo. No es para mí. Me dará una patada en el culo y quedaré hecha polvo y destrozada. No puedo permitírmelo. Han pasado tres años desde lo de John y no quiero volver a sufrir.

— John está muerto y tú estás viva.

— Y por eso no puedo ser una suicida. Reed es un abismo sin escaleras.

— Te encanta.

— Con locura—. Abro la palma de mi mano y me golpeo la frente.

Jane se divierte con mi patético dramatismo cuando suena el timbre y el

móvil vibra a la vez.

— Debe ser tía Elsa. Le dije que pasaría a buscarte para comprar el regalo de cumpleaños de Adam. Voy a abrirle.

Tía Elsa nunca se cansa. Siempre lista para disfrutar de un paseo, ir al cine o dar la vuelta al mundo. Para ella todos son buenos planes.

El teléfono sin sonido parpadea demostrando que entran mensajes constantemente.

— Hola cariño.

— Hola tía. Si me dais un minuto me ducho y marchamos las tres.

— Por supuesto. Después del ejercicio de anoche...

Miré a mi hermana molesta, pero sabía que no se callaría delante de Elsa.

— No podías callarte.

— Imposible. ¿Elsa sabes que nuestra querida Anne ha tenido compañía toda la noche? Toda, todita....

— No hace falta que lo asegures. Ojos tontorrones, pelo enredado, camiseta casual, pies descalzos y arañazos en el cuello.

— ¡Eso no es así! Y no tengo arañazos...Joder, Jane ¿por qué no me has dicho nada?— Me miro al espejo molesta.

— No los había visto pero tía Elsa es una luz para estas cosas. Sabes tía, yo pensé que tenía gripe.

— Hija mía, tú siempre tan rápida.

— ¡Tía!— Jane rió con el comentario.

— ¿Al final el pintor cayó en tus redes?

— Es decorador y no le puse ninguna red— Suspiro cansada.

— ¿Y qué tal fue?

— Magnífico.

— Y entonces ¿por qué esa voz de mierda?— Elsa se sienta en el sofá— Vara corta, potencia escasa, salchichón fino, ¿cuál es el problema?

— ¿Estás segura que te dieron nuestra custodia?— Jane pregunta curiosa y tía Elsa sonrío.

— Y sin tener que acostarme con el juez.

— Tía...— Jane abrazó a la ya avejentada madre adoptiva. Hablaba en tono de broma pero ambas sabíamos todo lo que luchó por tenernos a su lado.

— Piruleta corta, mango sin fuerza, cargador sin carga...— Dijo convencida.

— ¡Nada de eso! Para ya.

Tía Elsa se la pasaba en grande haciéndonos sonrojar a mi hermana y a mí como dos niñas.

— No le gustan las relaciones. Dice que no tiene sentimientos, que no sabe comprometerse. Es frío y poco hablador, introvertido, intrigante y seductor. Una joya para alguien con mis cientos de inseguridades.

— Como todos. ¿Algo importante por destacar?

— ¡Te parece poco!

Tía Elsa levantó los hombros tranquila.

— Pasamos una noche estupenda pero se marchó sin despedirse.

— ¿Te ha llamado?

— Sí.

— ¿Se ha explicado?

— Sólo un poco.

— ¿Y no era lo que deseabas? Dijiste que no querías compromisos. Sólo vivir y probar.

— Sí, eso dijo—. Jane afirmó.

— Ajá, ahí está. Resulta que tu gustó muchísimo y quieres repetir—. Elsa apuntó con el dedo.

— Sí.

— Y seguro que le lanzaste toda esa sarta de tonterías sobre el amor verdadero.

Mejor no contesto.

— Anne Foster. ¿Le dijiste todas esas estupideces sí o no?

— Sí.

— Pero has cambiado de opinión. Has sentido cosas que te gustan.

— Pero él también resultó ser igual de claro.

— Y por supuesto los hombres no sienten ¿no?

— No lo creo tía. Yo soy una viuda de lo más normalita, en cambio él vive la vida de otra forma. Es más, tiene gustos un tanto peculiares.

Elsa esperó que terminara de hablar y Jane abrió los ojos expectantes.

— No creo que sepas...

— Cariño, a estas alturas todas tenemos claro que yo sé bastante más sobre sexo que vosotras dos juntas.

— Es verdad— Jane agacha la cabeza afirmando de forma divertida.

— ¡Habla!

— Está bien. Le gusta el sexo compartido, hace tríos y participa en bambans .



Tía Elsa lanza una carcajada que me deja sin palabras.

— Cariño es gangbang.

— ¿Tú sabes de qué va?

— Jane ¿seguro que eres mi hija?

— Legalmente sí. Nos has criado, por lo cual técnicamente y moralmente lo eres.

— Entonces ¡por qué habéis salido tan monjiles!

— ¡No somos monjas!

Me agarro la cabeza. La tengo echa un lío y conversar sobre sexo con mi hermana la monjil y mi tía la experta, no ayuda para aclararme. Elsa pudo notar mis dudas porqué dejó de bromear con mi hermana y contestó con seriedad.

— Anne, no tiene nada de malo probar cosas nuevas en el sexo. Siempre que los participantes estén de acuerdo, no veo donde reside el problema.

— ¿Estás segura de lo que hablas? Creo que no me sigues. Digo que se acostó con las mujeres de sus amigos ¡y las compartió con varios hombres!

— Ay madre...— Jane roba el abanico de Elsa mientras hiperventila nerviosa.

— Cariño, el sexo y sus diversas formas de practicarlo existen desde que el mundo es mundo. La gente se horroriza, espanta y juzga con rapidez pero poco hacen por enseñar. Tú has tenido una pareja de lo más conservadora y no lo juzgo pero el mundo está habitado por personas diferentes. No ha matado ni violado a nadie. Los gustos siempre cambian dependiendo de la persona que tengas a tu lado. No juzgues sin conocer.

— ¿No lo ves mal?

— En absoluto.

El móvil continúa iluminándose y Elsa lo mira curiosa.

— ¿No vas a contestar?

— Por ahora no. Tengo que pensar. ¿Qué pasa si sigo con él? ¿Si quiere compartirme o si quiere sexo con otra? No creo que pueda.

— Las maratones se corren paso a paso. No pienses en el mañana cuando no sabes lo que vas a hacer hoy. La decisión última siempre la tendrás tú, la opinión de los demás importa poco.

Asiento pensativa.

— Lo pensaré—. Beso a Elsa en la frente agradecida por tenerla— Me voy a la ducha y salimos a por ese regalo.

— ¿Cariño, una pregunta?

Me detuve en el pasillo esperando.

— ¿Ese Reed es el de la foto que se ilumina en el móvil?

— Sí—. Contesto insegura.

— Entonces no te olvides de recordarle que para caer bien en la familia, lo mejor es practicar un gangbang con la tía.

— Elsa... — No terminé de reírme a carcajadas cuando Jane agregó.

— No se olviden de la hermana mayor. Ella también comparte.

Elsa y yo la miramos sorprendidas. Jane no suele bromear con estos temas. Es demasiado conservadora.

— ¡Qué pasa! Seré casada pero no soy tonta.

Las tres reímos y yo corro a la ducha. Mi familia ha cambiado mi humor como siempre. Lo negro ahora sólo se ve gris y los miedos se transforman en creciente curiosidad.

Jane y Elsa, sin ellas mi vida sería un triste cubo vacío.

## Me debes algo

Entro al portal riendo a carcajadas mientras tía Elsa y Jane marchan en el coche cantando a grito pelado. Esa mujer no puede tener los años que asegura tener. Son pasadas las once de la noche y lo que se suponía iba a ser una tarde entre chicas resultó ser un día de fiesta al completo.

Elsa y Jane cambiaron mi chip. Tengo que dejar de pensar tanto las cosas. Disfrutar y cumplir mis deseos y al que no le guste que se aguante.

Entraré en casa y contestaré los mensaje de Reed, porque me apetece y porque me da la real gana. No tengo miedos. Si él quiere estar conmigo será que le gusto y debo ser la primera en aceptarlo aunque a mi autoestima le cueste aceptarlo.

¿Y dónde están las malditas llaves para poder entrar? Tengo que cambiar de bolso. Nunca encuentro nada.

— No has contestado a ninguno de mis mensajes—. Su voz áspera está cargada de tristeza.

Su calor se pega a mi espalda y mi corazón se acelera como siempre que lo tengo cerca. Estoy en sus redes, atrapada y sentenciada.

— Olvidé el teléfono.

— Los quince primeros mensajes aparecen leídos— Su voz es fría y dura.

¡Maldito WhatsApp traidor!

Giro mi cuerpo para poder mirarlo de frente pero quedo totalmente pegada a su torso. Estoy más cerca de lo que pensaba. Alzo la mirada y ahí está. Su siempre presente mirada glacial. Parece turbado, ¿es por mi culpa?

Estiro la mano y acaricio su mejilla áspera intentando suavizar su expresión dura y triste. Su respiración se agita nerviosa, está preocupado y sí, es por mi culpa.

Me lanzo en punta de pies sin pensarlo y entrelazo mis manos detrás de su cuello para atraerlo a mis labios. Lo beso con delicadeza, con suavidad, con una dulzura de la que no acostumbra.

— No vuelvas a ignorarme— su tono es de súplica.

— Necesitaba pensar.

— No quiero que pienses. No tienes que pensar. Te ordeno no pensar—  
Contesta besando mi cuello excitado.

— Te marchaste. Me apartaste y me perdí.

— Soy un idiota... Tenía que haberte despertado pero estabas dormida y yo tenía que irme y no quise asustarte. Pero no podía evitarlo: es sábado y me esperaban, si hubiera podido me habría quedado pero no suelo dormir con nadie y mucho menos pasar la noche...

Mi risa brotó a pesar de mi contención mientras Reed sigue intentando explicarse cada vez peor.

— ¿Qué es tan gracioso?

— Y yo que decía que eras mudo e introvertido.

— ¿Te ríes de mí?

— Eso parece.

Me giro y abro la puerta con rapidez para salir corriendo al salón como una niña jugando al pilla-pilla. Por unos momentos lo dejo descolocado pero al minuto siguiente escucho el portazo y su voz grave y amenazante intenta infundir un miedo que no consigue.

— No estoy nada contento.

— ¡Qué miedo tengo!— Simulo temblar y él sonrío contento con mi actuación.

Giro alrededor de la mesa riendo nerviosa y buscando escaparme para no ser pillada pero fue atravesar el pasillo cuando mi técnica no resultó ser muy efectiva. Sus largos brazos me sujetan de una mano y me arrastra hacia su cuerpo tenso.

Se abalanza sobre mí y se desespera por introducir las manos bajo la camiseta y yo hago lo mismo con él. Sus manos me quitan el pantalón mientras yo tiro del suyo. Intento desnudarlo con la mayor rapidez posible. La impaciencia nos domina y ninguno de los dos es capaz de disimularla.

— Dámelo, Anne— Murmura mientras me arrastra hacia la habitación— Quiero lo de anoche. Lo necesito...

¡Sí! Lo sabía. Tú lo has sentido y lo deseas igual que yo. Sí, contigo quiero ser valiente, osada, sin límites, sin prejuicios.

Detengo sus manos que recorren impacientes mi sujetador y lo guío hacia la habitación. Lo empujo hasta dejarlo acostado boca arriba mientras me mira expectante.

— Hoy controlo yo.

— Nunca cedo el control, no puedo...

— Podrás.

Su mirada se nubla, parece nervioso, noto su tensión pero quiero ser lo que busca y para ello necesito conquistar su terreno.

— Dame una oportunidad.

Me subo a la cama y me deslizo lentamente sobre su duro cuerpo. Él no se resiste, me está dando mi oportunidad y pienso aprovecharla.

Me pongo de rodillas con él debajo de mi cuerpo y comienzo a deslizar su camisa hacia arriba. Realizo suaves caricias con uñas por el suave bello de su pecho y lo siento resoplar nervioso. Bajo lentamente hacia sus bóxer con mis manos y mi boca. Mi lengua lo recorre por el pecho deslizándose suavemente por sus contorneados músculos.

— Eres un espectáculo de hombre. Voy a saborearte milímetro a milímetro.

Hablo con erotismo sabiendo lo mucho que le gusta y su pene responde moviéndose duro bajo el algodón.

Mis labios recorren su piel y mis manos disfrutan de su cuerpo duro allí por donde lo toco.

— Anne...— Mi nombre resultó terriblemente sexy en su voz consumida por el deseo.

— Eres perfecto, tus músculos son perfectos...— Muerdo sus bóxer y los bajo con mis dientes para dejar liberada una erección que saltó fuerte y viril. Me levanto sobre su cuerpo y mi lengua lo recorre con lentitud, tenemos todo el tiempo del mundo. Lo saboreo con dedicación de arriba a abajo, una y otra vez mientras sus manos se aferran a mi cabello.

— Anne me matas...

— Esto acaba de comenzar.

Mi mano sujeta con fuerza su pene mientras abro la boca para introducirlo por completo en mi interior. Chupo una, dos y tres veces. Cada vez con más fuerza que la anterior. Su sabor salado me encanta y su aroma a jabón, almizcle y a Reed me embriaga.

Jadea y sus manos tiran de mi pelo de forma dolorosa pero no me importa. Así es justamente como lo que quiero. Lo deseo derretido y a mis pies. Perdiendo el control perdiéndose en mí.

Lo aprieto con fuerza entre mi paladar y la lengua mientras aprisiono con fuerza sus testículos entre mi mano. Su virilidad se mueve sollozante en mi boca mientras juego con mi lengua en su pequeña apertura. Reed maldice y se aferra con fuerza a las sábanas que se arrugan bajo sus puños cerrados.

Lo siento tenso pero sigo con mi tortura. Lo quiero justo donde lo tengo. Lo chupo sin descanso, no pienso darle tregua. Su piel es suave y saborearlo me excita como nada. Su cuerpo se retuerce de impaciencia y yo gimo de deseo.

Su mano retorna a mi cabeza intentando captar mi atención pero mi lengua lo aprieta contra mi paladar sin descanso una y otra vez. Su mano suelta mi cara y se aferra a mi hombro con firmeza. Esta tenso y su pene me regala pequeñas gotas de líquido dulce y salado que me enloquecen de placer. Lo aprieto entre mis dedos y con mi boca le doy pequeños mordiscos en sus testículos mientras chupo con más fuerza. Reed insulta descontrolado y yo sonrío traviesa. Lo quiero todo. Cada gota suya será mía.

— Joder Anne...No te detengas. Sigue. Con fuerza. Sí, pasa esa hermosa lengua por... Sí. así... Maldita sea, sí...

Estoy excitada por lo que le estoy haciendo y Reed ardía en mi boca. Mi cuerpo se incendia y quiere que él se abraza conmigo. Sus manos sujetan mi cabeza guiándome dentro y fuera. Tiene los ojos cerrados y su cuerpo suda bajo el mío.

Mi boca succiona y mi lengua lo lame como si no hubiera un mañana. Sus manos apresan mi cara y sus caderas se mueven hacia mi boca con fuertes empujones. Impulsa con fuerza y me da miedo de perder el ritmo pero estoy demasiado concentrada para pensar en otra cosa. Quiero saciarlo. Quiero vaciarlo al completo.

Aprieto sus caderas con mis manos y las bajo para notar como se tensa y sube ante el orgasmo inminente.

— Anne no puedo más...

— Mírame. Tú a mí—. Repito la orden que me dio la noche anterior.

Sus ojos se abren y su azul es fuego líquido. Su mirada se clava en la mía y todo desapareció para ambos. La pasión nos envolvió.

— Dios...— Dijo mientras se sacudía en mi boca.

El primer chorro entró de lleno en mi boca mientras continuaba moviéndose para entrar en lo más profundo. Reed se hundía y temblaba con cada movimiento y mis ojos brillaron satisfechos, pensaba seguir lamiendo hasta notarlo totalmente vacío.

— Vas a matarme.

Me siento sobre mis tobillos mientras paso mi lengua alrededor de mis labios, consiguiendo excitarlo una vez más.

— No lo parece.— Contesto al ver su pene aún duro. Parecía listo para continuar.

Se incorpora para sujetarme por los hombros y subirme sobre su cuerpo.

— ¿Te di eso que me pedías?— Pregunto curiosa.

Me mira sin comprenderme. Su cerebro aún está confuso.

— Dijiste que querías lo mismo de anoche. ¿Te lo di?

— No.

— ¿No?

— Me has dado algo que ahora deseo aún más.

— ¿Ah sí?

— No te hagas la ingenua, Anne Foster—. Me recuesta en la cama y se apoya sobre mi.

— Yo no he hecho nada por ti.

— Y algo me dice que las cosas no se van a quedar así.

— Esa es mi chica.

Reed se acerca lentamente pero no me besa. Su mejilla áspera por el nacimiento de la barba me roza allí por donde pasa como un dulce gatito buscando calor. Me roza las mejillas, se pasea por mi cuello y se refriega por el monte de mis pechos. Dios, ni un beso, sólo su contacto. El roce me derrite por allí donde pasa, el aire de su respiración me eriza la piel y cierro los ojos completamente extasiada en un universo de sensaciones.

Baja poco a poco y atrapa un pezón en su boca y lo lame como si se tratara de el dulce más delicioso.

— Te deseo... Lo único que deseo...

Me estiro tensa mientras él saborea extasiado.

— Me pasaría toda la noche saboreando tu cuerpo.

Su lengua me recorre hasta el ombligo y se detiene en él para darme pequeños mordiscos en el hueso de mi cadera.

— ¿Te gusta?

— Sí... Reed, por favor...

Mi cuerpo tiembla nervioso, estoy demasiado caliente y lo necesito ya, pero Reed parece dispuesto a esperar.

— Esto acaba de empezar.

Sus manos bajan lentamente acariciando mis muslos y ofreciéndome el calor de su cuerpo que mis piernas abrazan cuando su piel roza la mía. Su boca me recorre lentamente por mi pelvis y su suave lengua me lame hasta llegar a esa línea fina de bello que tanto le fascina.

— Te dije lo mucho que me gusta este línea de fuego que tienes aquí—. Sus dedos siguen el camino de mi bello hacia arriba y hacia abajo y yo tiemblo deseosa.— Sí, por supuesto que lo sabes.

Sus dedos bajan por entre mis piernas abriendo mi carne hinchada, húmeda y deseosa del hombre más guapo del mundo. Su cabeza sigue el camino

de sus dedos y su lengua me penetra mientras sus dedo anular acaricia mi clítoris.

— Sí... No pares...

Lo siento sonreír pero su boca no me suelta. Sus labios chupan mi clítoris y los dientes aprietan mis labios con pequeños mordiscos. Dios, mi cuerpo se retuerce por él. Me sostiene con sus fuertes manos bajo mis muslos y atrapa mis movimientos con la presión de su dominio. Su cabeza empuja para abrirme completamente y yo le cedo todo el poder. Estoy a su merced y me siento una mujer completa.

Sus labios me succionan el clítoris y pierdo la conciencia. Siento como su lengua me penetra una y otra vez mientras me recorre cada vez más dentro de mi carne sensible.

— No puedo... Esto es... Sí...

La lengua de Reed entra y sale como una estaca, sin piedad y mi cuerpo se convulsiona con su negra cabellera entre mis piernas. Tiemblo e instintivamente cierro las piernas pero él sigue atormentándome con su boca, quiere matarme de placer.

— No puedo más...— Susurro agotada.

— De eso nada.

Se levanta y se desliza hasta mi boca besándome con vehemencia. Su lengua sabe a mí, su cara huele a mí. El maravilloso cuerpo escultural me cubre al completo mientras presiona la cadera con fuerza sobre la mía, me penetra sin ningún aviso previo y no lo necesito porque estoy totalmente empapada con mis jugos y sus besos.

Su pene duro me penetra y su torso se levanta sobre sus codos para empujar con más fuerza. Una y otra vez golpea intentando entrar en mi hasta lo imposible. Los testículos golpean duro mi vagina y mi clítoris aunque agotado, reacciona nuevamente a su llamada.

Reed tiene el cuerpo mojado por el esfuerzo, pero no se detiene. El corazón le late desbocado y sus ojos son los de un animal desenfrenado que piensa devorar a su presa.

— Mírame—. Dice ronco.

Mis ojos lo comen con la mirada y lo siento ponerse aún más duro dentro de mi cuerpo.

— Joder sí. Córrete para mí...

Sus palabras surten el efecto deseado y me retuerzo bajo sus fuertes estocadas mientras él gruñe sin importarle quien pudiera escucharlo.



— Dios... Sí... Sí.

Grita mientras su cuerpo se convulsiona sobre el mío. Ambos nos endurecemos y retorremos en un orgasmo único y abrasador.

Estamos empapados de sudor, nuestras respiraciones están agitadas y el corazón nos late convulso. Se gira con cuidado para salirse de mí y tira de su pene para quitarse el látex húmedo. Lo anuda y lo arroja al suelo casi sin fuerzas.

Su brazo tira de mí para apoyarme sobre su pecho pero no llego a apoyarme cuando lo siento respirar profundo. Está relajado y completamente dormido. Cierro los ojos y lo acompaño hacia los deliciosos brazos de un Morfeo enamorado.

La mañana del domingo está tan soleada como la del sábado pero esta vez tuve miedo de abrir los ojos. ¿Estás? Eso que aprisiona mi cintura parece un brazo. Me muevo con cuidado para levantarme pero el peso de su mano no me lo permite.

— ¿Te escapabas?— Su voz por la mañana es más ronca y sexy que durante el día.

— No soy yo quien huyó despavorida.

— No —. Me acerca hacia su cuerpo desnudo y me gustó la sensación de apoyarme sobre su duro pecho—. Me porté como un idiota.

— Te marchaste sin despedirte...

— Lo que pasó entre nosotros me descolocó.

— ¿Y ahora estás?— pregunto asustada.

— Igual, pero sea lo que sea lo que está pasando, no quiero perderlo.

— Ya veo que no tengo opinión sobre el tema— digo sonriente.

— Sólo para decir que sí.

— Reed...— Levanto la cabeza para mirarlo a los ojos— Tú mismo has dicho que no eres de parejas ni de romances. Yo no quiero jugar y después sufrir como una tonta. He pasado mucho en mi vida y no tengo fuerzas para seguir sufriendo. Estamos bien, la pasamos bien pero...

— No se te ocurra dejarme—. Su mirada se enturbia nerviosa.

— No puedo permitirme sufrir, no tengo fuerzas.

— Lo que nos está pasando, nos pasa a los dos. Tienes el mismo miedo y lo comprendo. Si tengo que cambiar para no perderte, lo haré. Aprenderé, seré más... humano.

— No quiero obligarte a cambiar. Yo no buscaba nada de esto. Todo sale al revés de lo planeado.

— ¿Y tú qué buscas Anne? ¿Sexo sin compromisos? Nena, esa barrera la pasamos anoche.

Agacho la cabeza pensativa y asustada mientras acaricio el bello de su pecho pero él me levanta la barbilla para mirarlo.

— Anne, esto no es sólo sexo. Yo tuve mucho de eso pero esto es diferente. Danos una oportunidad. Voy a cagarla y estoy seguro de que lo haré muy pronto, pero por ahora necesito que lo intentes. No me quites algo que jamás pensé tener. Me consumes, me inquietas y me vuelves loco pero adoro sentirme así.

— ¿Estas pidiéndome ser tu pareja?

— Estoy rogando una oportunidad. Y no suelo suplicar nada a nadie.

Claro que no. Es un hombre que derrite a cualquier mujer con sólo acercarse. No lo necesita.

— Anne...— Está afectado y nervioso— Sólo pido una oportunidad, bueno igual dos.

— ¿Dos?

— Mañana la joderé, por lo cual prefiero pedir dos oportunidades juntas.

— ¿Tan seguro estás?

— ¿De joderla? Sí, pero vas a darme dos oportunidades. Debes prometerlo. Nunca he experimentado nada como esto y lo quiero. Anne no pienso dejarte, te necesito.

Me mata de amor. Me encanta tenerlo conmigo, adoro despertar a su lado y toco el cielo cuando lo tengo dentro de mí.

— Lo intentaré pero necesito una cosa.

— Acepto—. Rio como tonta enamorada.

— Todavía no he dicho nada. Reed, hablo en serio. Quiero tu sinceridad. No quiero mentiras.

— Me parece bien pero yo por mi parte necesito tiempo para adaptarme. Nunca he estado en una situación similar y no estoy seguro de saber cómo se hace. ¿Por qué no empezamos mañana lunes? Es un buen día para comenzar algo.

— Me estás asustando...

— Anne, mañana es lunes.

— Sí, como siempre después de un domingo.

— Yo no estaré en el Museo. No como siempre.

— Eso no importa. Me da igual a lo que te dediques o en donde trabajes.

— ¿De verdad lo dices? Recuerda lo que acabas de decir.

— Reed, si somos sinceros el uno con el otro la experiencia será maravillosa sino simplemente nos haremos daño.

— Hablas como si de una forma u otra fuera a terminar.

No contesto. El riesgo es demasiado elevado, pero no puedo seguir negando lo que siento. Lo deseo y me derrite. Rompe mis esquemas y me hace temblar con sólo mirarme. Sus ojos me llevan a un lugar que no conozco y su pasión me envuelve en un mundo que no conozco. Sí, yo también quiero algo más.

— Muere de hambre—. Se incorpora en la cama y me derretí ante su poderío

— ¿Vas a preparar el desayuno? No tienes pinta de saber cocinar nada.

— Y no lo hago.

— Claro, siempre te cocinan—. Me levanto molesta por mis estúpidos celos.

— Sé preparar tortitas—. Su mano me sujeta por el brazo para detener mi huida.

— De eso nada, seguro no sabes ni freír un huevo.

— Y no lo sé, pero lo haré por ti.

Ay, madre. Su sonrisa me derrite. Es tan seductor que hasta parece menos frío e insensible que cuando lo conocí.

— ¿Y qué más cocinas?— Pregunto divertida mientras me siento a horcajadas sobre él.

— Tortitas saladas, tortitas con sirope, tortitas con bacón y solo tortitas.

Me reclino para darle un beso tierno pero él me abraza y me lanza bajo su cuerpo, cubriéndome al completo. Y allí está el de siempre, el rey del control.

— Pero como me distraes ahora no preparo nada. Me muero de hambre y tendrás que saciarme con tu cuerpo.

Sus manos me aprietan la cintura para acomodarme y comenzar a besarme los pechos y bajar con delicadas caricias por la cintura y más allá.

— Reed...

— Shh. No te quejes. Te has reído de mis recetas. Ahora me tienes que alimentar tú.

## Nuevos comienzos

Mary se detuvo en el marco de la puerta con un estupendo vestido que le resaltaba hasta la tensión arterial. Sus perfectos noventa, sesenta, noventa se lo podían permitir y ella no dudaba de explotar sus amplias cualidades. ¿Qué champú utilizará para tener ese rubio tan brillante? ¡Va, qué me importa! Sacudo la cabeza para centrarme. Llevo todo el fin de semana disfrutando de un cuerpo de infarto amándome de todas las formas posibles, ella es guapa pero yo soy la reina del cortijo, la diosa de las arqueólogas, la masters del universo. Autoestima se autoproclama reina.

— Bruce Ayers te ha llamado. Vendrá esta tarde. Me pidió que si tenías otra reunión la cancelara, según él no puede esperar. Debe verte hoy mismo—. Su voz es tajante y se la nota enfadada.

¿Qué será lo tan importante? Bruce es demasiado sereno y muy metódico para actuar con tantas prisas, algo no debe ir bien.

— Lo esperaré. Cancela mi reunión en la Biblioteca Nacional.

— Bien.

— Y por favor, llama al señor Olson y discúlpate de mi parte. No podré recogerlo en el aeropuerto como le prometí.

— ¿Marc Olson está en la ciudad?— Y aquí la tenemos otra vez.

— Sí, se quedará unos días.

— Yo puedo recogerlo. Para mí no sería ninguna molestia. Tú estás muy ocupada, en cambio yo tengo tiempo y energía suficiente como para mostrarle la ciudad.

Energía, ¿ha insinuado lo que creo? Mejor no pregunto porque terminamos en los periódicos.

—Te necesito en la oficina y Marc es mayorcito como para pedir un taxi ¿no te parece?— Puso los ojos en blanco y se marchó cerrando la puerta con una mueca de disgusto.

Estoy comenzando a cansarme de ser un maldito cero a la izquierda. La siempre educada Anne, la mujer obediente y la esposa fiel está harta de opinar y que no se la escuche.

No pienso soportar que nadie vuelva a imponer su voluntad sobre mí. Pienso defenderme con uñas y dientes, gritaré, arañaré y patearé, pero nadie volverá a violar ni mi cuerpo material ni mi cuerpo emocional. El pasado está muerto y pulverizado.

No estoy segura si es que yo estoy cambiando o simplemente es que me repugna tanta hipocresía. ¡Pero qué cuernos! Marc y yo estudiamos juntos y es de mi edad. ¿o es que según ella los años sólo pasan para mí? Claro que sí. Jane va a tener razón y tendré que comenzar a distinguir entre sinceridad y la envidia. Mejor intentó pensar en esos ojos árticos que me levantan el ánimo y me pongo a trabajar.

Los dedos me duelen de tanto teclear cuando Mary llama a mi puerta después de horas sin aparecer.

— El señor Bruce Ayers está aquí. ¿Lo hago pasar?— Preguntó sonriente.

— Por supuesto.

¿Y ahora qué le pasa? Lleva todo el día queriendo masticarme viva por llevarme el bomboncito a la cama y ahora sonrío de oreja a oreja. Juro que no la entiendo.

Me levanto de la silla estirando mi falda negra a media pierna y mi camisa blanca ajustada, para estar presentable. Es algo formal pero soy directora de uno de los museos más importantes del país ¿qué otra ropa voy a usar? Eso sí, con los tacones me desquito. Los llevo de trece centímetros y de las mejores marcas. Los tacones y los perfumes nunca deben faltar en el armario de una mujer, a pesar de los lagrimones de su cuenta bancaria.

Bruce entra por la puerta sonriente como siempre. Es mi mentor y se le nota.

— Querida, por fin nos vemos.

— No me has dejado muchas opciones—. Contesto divertida.

Bruce me estruja entre sus brazos y la verdad es que me gusta sentirlo. Cuando te quedas sin padres, siempre buscas alguien que los reemplace y Bruce Ayers es mi padre de reemplazo.

— Anne, quiero presentarte al señor Backman. Reed Backman.

— Anne— dijo con voz grave mientras estira la mano y me mira sin pestañear.

¿Qué está pasando? Que broma de mal gusto es esta.

— ¿Reed Blackman? Eres Reed...¿Blackman? El viejo buscador de tesoros ¿Blackman?

— Está claro que lo de viejo es sólo una inocente mentira para mantener su identidad en secreto—. Dijo Bruce.

Me siento en el sillón de mi escritorio intentando reubicar las ideas. Estoy confundida y no soy capaz de reaccionar ni de pensar. Mi mente busca una

explicación lógica que no encuentra, mi cuerpo está helado, y mi cabeza gira desorientada. Mis manos están inmóviles y un sudor frío me recorre al completo.

— ¿Una mentira?— Lo miro estrechando los ojos al punto de las lágrimas— ¿Eres una mentira?

— Anne...

Mi mente está turbada. La confusión no me deja pensar. ¿Por qué reírse de mí de aquella manera? ¿Cuál es el objetivo de tanta maldad?

Se acercó a mí con la total intención de engañarme ¿Quería demostrar que la directora del Museo Stonebridge era una estúpida de tantas? Lo consiguió.

Cierro los ojos e intento controlar un ataque de dolor en el corazón y rabia emocional a los que no puedo dar rienda suelta. Bruce no puede saber lo estúpida que soy. Él confía en mi profesionalidad y mi inteligencia, no quedará como una imbécil engañada por culpa de un gigoló mentiroso y sin escrúpulos. No montaré un escándalo en mi trabajo. Me ha costado mucho demostrar mi valía como mujer como para perderla por un mentiroso compañero de cama.

— ¿Un café?— Pregunto con aparente calma.

— Para mí uno con leche.— Bruce contestó sonriente.

— Señor Blackman.

— Nada. Anne debemos hablar a solas. Bruce si nos permites...

— Señor Blackman, todo lo que tenga que decirme puede hacerlo delante de Bruce. Por mi parte si me permite, y ya que parece desearlo, me gustaría expresarle que desapruedo su presencia en el museo. Su estilo me parece embustero, mediocre y farsante.

Su mirada gélida se turba con mis palabras pero su rostro como siempre, es incapaz de mostrar sentimiento alguno. ¡Perfecto artista del engaño! Reed Blackman, mentiroso e insensible.

— ¡Anne! No es cómo crees— Bruce habló convencido.

— ¿Es peor?— La ironía se apodera de mí.

— Estaré a tu lado—. Afirmó controlador y amenazante como siempre.

Y una mierda, maldito capullo mentiroso. Me levanto enfurecida y abro la puerta de tal forma que casi la arranco de las bisagras.

— ¡Mary! Tráenos dos cafés. ¡Ahora!

— Sí— Contestó sin moverse.

La muy descarada se queda en la puerta y se lo come con los ojos mientras se ríe a mi costa.

— ¡Para hoy!— Me muerdo la lengua para no ahorcarla aquí mismo. Maldita desgraciada. Pretende ligárselo delante de mí y regodearse de mi

estupidez. ¡Y una mierda para ella!

Si alguno de los presentes tenía alguna duda sobre su perfecto y redondeado culo, Mary resolvió la incógnita al girarse provocativamente, sin ningún tipo de disimulo, hacia la puerta. Resoplo molesta pero no porqué ella se estuviera ofreciendo como merluza en la pescadería, sino porqué todo este espectáculo es para mí hombre. Ese que creía que era mío y ahora rompe mi ilusión en pequeños trocitos. Tengo el corazón desorientado. La sensación es horrible. Estoy molesta, enfadada, triste y muy desengañada. Esto no debía ser así. ¿Quién eres en verdad Reed Blackman?

Anoche prometiste cosas que hoy quedan enterradas en el olvido. Estaba ilusionada por un hombre que me subió a las nubes para después derribarme con un disparo directo al corazón. ¿Era necesario lastimarme así? Levanto la vista y allí lo tengo otra vez. Con su vista glacial clavada en mí.

— Anne, las piezas perdidas por el mundo son algo que tú mejor que nadie sabes que me fascinan— Bruce habló con sinceridad.

— Lo sé—. Bruce no detiene sus explicaciones pero poco escucho.

Ahí está otra vez. ¡Deja de mirarme así! Eres un mentiroso embaucador.

— Conoces a Blackman por sus hazañas pero él es mucho más.

— Bien por él.

Bruce resopla cansado pero me importan un cuerno escuchar las magnificencias de don perfecto.

— Como veo que no estás muy interesada en su trayectoria profesional, lo dejamos para otro momento. Lo importante son mis planes para futuro y que os involucra a ambos.

— Soy toda oídos.

— Blackman es el mejor en su campo y una persona muy necesaria para Stonebridge. Él llevará el departamento de búsqueda de reliquias, dirigirá las expediciones de diferentes piezas a nivel internacional y colaborará para que muchas joyas sean devueltas a sus países de origen.

— Esa idea es muy costosa ¿Contamos con los fondos necesarios?— Igual consigo que no lo contraten.

— Sabes que formo parte del grupo de inversores para la búsqueda y conservación de reliquias, por lo cual no te preocupes, me encargaré de ofrecer los fondos necesarios. El museo no verá comprometido sus fondos.

— Lo tienes todo pensado—. Refunfuño entre dientes.

— La verdad es que sí pero me gustaría contar con tu apoyo.

— Tengo mucho trabajo y dirigir otro departamento me será muy

complicado. Lo veo imposible

— Verás— Bruce se rasca el cuello— el área de búsqueda de reliquias funcionara como un organismo staff.

— Soy la directora general y deberá trabajar ¡para mí!

— La palabra correcta es contigo— Ahí estaba con gesto sonriente sosteniéndose la barbilla. Maldito capullo.

— Blackman reportará directamente a presidencia.

No creo que pueda cambiar la cara de poema que se me está poniendo. Esa y la de una mala leche del demonio. Las cosas empeoran minuto a minuto.

— ¡Bruce! Soy la responsable de los fondos y del correcto funcionamiento de Stonebridge. Si me quitas competencias, ¡por qué no me echas a la calle y todos contentos!

— Anne, no es necesario que te pongas así. No me estoy saltando tus competencias. Muy por el contrario tendrás acceso directo a la cuenta de gastos, y a la selección de reliquias. Serás un eslabón imprescindible. Este proyecto no sería viable sin tu colaboración.

— ¡No pienso reportar cada movimiento a una oficinista! Necesito moverme con libertad de acciones. La búsqueda de reliquias no son un juego—. Grita Reed molesto.

¿Qué pasa bonito, la tortilla se da vuelta y eso ya no te gusta? Pues te jodes. Capullo mentiroso.

— No reportarás a dirección. Confiamos en tu profesionalidad—. Resopla Bruce agotado.

— Bien...— Contesta finalmente tenso.

— Y entonces ¡Por qué demonios lo tengo que tener en el museo!

— Anne, no serás la jefa de Reed, serás su compañera en la búsqueda de tesoros.

— ¿Qué?

— ¡Qué!

Su mirada se desencaja tanto como la mía.

Bruce se burla de nosotros, no tiene otra explicación. Lo más arriesgado que he hecho en mi vida fue aprender a montar en bici. Muchas veces he soñado con vestir ropa color arena, llevar sombrero de exploradora y pantalones de Lara Croft pero de los sueños a la realidad hay un paso largo ¿o no?

En otras circunstancias hasta adoraría el reto de salir al mundo para vivir nuevas experiencias y rescatar reliquias milenarias pero con Reed no es viable. Él me quita la respiración y volvería a caer en sus brazos ante su primer intento,



o mi segunda súplica.

— Trabajo sólo. No tengo compañeros. Este no era el trato.

— El trato es que seguirías buscando reliquias pero sin soportar las presiones de los gobiernos ni la escasez de dinero— Bruce parece agotado y algo enfadado—. Anne es la mejor en su campo y su compañía no es discutible. Trabajarás con ella o no hay trabajo.

Parece que ahí te ha dado. ¿Te has quedado mudo? ¡Chúpate esa!

— Anne, con respecto a Stonebridge, podrás contar con piezas únicas en el mundo. No necesito explicarte lo necesario que son esas piezas para el museo. Ese montón de proyectos muy científicos pero penosamente rentables que desarrollas necesitan de grandes inyecciones de dinero que no tienes.

Y esa patadita es para mí. Muchos compañeros perderían sus trabajos si no fuera por este dinero a fondo perdido de los inversores. Bruce tiene razón.

— Trabajareis juntos o no habrá proyecto. Anne, eres la mejor en el reconocimiento de piezas, y tú Blackman, tu trayectoria como caza-tesoros es incomparable.

Mis compañeros y sus familias merecen mi sacrificio.

— Por mi parte acepto. Soportaré a Blackman y su compañía. Siempre quise ser Indiana Jones en chica, igual hasta me compro un látigo.

Bruce sonrío relajado pero Reed sigue con cara de poema. ¿Tan malo le parece trabajar conmigo? ¿Además de mentiroso es un puñetero machista? Pues mira, parece que la venganza se sirve en plato frío. ¿No te gusta? Pues te jodes otra vez.

— ¿Blackman?

Se mueve nervioso. Está nervioso. ¿De verdad le molesta tanto tenerme a su lado en el trabajo?

— Acepto.

— Perfecto. Perfecto. Anne, he pedido que preparen la oficina contigua a la tuya. Blackman la necesitará.

— Lo sé. Conocí al decorador.

— ¿Decorador?

— Nadie importante. Un insípido insensible.

Su cara se desencaja y yo me alegro.

— Anne, Blackman, si no hay más preguntas me marcho. Tengo una reunión y necesito un descanso—. Suspira agotado mientras camina hacia la puerta.

— ¡Ayers! Dolores viene conmigo, no es negociable.

¿Dolores? ¿Y esa quién es? Pretende traerme a uno de sus ligues ¿aquí? Ay Dios, lo que me faltaba. Autoestima roja de ira.

— Por supuesto. He pedido un escritorio y todo lo necesario para ella. Estará a tu lado desde el primer día.

Reed asiente conforme. ¿Quién es Dolores? Sea quien sea ¿es tan importante como para rechazar el trabajo si ella no viene? Seguro que es tu manita derecha para todo... todo. Una morenaza de largas piernas y con la que te revuelcas cuando te apetece. Dios, estoy que exploto de celos, lo que me faltaba.

Mary entra con la bandeja con bebidas y la sonrisita en los labios. Me sabe engañada y está encantada. No creo que pueda soportarlo.

— Gracias Mary, pero me marchó.

Bruce se despide y sale por la puerta a toda prisa pero Reed se queda en mi despacho sin el menor atisbo de marcharse. Mary apoya la fuente con lentitud esperando que él se fuera pero nada. Parecía pegado al suelo.

Estaba claro que teníamos que hablar. Tengo que enfrentarlo pero muy pocas ganas de plantarle cara. ¿Por qué no lo dejamos así? Me has engañado. Tú ganas.

— Señor Blackman su despacho está enfrente.

— Mary, preciosa, ¿me permites unos minutos a solas con tu jefa?

La mira travieso y a la muy tonta pareciera que se le caen las bragas. Maldito capullo.

— Sí, te espero fuera...

La muy descarada se acomoda el escote antes de irse. Pasa por mi lado encantada con la falsa sonrisa que Reed acaba de regalarle. Juro que la mato.

— Blackman, tengo mucho trabajo.

— ¡Ya basta! Olvida lo de Blackman y haz el favor de escucharme.

Su mirada es fría y su rostro está tenso por el enfado. Se acerca a mi escritorio y prefiero mantenerme sentada porque no me fio de la estabilidad de mis piernas. Estoy molesta pero la tristeza es mayor.

Me siento una tonta engañada en sus propias narices. Mi orgullo no me permite reconocer que lo deseo tanto, que sus mentiras duelen más de lo racional.

Camina hasta mí, se coloca detrás de mi asiento y extiende su largo brazo sobre mi hombro como si fuera a tocarme pero no lo hace. No me acaricia pero la electricidad se instala entre nosotros. Siempre presente. Somos dos polos que se atraen y que echan chispas simplemente con acercarse.

— Si me permites...— La voz grave suena en mi oído y yo cierro los

ojos embriagada con su perfume.

Aprieta un botón y unas cortinas mecánicas se cierran cubriendo el total de los cristales.

— ¿Qué es eso? ¡Qué has hecho!

Salto del asiento y me doy de lleno con su cuerpo que está detrás de mí y me atrapa fuerte en sus brazos.

— Hice que las instalaran este fin de semana. Trabajar a tu lado es una tentación difícil de soportar. Las cortinas nos ofrecerán intimidad cuando la necesitamos.

— Eso no pasará ¡Suéltame!

— No te estoy reteniendo.

Mierda, es verdad. Soy yo la que no se separa. Autoestima roja de vergüenza.

— Anne...

— ¡No! Me niego a que me hables con esa voz embriagadora y que intentes hacerme olvidar de todas tus mentiras.

— ¿Embriagadora?

— No sonrías. ¡Mentiroso! Me has engañado. Te acuestas conmigo pero te importa una mierda mentirme. Te lo pedí. Te advertí lo importante que era para mí la sinceridad pero no te importó.

— Y yo te pedí dos oportunidades y tú lo prometiste—. Arrastra los dedos por su cabello nervioso.

— Ugr— Le empujo hacia atrás y me giro ofuscada— ¡Te reíste de mí! Me hiciste creer que eras quién no eras. ¡Embustero! ¡Mentiroso! ¡Farsante! ¡Embaucador!

— ¡No!— Su grito me desconcertó.

El hombre más frío y calculador de todos acaba de perder los nervios. Su mano se mueve nerviosa por su pelo y sus ojos se nublan confundidos. Es otro Reed, uno que no conocía, ¿cuántos Reed existen?

— No podía—. Se arrastra el cabello por enésima vez con las manos. Se le nota alterado— ¡No me dejaste otra opción y lo sabes!

— ¿Yo? Lo que me faltaba por oír. Tú eres un cobarde y ¿soy yo la culpable?. ¿Ahora quién dice tonterías señor Blackman? ¡Vete! No quiero volver a verte.

— Anne Foster, siéntate, vas a escucharme.

— No pienso sentarme. No pienso escucharte. Vas a irte ahora mismo. No eres mi dueño. No me mandas. ¡Pero qué...!

En menos de un minuto me sujeta por las piernas, me levanta sobre su hombro derecho y me arroja sobre el sofá sin ninguna delicadeza. Mi culo rebota en el cuero y me quedo sin palabras.

— ¡Ay!

Su mirada es fría y turbia. Sus puños se cierran tensos a los lados y me doy cuenta que tengo miedo. Sus músculos son fuertes, se le nota que entrena y no exactamente en clases de zumba.

— Me moría por hablarte, tocarte... Llevaba más de una semana viéndote tras el cristal y me estaba volviendo loco.

Habla agitado. Intenta respirar lentamente para recuperar la compostura, se le nota que no está muy acostumbrado a perder los nervios. Camina de un lado a otro recuperando el control mientras yo me tranquilizo ocultando mi terror frente a hombres enfadados.

— No eres el tipo de mujeres que frecuento—. Frunzo el ceño y él sonrío con una pequeña mueca.

— Querías sinceridad y te la ofrezco. Eres preciosa y desequilibras mis sentidos, pero no perteneces al mundo de mujeres que frecuento. Me acerqué a tu despacho totalmente convencido que te follaría sobre tu escritorio y luego te olvidaría.

— ¿Y?— Me incorporo en el sofá intrigada y algo más calmada.

— Anne, te negaste a mi desde el primer momento y no es algo que suele sucederme.

Ahora le odio y muero de celos otra vez. Sólo pensar en todas esas mujeres recibiendo sus besos y caricias me enferma.

— Cuando pensabas que era un simple pintor apenas me diste opciones así que ¿qué hubiera pasado si te hubiera dicho la verdad?

Me miro las rodillas recordando todo lo que había dicho sobre él.

— Tenías unas ideas preconcebidas y yo muy poco tiempo para cambiarlas.

Se sienta a mi lado y dejo que acaricie mi rostro.

— Nena, sabes que digo la verdad. Saber mi apellido te habría alejado de mi para siempre y no estaba dispuesto a perderte. Moría por tener tu cuerpo.

— Y en eso se resume todo. Mentir para acostarte con una mujer.

Me contempla sin contestar y ese silencio me lastima aún más.

— Ya lo has conseguido. Vete.

El dolor se me nota demasiado y prefiero recuperarme en soledad.

— Pides sinceridad y me echas de tu lado cuando la ofrezco. No puedo

negarlo, quería meterme entre tus piernas de forma desesperada. Pensé que eras un capricho pasajero pero cuando pasamos la primera noche juntos volviste a poner mi mundo del revés. Anne, contigo nada resulta como lo planifico. Acostarme contigo sólo un par de noches no son suficientes. Su mano levanta mi barbilla y el azul fuego me traspasa el cuerpo.

— Tenerte estos días a mi lado ha sido descubrir que la vida es algo más que respirar. Contigo el sexo es un completo desconocido, un misterio extraño que no puedo dejar de experimentar. No soy bueno para ti, no pertenezco a tu mundo y me harás perder la razón pero no me importa. No soy capaz de pensar en otra cosa que no sea tenerte.

— Sólo es sexo. Del bueno, pero sólo eso.

— Nena—, rodea mi cara con ambas manos— sé lo que significa echar un buen polvo, y tú y yo hacemos algo más. Dame una oportunidad, ¿qué puedes perder?

El corazón, la vida, las esperanzas...

— Te advertí que la jodería y prometiste darme otra oportunidad. Lo prometiste.

Lo miro y cometo el peor de mis errores. Cuando su mirada me envuelve estoy perdida.

Acaricio su barbilla rasurada y niego con la cabeza.

— No lo mereces y serás mi perdición.

— Tú ya eres la mía.

Se recuesta sobre mi cuerpo y me besa con pasión. Su boca muerde mi labio inferior y gimo deseosa. No puedo engañarme, deseaba su explicación, necesitaba cualquier excusa para perdonarlo y sus razones son reales. Nunca quise darle una oportunidad, hombres como Reed Blackman son los que te dejan destruida pero es demasiado tarde para mí. Estoy atrapada en sus redes.

Su mano acaricia mi espalda y alcanza mi cintura mientras el peso de su cuerpo me recuesta en el sofá. Su mano viaja por mi cuerpo y cierro los ojos extasiada al escuchar el sonido de su voz grave.

— Quiero tenerte a todas horas, en todo momento. Necesito saber que ocupo tu mente y que enloqueces por mi cuerpo—. Solloza entrecortado.

Su mano recorre mi pierna y sube por mi muslo quemándome a medida que sube.

— Eres un peligro, señor Blackman—. Noto como sus labios sonrían sobre mi cuello al llamarlo por su apellido.

— Y todavía no le he mostrado nada, señorita Foster.

La puerta suena con un par de golpes y se abre sin darnos tiempo para reincorporarnos.

Ay, madre, que estamos en mi despacho. Reed se incorpora con rapidez, liberando mi cuerpo, pero no se aleja. Este hombre no se avergüenza por nada.

— Anne, tu secretaria no estaba y...— Suraj nos observa y por un minuto se queda sin palabras, pero las recupera al instante—. Después de lo atenta que fuiste el otro día con la información de seguridad, pensé que podíamos almorzar juntos e intercambiar algunos puntos de vista pero podemos dejarlo para otro día.

— ¡No!— El deseo frustrado me hace gritar—. Quiero decir sí, me parece perfecto.

Ambos hombres se miran extrañados pero yo considero que es el momento indicado para huir. Cuando Reed me envuelve con sus caricias, pierdo la capacidad de razonar. Hace tan sólo una hora lo odiaba como loca y ahora he estado a punto de tener sexo en mi oficina, a pleno día y con la puerta sin bloquear. Dios, necesito aire y pensar.

— No vas—. Gruñó molesto.

Reed mira a Suraj que ahora sonríe con plenitud de dientes. Por favor, si no estuviera tan loca por mi cazador de tesoros tendría que reconocer que su amigo es un bombón listo para degustar. Tan sonriente, tan amable y tan diferente al mío. ¿Mío? ¿He dicho mío? Me voy. Recojo el bolso apresurada.

— Anne tiene un tema pendiente conmigo. Vete a comer solo.

— No es necesario—. Contesto con rapidez.

— Te quedarás conmigo.

— Y yo digo que necesito irme—. El inspector me aprieta la mano para ayudarme a escapar por la puerta y Reed se tensiona.

— Suéltala.

— Lo siento hermano, no tardaremos. Te la devuelvo en un par de horas.

Salgo rápido temiendo que mi deseo sexual resulte ser más férreo que mi voluntad.

— Me apetece una ensalada.

— A tus órdenes preciosa—. Suraj lanzó una carcajada al marcharnos que hizo enfadar aún más a Reed.

## Quien dice uno...

— Veo que ya conoces al verdadero Reed.

— Sí, y eso me recuerda que tú callaste su identidad. Debería estar enfadada también contigo.

— ¿Y me perdonarías como lo hacías con él?

— Mi tenedor se detuvo a mitad de camino y los calores me suben por el cuerpo mientras Suraj lanza una carcajada de lo más contagiosa.

— No necesitas avergonzarte conmigo. Reed y yo nos conocemos desde hace años. Cuéntame que le has hecho para que pierda la compostura. Jamás lo he visto perder el control con ninguna... Quiero decir con...

— Tranquilo, no soy tonta. Es un hombre capaz de tener a la mujer que quiera y seguro se meten en su cama sin llamarlas.

— No tanto como en la mía—. Me guiña un ojo con picardía.

— ¿Y me decías que lo conoces desde cuándo?

— No lo he dicho pero estoy dispuesto a darte la información que necesitas.

— Esa sonrisa. ¿Por qué Reed no es la mitad de dulce que Suraj?

— Nos criamos juntos, fuimos al mismo colegio y somos del mismo barrio. Nos sentimos hermanos.

— Pero no lo sois ¿o sí?

— No. Mi padre y mi madre son fieles.

— No... No quise decir eso— Mejor sigo masticando la tarta de vainilla.

— Es broma. Mi bronceado chocolate es por parte de mi padre indio y mis preciosos ojos verdes son de la rama inglesa de mi madre.

— Sonrío relajada. Suraj me libera de un día de puras tensiones.

— Crecimos juntos y nunca nos hemos separado. Yo me dediqué a atrapar ladrones y maleantes mientras que Reed busca piezas robadas. Ya ves, la vida nos unió siempre.

— Como hermanos de sangre.

— Exacto. Mi madre reparte collejas a los dos por igual.

— ¿Tan unidos?— Digo divertida.

— Sí. Y los sermones también son por partida doble. Imagina a un niño indio de ojos verdes y otro de cabellos negros y ojos azules con sus cabecitas gachas, aguantando el chaparrón de una madre india muy pero muy enfadada.

— Esta vez soy yo la que me divierto con la imagen.

— ¿Lo comparten todo?

¿Qué? ¿Por qué? ¿Cómo he dicho algo así? Suraj me mira curioso pero lo descubre al minuto. Sabe que lo sé. ¡Tierra trágame!

— Yo he compartido pero Reed nunca ha tenido nada para compartir.

— ¿Qué quieres decir?

Metí la pata la primera vez por preguntar, por lo cual no veo razón para no continuar.

— No soy yo quien debe responder a esa pregunta. ¿Qué tal si regresamos al museo? Necesito que hablemos de algo importante.

— Por supuesto.

Acabo de quedar como una chismosa pero no me importa. Reed es de pocas palabras y si puedo obtener información por medio de otras fuentes, pues bienvenidas sean.

— Anne, intenta comprenderle.

— No entiendo.

— Lo entenderás.

Continuamos la conversación sobre temas triviales cuando una de las tonterías de Suraj me hacen reír tanto que no me doy cuenta ni por donde camino. Choco de frente con el duro cuerpo de Reed y para variar, no está contento. Lo que no sabe es que cuando está enfadado es aún más atractivo y me lo comería a bocaditos pequeños.

No me habla. Se limita a observarme con mirada acusadora y brazos cruzados. Dios, nunca voy a acostumbrarme a verlo tan guapo. Lo tengo delante y el mundo se pierde para mí. Lo observo extasiada y entonces hago algo que ni él se espera. Me estiro y le planto un beso corto en la boca que lo deja desorientado. Sonrío triunfante y estoy por alejarme cuando sus manos se aferran a mi cintura negándome la posibilidad de huir por el pasillo.

— ¿Dónde habéis ido?— Oh, no. Parece triste. Me lo como.

— Hemos almorzado una ensalada. Nada especial.

— Y yo que pensé que te había enamorado con mi sex-appeal exótico —.contesta Suraj y yo sonrío como siempre que él habla. Reed refunfuña molesto.

— Hermano, cambia esa cara y vamos al despacho. Tenemos que hablar de un trabajo importante. Saciaremos nuestros placeres en otro momento.

Reed lo mira furioso y Suraj se sorprende ante su reacción.

— Es broma.

Se está disculpando, pero, ¿por qué?



— No estoy para bromas.

— Ya veo—. Exhala, negando con la cabeza— Veréis, el motivo principal de mi visita es porque os necesito para realizar una comprobación.

— ¿Pensé que estabas aquí para almorzar conmigo?— Hago un falso mohín con los labios.

Estoy siendo más osada de lo normal pero me siento encantada. Vuelvo a ser la mujer que quiere volar sin ataduras y me fascina. Las caricias de Reed me devuelven la felicidad y la tranquilidad que deseo, y si consigo ponerlo un poquito celoso, mejor que mejor. Sé que no está bien pero sienta de maravilla.

— Preciosa, almorzaría contigo cada día de mi existencia.

— Puedes dejarte de gilipolleces y hablar de una maldita vez—. Reed no está para juegos.

¿Igual me he pasado? No. Este es mi turno de revancha.

— La pieza de las que quiero hablar, es uno de los huevos Fabergé.

Mi concentración regresa de sopetón.

— Fabergé. Un huevo Fabergé original ¿Lo dices en serio? ¿Un huevo de pascua auténtico? No es posible. Los desaparecidos llevan años ocultos por no decir que ni siquiera existen indicios que aún se conserven—. Dudo de la información.

— Por eso estoy aquí. Tendrás que visitar a Alexander Hansson y comprobar que tan original es la pieza que posee.

— ¿Él tiene uno de los Fabergé desaparecidos?

— Por lo menos es lo que asegura.

— Alexander Hansson, es el multimillonario alemán dedicado a la industria automotriz, No sabía que se dedicara a coleccionar arte—. Reed comenta intrigado.

— Yo tampoco lo sabía pero parece que es así. Si conseguimos autentificar la pieza y toda la documentación está en regla podrá llevar el Fabergé a su país.

— ¿Piensas que puede ser robada?

— No lo descarto, por eso irás acompañada de Reed. Conoces perfectamente el arte ruso y nadie mejor que tú para autentificarla antes que se la lleven hacia Alemania. Lo visitareis esta tarde en su mansión, él los recibirá encantado. Tiene la esperanza de conseguir la aprobación legal del gobierno y poder trasladarla directo a Berlín, pero nada de ello será posible sin tu autentificación. Anne, necesito que analices la pieza con sumo detalle y si llega a ser falsa volverás aquí sin darle ninguna pista, y le dirás que necesitas más

tiempo.

— No comprendo.

— Si la historia y la pieza son reales, Alexander accedió a realizar una exposición en Stonebridge de forma totalmente desinteresada y gratuita.

— ¡Eso sería maravilloso!

— Siempre y cuando el huevo sea original. Si la pieza es falsa, ese hombre no estará para nada contento con tu diagnóstico y no quiero que corras ningún peligro. Si las cosas se complican, no deberás alejarte de Reed. Él sabrá cómo actuar.

— No se lo permitiré.

Ahí está la afirmación de mi cazador y su continua protección total. Es un pesado y ¡me encanta!

— Si es peligroso ¿por qué no está entre rejas?

— Cuando se trata de arte robado esa gente se mueve entre las penumbras de la legalidad. Es muy difícil pillarlos. Hansson se pasea por la sociedad europea sin inconvenientes, incluso por unos meses fue pareja de una sobrina del rey pero nunca tuvimos cargos en su contra.

— ¡Ese Alexander! El rubio de metro noventa que practica surf y que usa esas gafas negras de muerte y esa moto ¿Ducati no sé qué? No me lo creo.

— Veo que lo ubicas bastante bien—. Suraj se tapa la sonrisa con un dedo.

— Y quién no. ¿Y a qué hora hemos quedado?

— Los espera esta tarde.

— Me voy a casa. Tengo que cambiarme de ropa.

— Ni lo sueñes—. Su voz no sonó como para hacer muchos amigos.

— ¿Siempre vas a hablarme enfadado?

— Siempre que pierdas las bragas por un imbécil—. Su mirada se centró furiosa en mis ojos.

— Eh... Oh... ¡Pero serás bruto!. Yo no pierdo nada, es simplemente por estar acorde a la ocasión. Y no tengo que pedirte permiso ni a ti ni a nadie.

— Creo que debo irme...— Suraj apenas balbucea mientras cierra la puerta del despacho.

— ¡Mira lo que has hecho! Ahora pensaré que soy una calenturienta.

— Y lo eres.

— ¡Pero qué dices! Pedazo de animal. ¡Quién te crees para hablarme así!

— Y me encantas así de caliente — me inmoviliza entre sus brazos— pero sólo conmigo...

No soy capaz de continuar con el papel de mujer indignada cuando Reed me rodea con sus fuertes brazos y me besa como si no existiera un mañana. Abro mi boca con la misma intensa desesperación que él. La cima de la gloria se había convertido en la más oscura de las tumbas en un abrir y cerrar de ojos. Me sentí morir frente a su mentira y la posibilidad de su pérdida, y ahora estoy nuevamente en el cielo. Por Dios, esto no le sucede a mujeres adultas como yo. Cierro los ojos y me pego a su cuerpo, necesito tocarlo, quiero deleitarme con su lengua saboreando cada rincón de mi boca. Mi nariz se impregna de su aroma tan propio de él y borra cada minuto de temor que sentí al pensar que lo había perdido.

Sus manos envuelven mi cara mientras intentamos recuperar una cordura que se niega visitarme.

— Que me haces...— Susurra ronco.

— Preguntas como si yo lo supiera.

Sonríe y descubro que me encantan estos momentos. Estos en los que su rigidez cae y es capaz de mostrarme su sonrisa de chico travieso. Es otro hombre, otro Reed. Uno menos estirado, menos preocupado, menos triste.

— ¿Por qué sólo sonríes cuando estamos solos?

— No suelo reír .

— ¿Por qué?

— Nunca tuve motivos.

— Eso es triste...

— Puede. Este sobre es para ti.

— ¿Qué es?

— Son mis datos médicos. Estoy limpio.

Me mira con tanta necesidad que caigo derrotada sin comprenderlo.

— ¿Estabas enfermo?

— Todo lo contrario. Anne, necesito estar dentro de ti completamente. Quiero sentirte y correrme dentro de tu cuerpo, quiero saber cómo se siente tu calor, quiero que tu humedad me envuelva. No quiero ni un maldito látex entre nosotros. Quiero llenarte de mí y que me sientas acariciarte cuando mi piel te roce al penetrarte.

¡Guau!

— Yo no tengo ningún informe.

— No lo necesito. Sé perfectamente que no has estado con ningún hombre durante tres años. Nena, quiero que me sientas piel con piel. Quiero que me bañes con tu orgasmo.

Cierro los ojos confusa. Todo va muy rápido pero así es Reed, pura esencia arrebatadora. Una montaña rusa sin chófer.

— Tomo la píldora por temas médicos pero...— Su mirada lobuna brilla descarada.

— No sabes cuánto deseo tenerte así. Lo deseo mucho...

Sus besos me cubren por completo. Su boca se multiplica y lo siento por todo mi cuerpo en cuestión de segundos. En mi boca, mis mejillas, mi cuello, el valle de mis pechos...El pulso se me acelera y apenas puedo balbucear.

— ¿Nunca? Es decir... No... es decir...

— Si lo que deseas saber es si alguna vez lo hago sin preservativo, la respuesta es no.

Contesta mientras abre el botón de mi camisa y acaricia mi pecho por encima del sujetador.

— ¿Nunca?

— Nunca.

— Te ríes de mí.

— No miento. Ese sobre contiene mi informe médico y mi posibilidad de sentirte al completo.

Señala el sobre temeroso de mi contestación y comienzo a enamorarme sin desearlo. Ya es tarde.

— ¿Cuándo lo pediste?

— Cuando te marchaste con Suraj. Llamé a la clínica y lo pedí a través de mensajería urgente.

— ¿Impaciente?

— No te imaginas cuanto...

— Reed, tenemos que hablar, existen muchas cosas que aún no sabes y que podrían cambiar tu visión de mi... Yo no quiero engañarte y... Ay madre.

Me levanta y me sienta en el escritorio sin escuchar ni una sola de las palabras que he dicho.

Mis piernas quedan colgando en la altura del escritorio totalmente abiertas y él aprovecha el hueco para quedarse de pie acariciándome sin descanso. Me aferro a su cabello disfrutando de su sedosidad mientras él se embriaga con el sabor de mi pecho por encima de la blusa. La humedad de su boca traspasa el encaje y uno de mis pezones se endurece excitado ante tan adorable atención. Agacho la cabeza intentando depositar besos en su negra cabellera pero no llego y me desespero. Reed no me escucha, está demasiado ocupado en abrir mi camisa y liberar mis pechos del sujetador. Uno de ellos salta

en libertad y él lo atrapa en su boca para soltarlo lentamente rascando con los dientes la suavidad de mi piel.

Su cintura se pega a mi entrepierna totalmente abierta y siento la hebilla del cinturón de cuero rozar mi vientre. Mi cuerpo se humedece por la espera y la necesidad. Reed me hace reaccionar como una mujer desesperada por el sexo cuando antes apenas sí sabía lo que significaba. Siento su pene duro y abultado bajo los pantalones y me pego a él para abrir la cremallera. Necesito tenerlo dentro de mí, mi cuerpo grita a voces por sentirlo.

La desesperación es más rápida que mi mano en su cremallera por lo que decido introducir como puedo mis dedos por entre la cinturilla y acaricio su piel.

— Sí. Nena sí.

Su pene se endurece aún más ante el contacto de mis dedos mientras empuja intentando liberarse. Lo acaricio con la punta de mis yemas cuando lo escucho jurar en alto.

— Mierda... Dolores.

— ¿Qué?

Quito mi mano de su pantalón como si su entrepierna me hubiese mordido. Estoy aturdida y ofendida a la vez.

— No soy Dolores—. Contesto con brusquedad.

— No seas tonta.

Mordisquea por última vez mi pezón para luego acomodar mi sujetador mientras sonrío divertido. Miro al escritorio para ver si tengo algo pesado con lo que darle por la cabeza y dejarlo muerto aquí mismo pero no lo encuentro.

— Dolores lleva más de una hora esperando que la recoja. Nena, tengo que irme.

Apoya su frente contra la mía acariciando mi nariz—. Te lo compensaré, lo prometo.

Se reincorpora y lo veo recomponerse en cuestión de segundos. Acomoda su cremallera a medio abrir, introduce su camisa dentro y listo, aquí no ha pasado nada.

¿Cómo lo hace? Mis piernas aún tiemblan por sus caricias y él se va. Dolores lleva una hora esperando ¿Y qué? ¡Qué se aguante, maldita sea! Yo sí puedo esperar ¿pero la dichosa ayudante de piernas largas no puede?

¡Y una mierda! No pienso quedarme esperando mientras el señorito se va. No me trago más cuento chinos. Me acomodo la camisa e intento no mirarlo. Estoy muerta de celos pero que no se note. Lo que me faltaba a estas alturas es descubrir que soy una celosa descontrolada. ¡Gracias, Reed Blackman!

— Te paso a buscar y vamos juntos a la casa de Hansson—. Ordena desde la puerta.

— No hace falta—. Sigo sin levantar la vista simulando acomodar mi falda— No tendrás tiempo. Voy directa hacia allí.

Lo miro de reojo y veo como maldice mirando su reloj.

— Está bien, pero me esperarás en la puerta.

— Sí.

— Anne...

— Vete. No queremos que Dolores se enfade.

— Y no imaginas cuanto, gracias por comprender.

Sale escopetado y yo resoplo furiosa. Este hombre es un vaivén constante. Me aprieto la frente con fuerza. Esto no me puede estar pasando, me estoy enamorando sin remedio, a toda velocidad y sin frenos.

Con Reed no me siento segura, con John hasta los insultos eran predecibles pero con Reed las pasiones se enardecen y la racionalidad se esfuma. No puedo negarme estar a su lado. Su pasión me consume y me alimenta. Cada minuto que pasamos juntos lo siento meterse bajo mi piel haciéndome sentir una pasión jamás vivida. Viajo directo a un abismo y no soy capaz de detenerme. Mi cuerpo comienza a responderle a él antes que a mí. Dios, ¿no podía haberme sucedido esto mismo con un hombre como Marc o Suraj? ¿Tenías que ser tú?

— Veo que te han abandonado. Necesito que me firmes estos papeles— Mary le ha visto salir corriendo y parece feliz con mi cara de póker. ¡Qué alguien me diga por qué no la despidió!

Le devuelvo con rapidez los documentos. No deseo hablar con nadie y menos con ella.

— Te hará daño.

— ¿Perdón?

— Tú no eres el tipo de mujeres que sabe controlar a un hombre como ese. No tienes ni la experiencia ni el amor propio para dominarlo. Te lastimará hasta que te arrastres por el suelo.

Mi cara de poema la debió dejar descolocada porqué al instante agrega.

— Te quiero y lo digo por tu bien. Blackman es un potro salvaje imposible de domar. Tú no juegas en su liga.

¿Pero quién cojones se cree que es? ¿Soy tan estúpida que hasta mi secretaria se cree con el derecho de decirme con quien debo o no debo acostarme? ¿Tanto me he dejado dominar en mi vida para llegar a este punto?

— ¡Vete!

— Soy tu amiga y sólo busco lo mejor para ti.

— No me quieras tanto, amigas como tú, son las que me hacen replantear la soledad como una buena opción. No quiero ni un puñetero consejo de tu parte. Cierra el maldito pico y vete por la puerta ahora mismo si no quieres terminar de actualizar tu currículum desde casa.

Sus pies fueron más rápidos que mis palabras. Perfecto. Demasiado tengo con mis inseguridades como para alimentarlas con los comentarios de una niñata envidiosa.

Recojo mi bolso furiosa con Mary, con Reed, conmigo misma y con la santísima trinidad.

Voy a casa a cambiarme de ropa, necesito recuperar el valor y mi feminidad ultrajada.

— No regresaré. Cualquier urgencia estaré en el móvil— Grité a mi secretaria sin esperar contestación.

Me daré una ducha y me vestiré para la ocasión. Alexander Hansson me espera en su casa y pienso estar a la altura.

## No necesitas buscar

Estiro mi jersey de hilo blanco que se me ajusta a la perfección y combina maravillosamente bien con mi falda tubo de color granate y mis tacones de diez centímetros tacón híper fino. Esta es mi primera misión como descubridora de tesoros y pienso disfrutarla. John me encerró en un zulo y logré escapar, no pienso retroceder. Llevo tres años subiendo peldaños en mi vida y no pienso descender ninguno. Autoestima se acomoda el escote.

— Se supone que ibas a esperarme.

Dejo caer la mano que a punto estuvo de tocar el timbre, y lo miró con dominio de la situación. Aún estoy molesta por su mal carácter eterno y sus continuas alusiones a la dichosa Dolores.

— Me estoy cansando que me regañes como a una niña.

— Entonces no te comportes como una. Esto no es un juego.

— ¡No estoy jugando! Vengo a la autenticación de una reliquia. No sabemos nada más de Alexander y no veo porqué debemos sospechar de él.

— ¿Alexander? ¿Ahora es Alexander?

Me mira de arriba abajo y me siento intimidada. ¡Confianza, no me abandones!

— Te has cambiado de ropa.

— Sí y no voy a sentirme mal por ello. Luzco perfecta y tú no me lo vas a estropear.

Cruzo los brazos con determinación.

— Jamás se me ocurriría. Una pregunta, ese labial que llevas ¿es de esos indelebles que no se corren?

— Por supuesto, no digas que...

Estoy por buscar el espejo en mi bolso cuando Reed enmarca mi cara entre sus manos.

— Estás preciosa.

El aliento de su boca me quema mientras su lengua me recorre por la cara interna de mis dientes. El sabor de su lengua se mezcla con mi saliva y siento como se mueve intentando poseerme con movimientos certeros. Sus dientes muerden con impaciencia mi labio inferior mostrándome quien lleva el control pero no estoy dispuesta a dejarme dominar. Esta Anne controla su vida, sus sentimientos, su sexo y sus malditos besos.

Atrapo su cuello entre mis manos y abro la boca para arrastrar su lengua



al interior de mi cuerpo. Mi boca lo succiona y lo siento gruñir molesto y terriblemente excitado. Se separa maldiciendo en alto.

— Toca ese dichoso timbre y terminemos con esto para que pueda llevarte a casa. Voy a meterme entre tus piernas durante toda la maldita noche—. Dijo con voz ronca.

— Podrías ser un poquito más...

— ¿Romántico, delicado...?

— Con menos bestia me vale.

— Corazón...— Pone cara de inocencia fingida y sonrío divertida— mejor terminamos pronto con esta misión y te llevo a casa porque quiero perderme en tus caricias. Quiero amarte con pasión desbordada y si el calor de nuestros cuerpos no es suficiente para saciar tus ansias de mujer... Pienso follarte una y otra vez hasta que te duelan las piernas y tus orgasmos me dejen seco. ¿Así mejor?

— Eres un bruto salvaje—. Lanzo una carcajada sin quererlo y acaricio su torso sobre la camisa, mejor pensamos en trabajo o yo tampoco respondo de mis actos. Suspiro y toco el timbre.

— Buenos días. Soy Anne Foster del Museo Stonebridge y él es Reed Blackman.

— Por favor pasen. El señor Hansson les espera en el salón de invitados.

El mayordomo abre la puerta y nos acompaña al interior para dejarnos allí en solitario.

Menuda mansión. Jamás he visitado ninguna casa parecida. Es un palacio pero con obras de arte dignas de un museo. ¿El de la pared es un Eknut Ekwall? Imposible. La mayoría de sus obras son grabados. Me detengo frente al cuadro embelesada con su poderío.

— La señorita Anne Foster. Veo que le gusta el arte. Soy Alexander Hansson.

— Señor Hansson, permítame decirle que esta obra es magnífica.

Su sonrisa perfecta resalta en una cara perfecta, con una nariz perfecta y un cabello rubio oscuro perfecto.

— Agradezco que aprecie el arte tanto como yo. Veo que no sólo es usted preciosa sino que además sabe distinguir otra belleza además de la suya.

¡Y ya estamos otra vez! Me suben los colores de la vergüenza. Un día de estos voy a ir al médico y que me recete algo.

— Así es Anne. Reed Blackman por si le interesa.

Pero ahora que bicho le ha picado. Alexander es de lo más atento y Reed

le habla con tono de perdonavidas. No lo entiendo.

— Señor Hansson, permítame decirle que la selección de antigüedades de su salón es maravillosa—. Hablo extasiada.

— Por favor, tomen asiento. ¡Frederick! Tráenos unos refrescos y algún aperitivo pero, por favor que sea algo salado, con la señorita Foster tenemos demasiada dulzura en la sala.

Mi sonrisa asoma descarada y sin aviso. ¡Qué galante! ¿Acabo de suspirar? Sí, lo he hecho.

— Nos gustaría ver el huevo Fabergé.

— Relájese señor Blackman. ¿Siempre es así de autoritario? — Me pregunta con complicidad divertida mientras me extiende un delicioso zumo natural de frutas tropicales y yo respondo complacida.

— Señor Hansson, no queremos molestar. Es usted un hombre muy ocupado.

— Por favor llámame Alexander.

— Bien Alexander, no queremos hacerte perder el tiempo.

— De eso nada. No todos los días me visita en mi propia casa la directora de un museo tan importante como Stonebridge y con una belleza que alcanza la exquisitez.

¿Quién yo? ¿La de pecas en el pecho y ojeras al levantarse?

— Anne, me gustaría mostrarte las reliquias de arte griego del salón principal. Señor Blackman, puede quedarse aquí si lo desea.

— No lo deseo.

Reed se acerca y apoya su mano sobre mi hombro marcando territorio. Lo miro enarcando una ceja pero nada, su brazo me sostiene con fuerza, está incómodo. El recorrido resultó ser más largo de lo normal y la verdad es que yo tampoco me siento muy relajada con la situación. Alexander se excede en amabilidades y Reed está en posición de alerta como león listo para lanzar sus garras si llegara el momento.

Visitamos dos salas completas con tesoros de valor incalculables y no puedo dejar de admirar aquellas piezas que siendo dignas de un museo pertenecen al uso y disfrute de una sola persona. Una verdadera pena.

— Alexander, se hace tarde. ¿Es posible que veamos el huevo Fabergé?

— Pregunto melosa.

— No lo tengo aquí.

— ¿Cómo? — Comienzo a preocuparme. ¿Qué demonios planea?

— Hemos venido para nada— Reed sonó furioso.

— Habéis venido porqué yo así lo quise— Alexander contestó con igual tono— Quería comprobar si estabais capacitados para analizar mi reliquia.

— ¿Y hemos aprobado o tiene pensado otro jueguito imbécil?

— Anne está aprobada y con nota.

Ambos hombres se miraron batallando una pelea sin palabras. La situación es de lo más incómoda.

— Esta noche daré una fiesta de gala para un grupo de amigos. La pieza estará aquí para entonces. Anne—, me mira de forma galante— estaré encantado en que participes del evento y puedas comprobar la autenticidad de la joya. Quiero que seas mi invitada Nadie mejor que tú para tan célebre acontecimiento.

Alexander juega al niño rico que todo lo puede, no me gusta un pelo su actitud pero debo seguirle la corriente. Si el huevo es una pieza original, lo podré exponer en el museo y los beneficios darán para seis meses de salarios.

Reed cierra los puños a los lados y Alexander lo observa molesto. Yo también estoy molesta. Estos dos pelean por ver quién de los dos se lleva la chica al catre. Estoy que exploto.

— Teníamos planes pero aquí estaremos—. Reed se adelanta con la contestación.

— ¡Frederick! Acompaña a los señores hasta la puerta. Anne, esperaré ansioso tu regreso.

Me regala dos besos antes de marcharse sin mirar hacia Reed.

Ambos partimos silenciosos y subimos al coche de igual manera. Estamos disgustados e imagino que por causas diferentes. Llegamos a mi casa pero por más que intento descubrir la causa de su dichoso mal humor no lo consigo. No he hecho nada malo como para tener que aguantar su cara de perro.

Es detenerse el coche y bajo apresurada, tengo que prepararme para una fiesta de gala a la que no deseo asistir, y no me apetece tener que aguantar tonterías, ni de Reed ni de nadie.

— Nos vemos. — intento despedirme

— ¡Ni se te ocurra marcharte!

Me giro a punto de explotar.

— Llevas toda la tarde como un ogro malhumorado. Se supone que necesitamos esa reliquia en el museo pero tú no dejas de buscar pelea. Alexander sólo ha sido amable. No entiendo por qué te comportas de esa forma tan prepotente.

— ¡Lo entenderías si no te hubieras derretido al verlo!

— ¡Sólo fui educada!

— Joder, Anne. ¡Quería llevarte a su cama!

— Es un ricachón acostumbrado a ser galante. Nada más.

— ¡Y qué se muere por follarte!

— Eres insoportable.

— ¿Y quién es la culpable?

— Seguro que yo, como parece ser la costumbre en todo lo que atañe a tu vida.

Resopla nervioso mientras mueve la mano intentando domar un pelo tan rebelde como su dueño.

— En el día de hoy me has abandonado frente a Bruce, te marchas con mi mejor amigo, y cuando te propongo una relación más comprometida y te entrego mis análisis médicos, tú me contestas... Mmm espera que piense...¡Nada! ¡No dices ni una maldita palabra!

— Siento mucho que hayas pasado por todas esas desgracias, pero resulta que quise abandonarte porque ¡me engañaste! Soy la que soportó una reunión con su mentor sin poder arrancarte los pelos por mentiroso y la que aguantó la compostura frente a las atenciones de un ricachón guapo pero terriblemente pedante, y al que no puedo mandar al diablo porque económicamente necesito esa exposición. Ahora voy prepararme para asistir a una cena a la que no me apetece ir pero no tengo otra elección. Si te parece bien entraré en mi casa, y si no te lo parece, puedes marcharte por dónde has venido.

¡Dios! No me he guardado nada. Estoy que exploto. Él habrá tenido un mal día pero el mío no ha sido mejor.

— Anne...

No, no puedo mandarte a la mierda y ahora contestarme con ese tonito reconciliador. Tengo que ser fuerte o esta relación terminará consumiéndonos. Tienes que ceder el control y creer en mi o estamos perdidos.

Intento abrir la cerradura cuando noto su respiración en mi cuello. Parece más tranquilo. Ambos necesitábamos esta pelea, las tensiones superaron nuestro propio autocontrol.

— Por favor...Vete a casa. Nos vemos más tarde.

Necesito un tiempo en la soledad de mi hogar. Reed es mi montaña rusa particular y me encuentro demasiado mareada para dar otra vuelta.

— Puedo quedarme contigo. Nos duchamos juntos, nos acariciamos, nos relajamos y pido que me envíen uno de mis trajes. Dolores sabrá escoger el adecuado.

Me giro y lo miro atónita. ¿Me dará descanso alguna vez?

— Sonríes al pensar en Dolores ¿Y cómo fue esa historia sobre las mujeres y tu falta de sentimientos?

— Dolores es mucho más que una mujer—. Se acerca pero estoy demasiado tensa como para aceptar sus arrumacos. Los celos que nunca he sentido por nadie me sacuden todos a la vez. Sé que es guapísimo y tengo que acostumbrarme a ello pero muero de rabia al pensarlo en brazos de otra. No lo soporto.

—¿Por qué no hablamos de lo que en verdad deseo?— Susurra en mi oído.

Estar entre mis piernas. Para pedir sexo nunca te faltan palabras. Vete con tu querida Dolores y deja de jugar conmigo.

— Quiero estar sola—. Se aleja y lo noto turbado.

— ¿Estás segura?

— Sí.

Los puños se le cierran a los costados y la mirada se le enfría como la misma glaciación.

— Pasaré a las ocho en punto.

Se molesta otra vez. Lo noto desorientado y una parte de mi lo entiende pero a estas alturas no sé ni cuál es mi nombre. En un momento lo adoro y al otro quiero darle una patada antes que me lastime de forma irrecuperable.

— Puedo ir en mi coche.

— Paso a buscarte— Su frialdad ártica me congela— Y no se te ocurra discutir también sobre cual jodido coche usaremos.

Suspiro resignada. No quiero discutir.

— Como quieras.

Giro el picaporte para entrar. No puedo mirarlo. Esto no es sano. En la cama me siento en el cielo pero cuando hablamos fuera de ella, las peleas nos gobiernan. Estoy entrando por el portal cuando me aferra por la cintura tras mi espalda. Sus manos me aprietan con fuerza y miedo.

— Te lo advertí, dije que lo jodería. Lo intento pero no es fácil.

Me giro molesta. Ya basta con sus tonterías de cambio de humores.

¡Qué pasa conmigo y mis puñeteros sentimientos!

— ¿Qué se supone que te cuesta tanto? Ser amable, mostrar un poco de confianza, ofrecerme respeto. ¿Qué es exactamente lo difícil de llevar? ¡Qué!

— Maldita sea ¡Los celos!— Me suelta como si mi cuerpo lo quemara—. Le habría partido la cara por mirarte así.

Mis ojos se salen de sus órbitas por la confusión. ¿Celos? ¿Tú de mí?

Estamos en el mundo al revés.

— Pasaré por ti a las ocho—. Informa con voz grave mientras me suelta, se sube a su deportivo y se marcha en menos de un parpadeo.

Dios, esto no es real. El frío y duro caza tesoros, celoso de la aburrida directora de museo. El hombre más guapo y por el que las mujeres babeaban, tiene celos de un tonto ricachón. ¿Qué me estoy perdiendo?

Reed Blackman, vas a volverme loca. No sé cómo interpretar tus señales. Me hablas de sexo compartido y luego me dices ¿qué estás celoso? Me pides una oportunidad como pareja y luego te marchas con Dolores. En un minuto me hieres con engaños y secretos para al siguiente cubrir mi corazón con cientos de tiritas.

## Fabergé

Los nervios me dominan. Alexander se empeña en perseguirme sin descanso y Reed simplemente me observa sin decir palabra.

La cena resultó ser una terrible agonía en la que la hermosísima señorita Hansson tiene encandilado a Reed. Ambos hermanos parecían confabulados para mantenernos distanciados. La muy odiosa no deja de restregarse en su brazo y él la observa atento. Parece como si la vida le fuera en la conversación. ¡Y dónde quedaron esos celos hacia mí! Y todo lo demás sobre compromiso ¡Pero conmigo!

Resoplo cansada. Yo pensé que estaba guapa con mi vestido negro ajustadísimo con una gran raja en lateral izquierdo, tacones de infarto a juego, pelo recogido en un moño bajo, labios rojo pasión y pestañas negras rizadas con mi súper alargador resistente al agua, pero todo ello no es suficiente para oscurecer a Karin Hansson. Ella es de una belleza superior y Reed no deja de ser un hombre terriblemente atractivo. Son perfectos.

— Parece que mi hermana y tu compañero se han caído bien.

Ambos los miramos pero Reed y su acompañante están muy ocupados con su conversación como para darse por aludidos.

— Eso parece.

— Anne, con tantos invitados no he tenido oportunidad de estar a solas contigo y expresarte lo preciosa que luces esta noche.

— Muchas gracias. ¿No crees que es momento de ver la pieza Fabergé? Son más de las doce y seguro los invitados esperan impacientes.

— ¿Siempre eres tan responsable?— Susurra en mi oído acercándose de forma peligrosa.

— Defecto de familia.

Sonríe mientras encierra mi mano con la suya.

— Vamos a la sala contigua. Estaremos más tranquilos.

Asiento con la cabeza. Algo me huele mal y sé que no debería estar a solas con él pero Reed parece ocupado y yo no pienso mendigar su atención, ni mucho menos su protección.

Alexander apoya su otra mano en mi cintura y entramos en una habitación en penumbras y con una decoración exquisita. Muebles del siglo XIX y por supuesto un auténtico Picasso colgando de sus paredes.

— ¿Una copa?

Comenta mientras se acerca al bar con cientos de botellas de licores híper caros.

— No gracias.

— ¿Y llevas mucho tiempo sola?

— ¿Perdón?

— Lo siento pero he tenido que investigarte a ti y a tu compañero. No puedo permitir que entre en mi casa alguien que dice ser quien no es. Poseo piezas demasiado valiosas como para arriesgarme. Espero lo entiendas y me perdones.

Su sonrisa parece cálida pero no termino de fiarme y miento.

— Lo comprendo.

— ¿Entonces?

— Llevo tres años viuda.

— Lo siento. ¿Ahora eres libre?— Mi cara es demasiado expresiva y Alexander se remueve nervioso.— No quiero incomodarte pero no está en mi naturaleza dar rodeos. Cuando algo me gusta lo tomo.

— No estoy en venta.

— Vamos, Anne, eres muy inteligente y sabes lo que he querido decir. Me atraes y me gustaría conocerte mejor.

¿Sé puede saber que le pasa últimamente a los hombres? Tiene que ser mi nuevo perfume porque si no no me lo explico.

Se acerca sin previo aviso y me estrecha entre sus brazos. Intento zafarme de una forma educada pero no es posible. Él es más fuerte. Si le doy una patada en los huevos, me libero, pero adiós a mi reliquia para el museo. Mejor hacer el papel de pelirroja estúpida.

— Alexander, por favor...— Aleteo de pestañas traviesas y sonrisa de nena tonta— Eres un hombre de lo más atractivo pero no es momento. Estoy aquí por trabajo.

— Preciosa, sólo un beso—. Me pega más a su cuerpo y giro la cabeza evitando su contacto.

— De verdad que no.

— Un simple toque de labios para saciar mis ganas.

— Alexander, no...

Me muevo con insistencia y él comienza a soltarme resignado cuando un portazo nos hace girar a los dos a la vez.

— ¿Analizando el huevo?— Dijo con oscura serenidad.

Salvada por la campana. Casi recibo un buen morreo no autorizado.



— Sí. Nuestro anfitrión estaba a punto de traerlo. ¿No es así Alex?

El dueño de casa me sonrío algo confundido.

— Así es. Regreso en unos minutos.

Reed esperó a que la puerta se cerrara para descargar la artillería al completo.

— ¡Pero que cojones haces! ¡Qué parte de “no estés con él a solas” no has entendido! Has estado en peligro y todo porqué siempre haces lo que te da la real gana.

Está furioso pero lo curioso es que yo no lo estoy. Es más, siento hasta un toque de diversión que espero contener. ¿En peligro por un beso?

— Vine aquí para analizar el huevo Fabergé.

Intenté contestar con seriedad pero la mirada me brillaba por la risa contenida.

— Te voy a decir qué huevos son los que quiere que le analices. ¡Joder, Anne! Pudo obligarte a cualquier cosa. ¡Estabas sola!

— La casa está llena de invitados y dejamos la puerta abierta ¿no te parece que exageras un poco?

Reed comienza a calmarse mientras camina de un lado a otro. Con su traje gris claro, camisa blanca y corbata fina negra, es el hombre más guapo y deseado de la sala. Y está furioso por verme en brazos de otro. ¡Sí! Autoestima bailando salsa.

— El único peligro que he pasado es el de un beso robado.

Acaricio su cara sin poder contenerme y Reed ladea la cabeza hacia mi mano para que lo acaricie con mayor intensidad. Su cuerpo comienza a relajarse y sus ojos pétreos se alejan de la tormenta gracias a mi caricia.

— Esos besos son míos. Tu boca es mía.

Me acerco para besarlo y demostrarle lo cierto de su afirmación pero Alexander nos interrumpe. Entra con una caja que se supone contiene la joya.

— Aquí está.

Reed y yo nos acercamos al escritorio de madera de caoba expectantes ante la pieza.

Alexander abre una caja forrada en terciopelo rosa de lo más horrorosa mientras rebusco las gafas de mi bolso y me pongo unos guantes blancos para no dañar la pieza. Extraigo el huevo y comienzo a estudiarlo. La pieza ovalada está labrada en oro y decorada con diamantes y zafiros auténticos. La abro con cuidado por la mitad y allí está. La sorpresa que Fabergé nunca olvidaba incluir. Un reloj maravilloso con manecillas en oro amarillo que marca la hora exacta en

la que nos encontramos. La pieza no tiene más de ocho centímetros pero es maravillosa. Sin duda es una auténtica pieza Fabergé.

— ¿Y?— Alexander parece nervioso. Su inversión depende de mi veredicto.

— Es el tercer huevo imperial de Pascua. El reloj es de la lujosa marca Vacheron Constantin. Es una pieza valorada en algo más de treinta millones de dólares. Es totalmente auténtica.

— ¡Sí! Lo sabía. No sabes lo que agradezco tu valoración. No sé cómo pagar tu atención.— Intenta acercarse eufórico pero Reed se interpone en su camino.

— Un mes expuesta en Stonebridge es pago suficiente. Estaríamos encantados de poder mostrarla al mundo. Es una pieza que lleva doscientos años desaparecida sin ver la luz.

— Mañana mismo podrás organizarlo todo. Te lo prometí y pienso cumplirlo. Ven, quiero que me acompañes al salón. Debes celebrarlo conmigo.

Alexander estiró su mano para capturar la mía pero Reed acarició mi cintura en forma posesiva.

— Nos marchamos. Tenemos planes.

— Pero tienes que acompañarme en la presentación.

Ambos se miraban con cara de pocos amigos por lo cual decidí intervenir y terminar con la tontería de machos bravos.

— Alexander, ha sido un día largo y estoy cansada. Son tus invitados y estoy segura que lo harás perfectamente sin mi ayuda.

Hansson negó con la cabeza pero sin dejar de mirar a Reed a los ojos. Menudos dos.

— La noche recién empieza. Una copa, un par de bailes y te dejo marchar.

Agacho la mirada totalmente agotada.

— Está bien. Una copa y luego me marcho.

Reed sabe que no tengo otra opción pero se le nota molesto. Los tres salimos sin decir palabra rumbo al inmenso salón abarrotado de gente, y un jardín que se ilumina al compás de la música.

La señorita Hansson ha decidido que no puede esperar, por lo cual se abalanza sobre Reed apenas éste asoma por la puerta.

— No bailo.

— Conmigo sí—. Dijo la belleza alemana.

— Creo que no.

Me giro y me excuso con el pretexto de ir al servicio. No tengo ganas de ver como las mujeres babeaban por él mientras yo intento librarme de Alexander. Camino rápido hacia el pasillo exterior y respiro tranquila al notar el frescor de la noche. Pienso quedarme aquí un tiempo más que prudencial.

Sabía perfectamente que la noche no sería fácil pero ver a esas mujeres babeando por quien dice ser tu pareja es insoportable. No sé cómo he logrado meterme en esta situación pero ya estoy dentro y totalmente enganchada. Reed es el hombre que todas las mujeres educadas deseáramos pero ninguna reconoceremos jamás.

— ¿A dónde vas exactamente?

— Me has asustado. Pensé que era Alexander.

— No lo soy pero falta poco. Los hermanos nos persiguen. No tenemos escapatoria—. Parece agobiado.

— ¿Y tú querías escapar?

— Ahora no. Dame tu mano. He visto un escondite.

Reed me aferra de la mano y yo me dejo guiar por su emoción. Se le nota tan divertido que me envuelve con su diversión.

— ¿Y dónde vamos?

— Ya verás. Lo vi y pensé en ti.

Entramos a algo que parecía ser una biblioteca y salimos por una puerta trasera a una terraza de piedra y mármol justo encima del parque principal. Desde un rincón de la terraza podemos observar a los invitados que bailan en el jardín justo en la planta inferior. La oscuridad nos esconde pudiendo husmear a la gente con total descaro. La música suena muy suave y las luces de colores blancos y azules iluminan de forma suave la verde pradera.

Me apoyo en la barandilla mirando hacia abajo y respiro la pureza del aire fresco.

Reed apoya su cuerpo sobre mi espalda y observa el paisaje sobre mis hombros a la vez que comenta en mi oído.

— Estás preciosa...— Intento girarme pero no me lo permite.

— Quédate así. Quiero sentirte.

Sus manos me envuelven y se aferran sobre mi vientre cuando mi cuerpo tiembla necesitado. Ambos tuvimos un día muy difícil y el contacto nos calma.

Acaricia mi cuello y desliza su mano sobre el tenso tendón mientras su lengua me degusta insolente. Es tan maravilloso y tan ardiente que me resulta increíble estar entre sus brazos y recibir sus caricias. Es duro, intrigante y muchas veces distante pero son momentos como este cuando me hace sentir que

jamás podré alejarme de su lado. Su cuerpo me estremece y su personalidad me intriga, ambas combinaciones son un cóctel para enamorar y yo soy una simple mortal.

Su mano baja por mi escote lentamente mientras con caricias desvergonzadas aprieta mi pecho.

— Pueden vernos...

Estiro mi cuerpo hacia atrás y restriego mi culo a su polla que se endurece bajo los pantalones. Lo siento insultar entre dientes y sonrío traviesa.

— La oscuridad nos oculta aunque nuestras sombras se vislumbrarán en la penumbra. Allí abajo se encuentra Alexander. Me besa la mejilla, lame mi lóbulo y yo me arqueo para darle mayor acceso a mi cuerpo.

Si levanta la cabeza no podrá ver nuestros rostros pero el movimiento de nuestros cuerpos le demostrará que te estoy acariciando y que mis manos te hacen temblar una y otra vez.

— Y eso te excita...

— Como un animal... Igual que a ti.

Es cierto. Mi voz pastosa casi no sale de mi garganta. Sus labios mordisquean mi hombro desnudo mientras su mano se introduce por la raja de mi vestido sin necesidad de levantarlo hasta alcanzar la entrada de mi tanga. Su dedo me acaricia sobre la suavidad del fino encaje y un temblor me recorre el cuerpo. Mis ojos se cierran y mi mente sueña con sus dulces caricias.

— Sí. Así, apoya tu peso sobre mi cuerpo. Ven conmigo.

Su voz me ofrece órdenes directas y yo lo sigo donde él quiera llevarme. Quiero estar con él.

— Estás empapada, tu humedad atraviesa la ropa... Cariño, vas a correrte para mi en esta terraza. Nadie puede verte pero todos lo sabrán, me deseas y quiero que lo sepan.

Su voz ronca domina mi oído y sus dedos aprietan con fuerza hasta romper la suave seda de mi lencería. Dios, estoy a punto de incendiarme. Soy incapaz de moverme. Su cuerpo me tiene atrapada contra la barandilla y su voz me envuelve en un deseo desenfrenado.

Introduce un dedo y recorre mi sexo húmedo e hinchado por el placer.

— Dios... Estamos en un sitio público.

Intento vislumbrar algo de raciocinio pero una segunda mano se introduce rompiendo totalmente el tanga que cae al suelo.

— Reed...

— Shh, sólo disfruta. Llevo todo el día queriendo verte así. Con tus

ojitos cerrados y con tu culo pegado a mi polla mientras te corres con mi voz.

Me refriego nerviosa, necesito un alivio que no estoy consiguiendo. Su dedo se mueve sobre mis vulva con lentitud y acaricia mi clítoris pero cuando alcanzo mi punto de tensión me suelta y comienza otra vez.

— No... No me hagas esto...

Sollozo impaciente y siento como su boca se curva sonriente sobre mi cuello.

— Quieres correrte aquí... En una terraza de una gran fiesta... Quieres que todos sepan que pienso follarte hasta el cansancio...

— Sí...

Su mano aprisiona mi vagina con fuerza y la respiración se me entrecorta en la garganta.

— Esa es mi chica. Quiero que todos levanten la cabeza y vean como tengo mi polla dura en tu culo lista para ti.

— Sólo para mí.

— Sí mi vida, sólo para ti. Eres mi chica y quiero que todo el mundo sepa que te corres en mis dedos.

— Sí...— Sollozo desesperada mientras su dedo entra y sale de mi cuerpo.

— Joder nena no puedes imaginarte lo que me haces. Eres perfecta. — susurra.

Una de sus manos me abandonan y siento el sonido de una cremallera al bajarse. Su mano mueve el vestido a través de la raja y siento la dureza de su pene desnudo rozar la piel de mi culo.

— Dios...

Resoplo inquieta. Sentirme así de caliente y necesitada, en una terraza a escasos metros de una gran fiesta, y en la cual podrían pillarnos de un momento a otro incrementa aún más mi deseo por un hombre capaz de llevarme al éxtasis sólo con su voz ronca.

Su pene se mueve por mi culo desnudo y siento como su humedad moja mi trasero.

La mano en mi clítoris apenas se mueve y me siento desesperar. Necesito correrme o voy a volverme loca. Refunfuño molesta y mi hombre decide poner fin a mi tormento porque en ese momento toma mi mano y la guía hacia mi hendidura inflamada por el deseo.

— Acaríciate, moja tus dedos. Siente como te pones para mí.

Mis dedos se mueven nerviosos pero Reed los guía mientras su pene

sube y baja apretándose a mis nalgas.

— Sí... Así cariño... Por Dios espera. Quiero que te corras con mi mano.

Sus dedo índice entra y sale mientras el pulgar acaricia con fuerza mi clítoris. El sudor me recorre el cuerpo y un calor estalla en mi interior. Su voz grave me susurra palabras ardientes y siento que ya no puedo soportar un minuto más, estallo allí mismo. Las convulsiones me hacen temblar pero Reed me sujeta con firmeza contra su cuerpo. Los espasmos me sacuden y aprieto mis labios para no gritar el orgasmo más sexy de mi vida.

— Joder... Sí... — Muerde mi hombro desesperado mientras se sacude en el bajo de mi espalda.

Un chorro líquido y caliente resbala por mi piel mientras su cuerpo ardiente se pega a mi cuerpo.

Ambos tardamos unos momentos en reaccionar hasta que Reed se separa y sube la cremallera de sus pantalones. Mi vestido largo cae hacia abajo por su propio peso como si allí no hubiera pasado nada pero al agachar la mirada al suelo, y ver mi tanga de seda roto en dos trozos, me pongo roja como un tomate mientras Reed lanza una carcajada sonora. Recoge el tanga del suelo y lo guarda en su bolsillo.

— ¿Señorita Foster, le parece bien poner así de cachondo a su compañero? Creo que voy a denunciarla por acosadora.

— Idiota.

Le doy un pequeño empujón en el hombro pero él me aprisiona contra su pecho y me besa de forma posesiva.

— ¿Sabes que tienes la piel húmeda con mi leche?— Su mano se apoya en mi espalda húmeda.

— Creo que soy consciente. Acompáñame al baño.

— De eso nada. Vas a bailar conmigo.

— Pensé que no bailabas.

— Y no lo hago pero contigo lo haré, quiero que sonrías y te despidas de Alexander mientras mi semen resbala por tu cuerpo. Ningún hombre se te acercará porque sabrás a mí, olerás a mí y serás parte de mí.

— Depravado.

— No te haces una idea de cuánto.

Me besa una vez más y me entrego sin reservas. No hay más vueltas. Estoy enamorada.

## Nos estamos perdiendo

Reed habla tranquilamente mientras aparca en la plaza número cuatro, como si llevara años acompañándome a casa. Sus facciones se suavizaban con la conversación, se le nota distendido, tranquilo. La tristeza y soledad de su mirada se ha convertido en un leve destello ocasional. Sigue ahí pero de forma casi sutil, como si nuestros encuentros la difuminaran allí en donde se esconde.

Reed Blackman me has enamorado y el miedo me domina. Amor no es sinónimo de felicidad y aunque quiero borrar la amarga sensación que me cubre, no puedo dejar de oír a mi pequeño duende interior diciendo alto y claro que lo nuestro no es un cuento con final feliz.

Me desabrocho el cinturón del deportivo y el vestido ajustado se pega a mi espalda rememorándome sus palabras. Sabes a mí, hueles a mí... ¿Tú también Reed Blackman? ¿Puede ser posible que te estés enamorando de un sencillo ratón de museo?

Parecemos tan diferentes pero no lo somos. Ambos traemos importantes cicatrices, la insensibilidad cubrió nuestros miedos y el destino nos unió en la soledad. Los dos necesitamos sentir que estamos vivos pero ambos tememos penas que no deseamos descubrir. Yo me adapté a una vida sin pasión y tú te negaste al amor. Yo sufrí un matrimonio de abusos. ¿Cuáles son tus heridas de guerra?

— ¿Entonces la pieza es original?

— Eh... Sí, totalmente auténtica.

— Estás distraída, ¿en qué piensas?

— Nada importante— No pienso presionarte. Sé perfectamente lo que significa ocultar por vergüenza, miedo o dolor.

— No lo parece.

— Ah no. ¿Y se puede saber, Don Sabelotodo, que parezco?

— Una mujer totalmente obnubilada por su hombre.

— Ah, ¿sí?

Busco las llaves en mi bolso pero Reed me las quita de mi mano.

— Sí. Una muerta de deseo por arrancarle la ropa y meter al pobre inocente en su cama.

Abre y deja un pequeño espacio libre para que entre en mi propia casa. Se le nota tan divertido y relajado que muero de amor, un poco más que hace cinco minutos.

— ¿Pobre inocente?

— Sí, uno incapaz de liberarse de tu encanto de sirena— me quita el bolso y lo suelta sobre el sofá mientras me guía de la mano hacia el dormitorio —. Uno totalmente encadenado a una bruja maligna y depravada.

— ¿Entonces soy una sirena malvada?— Sonríe cuando me arroja sobre el colchón.

— La peor. Llevo todo el día cargando con esto y es por tu culpa.

Toma mi mano y la deposita sobre su entrepierna abultada.

— De eso nada. Llevas todo cargando con esto— lo acaricio sobre la tela— desde el día de tu nacimiento.

Sonríe y comienza a desabrocharse la camisa con total lentitud.

— Nací con él, pero el estado de tensión permanente se lo provocas tú.

— No te creo.

— Tú y sólo tú. El sólo hecho de sentirte, de hablar de ti, de mirarte a ti, de pensar en ti...

Intento aparentar una ingenuidad que no poseo y comienzo a bajar los tirantes de mi vestido que resbalan sobre mis pechos. Me arrodillo sobre el colchón y noto la tensión de su cuerpo. Adoro tenerlo así, completamente entregado a la causa, nuestra causa.

Muevo las piernas y permito que me coma con la mirada. Tengo puesto sólo el sujetador, ya que el tanga lo perdí en la fiesta. Llevo mis manos a la espalda y suelto el sostén de seda que arrojó al suelo. Me quiere a mí y me ofrezco en bandeja.

Sus ojos me recorren hambrientos y me siento bailando con las estrellas.

Muevo mi dedo llamándolo sin hablar y mi dulce controlador responde hipnotizado. Se acerca a la cama y yo gateo hasta sus piernas para abrir sus pantalones. Con un simple tirón la prenda cae al suelo y lo siguen sus calzoncillos de algodón negros.

Acaricio su suave bello oscuro mientras araño con mi uña la base de su pene.

— Eres el hombre más guapo que he conocido jamás. Me encantas. Cada detalle de tu cuerpo es magnífico.

Salto de la cama y me incorporo desnuda y de pie a su lado mientras mi mano acaricia sus fuertes pectorales. Lo rodeo caminando con pasos lentos y dejo que mis caricias envuelven su cintura y alcancen su espalda.

— Cada detalle de tu cuerpo cuenta una historia de la que deseo formar parte.



Recorro sus cinco largas cicatrices de la espalda y lo siento temblar. No habla, no me rechaza pero siento la tensión de su cuerpo. ¿Cuántos secretos nos quedan por recorrer juntos?

Mi boca se acerca cuidadosamente a sus heridas blanquecinas por la cura del tiempo y realizo un acto totalmente instintivo. Me pongo en punta de pies y dejo que mi lengua realice el recorrido completo de cada una de sus marcas.

No conozco la historia pero lo que tengo delante no son heridas de amor. Algunos seres humanos llevan marcas en sus cuerpos de un dolor que nunca olvidarán, otros las llevamos en el corazón, pero ambas provocan el mismo dolor.

— Anne... No lo hagas.

Su cuerpo tiembla y aunque sus palabras dan una orden, su cuerpo pide lo contrario.

— Déjame curarte...— Mis besos acarician su espalda marcada.

— Son heridas amargas, egoístas y llenas de rencor. No quiero que te alcancen.

Sigue sin moverse y lo beso con más ternura que pasión. Estoy enamorada de él y quiero que sienta que ese dolor es pasado.

Me pego a su espalda y mientras beso sus heridas actúo igual que él esta noche.

Mis brazos lo envuelven por la cintura y mi mano derecha sujeta con fuerza su pene duro por la necesidad. Es tan suave, terso y salvaje que me estremezco de pensar en satisfacerlo. Muevo la mano y siento que su cuerpo se curva para darme mayor acceso y sonrío triunfante. Me está cediendo el control y eso me hace sentir más segura aunque él no lo sepa.

Mi brazo izquierdo recorre su cintura y encierro sus pesados testículos en mi mano.

— Mierda... Sí.

Se endereza para intentar girarse pero lo aprieto con mayor fuerza. Quiero tenerlo así. Mi boca besando sus heridas del dorso mientras mis manos lo masturban con toda la potencia de la que soy capaz. Mis brazos se aferran a su fuerte cintura mientras mis manos trabajan sobre sus testículos y su pene.

— ¡Joder, Anne!

Su largo cuerpo se quiebra y apoya sus manos sobre el pie de la cama para mantener el equilibrio. Perfecto y en posición, totalmente entregado. Ahora me toca a mí.

Lamo sus heridas mientras subo y bajo mi mano derecha rítmicamente.

Mis dedos comienzan a mojarse con su líquido preseminal y mi cuerpo enloquece por su necesidad. Pellizco su escroto y lo noto rugir entre dientes mientras se quiebra apoyado contra la mesilla.

— Anne, si sigues así voy a correrme en tus manos.

— Déjame limpiarte de tus heridas— Mi lengua lame cada una de sus cicatrices y siento que su pene se endurece llorando necesitado.

— Nena, para... Necesito estar dentro de ti. Dios, te necesito...

La pasión me nubla la mente. Verlo tan alterado incrementa mi propia excitación. Mordisqueo su espalda y muevo mi mano con insistencia sin obedecerlo pero es en ese momento cuando se incorpora por completo, levanta sus manos por los hombros para aferrar los míos, dejándome literalmente en el aire y apoyada totalmente en su espalda.

En un abrir y cerrar de ojos me hace girar sobre su cuerpo y me arroja en el colchón con todo su peso encima. Su boca encuentra la mía de forma desesperada y con la mano acaricia mi vagina comprobando mi humedad. Dios, no quiere hacerme daño, lo quiero aún más por esto.

— Quizás otra vez te deje masturbarme pero ahora tengo que entrar en ti o moriré.

Su mirada está turbia por el deseo. Lo adoro.

— Ven conmigo...

No termino de afirmar cuando siento su polla entrar en mi hendidura totalmente empapada por mi deseo.

— Anne... Eres tan ardiente y tu humedad... Dios, esto es el cielo.

Sus embestidas son seguras, tajantes y cada una más potente que la anterior. Abro las piernas e intento envolver su cintura entre mis muslos pero él aferra mis tobillos para apoyarlos sobre sus hombros y yo gimo con el roce que provoca cada golpe de su pelvis contra mi clítoris.

— Nena, estás tan caliente que me quemas la polla.

Me aferro a sus nalgas con las uñas para empujarlo hacia mí. Lo quiero todo.

— Tómame. Llévame hasta el fondo... Mierda no puedo esperarte...

Sus embestidas son cada vez más fuertes y yo elevo las caderas para llevarlo hasta el mismo centro de mi ser.

— Voy a correrme dentro. Voy a llenarte de mí... Seré parte de ti, Anne...

— Hazlo.

— Cariño, llévame dentro. Exprímeme...

Sus últimas palabras y la fuerza de sus embestidas provocaron un orgasmo de los que jamás me creí capaz. Mi cuerpo se convulsiona con fuerza y lo siento insultar mientras su pene se sacude dentro una y otra vez en chorros interminables hasta caer sobre mi cuerpo.

Nuestras respiraciones suenan agitadas y ninguno de los dos tiene fuerzas para hablar. Reed me besa con ternura e intenta sostenerse sobre sus brazos pero cae a mi lado y me rodea con un brazo. Arrastro mi cabeza sobre sus pectorales húmedos por el esfuerzo y es cuando siento su respiración profunda. Sonrío de felicidad, mi adonis particular se ha dormido agotado y totalmente satisfecho. Autoestima adormilada y feliz.

— Nena...Tengo que irme. Es sábado.

Asiento dormida y Reed me besa en la frente.

— Te llamo apenas me libere.

Digo que sí y cuando comienzo a reaccionar Reed ya se ha marchado. ¡Dios! Otra vez no. Me lo ha vuelto a hacer. Estoy furiosa, colérica y terriblemente triste. Quiero matar a alguien empezando por mi misma.

No puedo quedarme a esperar una maldita llamada. Si él ha quedado, yo también. Él no me da justificaciones, yo tampoco. Él disfruta pues yo también. Los nervios y la rabia me dominan y la desolación se incrusta en mi corazón. Esto no es bueno para mi. Autoestima cubriéndose la cara para llorar en soledad.

— Anne, eres mi hermana y te quiero, pero no creo que este lugar sea para mujeres como nosotras.

— Tú intenta parecer menos tú y un poco más... Algo diferente.

Esta vez Marcus se porta de un modo más gentil y me permite el paso si prometo no meterme en líos. ¡Por favor! Estoy harta de que hasta el guardia me crea una mojigata. ¡No lo soy! ¡No lo somos!

— Vamos hacia aquel pasillo.

— ¿Estás segura?

Jane tiene los ojos abiertos como platos al ver las mujeres bailar en el tubo con unos bikinis inexistentes.

— Sí. Pon cara de mujer autosuficiente y sígueme.

— En que líos me metes. Si Adam sabe que estamos aquí me pide el divorcio.

— Pues mira, algo que hemos ganado.

— ¡Anne! No digas eso.

Mejor me callo o me cargo la aventura de chicas.

Caminamos por el pasillo hasta dar con dos puertas enormes que nos llevan a diferentes salas. Algunas tienen las puertas cerradas pero otras están abiertas.

— Sala Azul. Está abierta. Vamos a ver qué pasa por allí.

Entramos y nos encontramos con un local decorado con muchos pufs esparcidos por el suelo y unos asientos un tanto extraños, se parecen a los sofás de los dentistas pero en bonito.

Caminamos intentando llegar a la barra del fondo pero me quedo alucinando al ver una pareja a mi lado en pleno acto sexual sin ningún tipo de pudor. El hombre recostado en el puf recibe agradecido las atenciones de una señorita que lo cabalga con ganas.

¡Ay madre! La mayoría de los asientos y los pufs están ocupados... Muy ocupados.

— Anne. Esto es una peli porno en directo. Adam me mata.

— Nadie tiene que enterarse. Vamos a la barra y pedimos algo. Recuerda...

— Sí, sí. Ser menos yo.

Jane estira la espalda y comienza a caminar cruzando las piernas de forma exagerada. Vamos, que mi hermana se cree la mismísima Rita Hayworth. La minifalda que le presté le queda de muerte pero la pobre está tan horrorizada que me arrepiento de haberla arrastrado con mis locuras. Yo y mis ganas de aprender.

— ¿Señoritas puedo servirles algo?

Jane se queda sin palabras. El camarero vistiendo sólo un par de pantalones y el resto de su cuerpo al desnudo nos deja sin aliento.

— Es... Es... Anne... Tú crees... Por Dios.

— Sí, es real—. Murmuro a su oído— Y ahora cierra la boca y pide algo.

— Una Coca Cola light.

El dios hecho hombre la mira confundido y yo le doy un puntapiés para sacarla de su trance.

— Nos echarán a patadas— murmuro nerviosa— Pide algo más fuerte.

— Eh sí, lo hago ¡Coca cola normal! Nada de light. Que una noche es una noche.

Jane sonrío al camarero y yo me tapo la cara con las manos. Nos van a pillar. Van a darse cuenta que somos una farsantes y nos darán hasta en el carnet

de identidad.

— Para mí un cosmopolitan por favor.

Jane me mira intrigada.

— Sexo en Nueva York. Seis temporadas—. Mi hermana asiente comprendiendo mi repentino conocimiento en cóckteles.

Las dos nos giramos con nuestras bebidas intentando no parecer tan novatas pero no hay forma, nuestros ojos salidos de las cuencas nos delatan. No puedo decir que estoy horrorizada porque no es la palabra, la definición exacta es intriga. Lo divertido es que Jane también lo está.

— Anne ¿eso es posible?— Jane gira la cabeza intentando entender la postura de dos amantes demasiado concentrados en lo suyo.

— Eso parece— Yo tampoco lo veo muy posible pero las pruebas son claras.

La sala es enorme. La barra rodeaba prácticamente todo el local y en la parte trasera unas chicas bailaban en una tarima. La ropa se la habían olvidado en el camerino y la lencería era claramente una talla menor a la de sus dos poderosas razones.

La música sonaba a todo volumen pero rodeaba al lugar de un magnetismo erótico que te envolvía de pura esencia sexual.

— Anne...¿Todo esto es gratis?

— Según Google sí. No practican la prostitución. Los socios participan de sus gustos sexuales pero todos dan su consentimiento personal.

— Como una afición.

— Sí claro, como el Manchester o el Real Madrid, no te jode.

— Si es por meter un gol, yo al camarero le dejo la portería al completo.

— ¡Jane! Te estoy perdiendo—. Las dos reímos a carcajadas mientras seguimos con el cotilleo.

— ¿Vas a contarme por qué estamos aquí?

— Ya te dije me apetecía conocer más de este ambiente.

— Y aprender algo de los intercambios de parejas y los gangbang ¿no es así?

— Puede.

— Se lo has dicho a él.

— No.

— ¿Y por qué no?

— Esta mañana se fue y me dejó durmiendo sola.

— ¿Otra vez en sábado? ¿Y cuál fue su explicación?

— Ninguna.

— E imagino que no le has preguntado.

— Imaginas bien.

— Anne, no estás actuando con tu racionalidad habitual. Si te gusta por qué no intentas ser un poquito más sincera y menos cabezota.

— ¡Yo! Él se fue por ahí. Me deja plantada cada sábado ¿y se supone que debo ser sincera? No tengo nada que hablar ni explicar.

Por no decir que sus secretos siguen siendo sus secretos. Me duele que no confíe en mí y eso me bloquea las puertas para confiar en él.

— Pero estamos aquí por él.

— Yo siempre tuve interés por estos temas y lo sabes.

— Y desde que conoces a Reed aún más.

— No quiero pensarlo así.

— Anne, la vida te enfrenta con la realidad aunque no quieras. No podemos negar la verdad que nos rodea. La falta de valor de hoy serán tus lágrimas de mañana.

— ¿Seguimos hablando de mí o sobre ti y Adam? ¿Vas a contarme que pasa entre vosotros?

— Sí, pero cuando sepa lo que está pasando.

— Sabes que siempre estaré a tu lado.

— Lo sé.

— Anne, allí al fondo hay muchas puertas ¿dónde llevarán?

— Ni idea. ¿Investigamos?— Dijo encantada.

— Ya estamos tardando. Miro el cartel con la palabra canela y entonces lo recuerdo. Un toque de canela... Esas eran palabras de Reed. Ponerle un toque de canela al sexo tradicional.

— Jane, sígueme. No te alejes.

Caminamos con rapidez aprovechando que la puerta comienza a abrirse. Estamos dispuesta a colarnos cuando me detengo en seco pero Jane sigue de frente como los burros.

— Ay no... Ay madre... Jane gira, gira. ¡Gira!

— Uy perdón. No lo vi.

— Pero yo a vosotras dos sí y desde hace algo más de media hora.

Pillada. Lo que me faltaba sumar a mi lista de problemas.

— Suraj, que gusto encontrarte. Mi hermana y yo vinimos al Templo a tomar una copa pero ya nos íbamos. Me alegró verte. Nos vemos en el museo.

Estaba emprendiendo la retirada cuando se plantó delante de mí con su

gran altura y su eterna sonrisa.

— Creo que debemos esperar a alguien—. Lo miro y suspiro temiendo lo peor.

— Suraj, es una salida de chicas, ¿no es posible que esto quede entre nosotros?

— Demasiado tarde—. Su voz gruesa y fría es inconfundible y está detrás de mí.

No tengo que girarme para saber que está muy enfadado. Otra vez.

— Hola, soy Jane, la hermana.

Reed la mira de forma letal pero a ella le da igual y le planta dos besos como dios manda dejándolo totalmente desconcertado.

— Otra Foster...— No parece un halago, pero Jane le sonrío de igual forma. Si no fuera porque es mi hermana diría que es maravillosa.

— Lleva a Jane a su casa. Yo me encargo de su hermana—. Reed ordena a Suraj sin un por favor ni nada. Las cosas pintan mal para mí.

— Señorita, mi coche está fuera.

— Te lo agradezco. Eres muy amable, y muy guapo, pero me quedo con mi hermana.

¿Jane acaba de llamar guapo a Suraj, un completo desconocido? Igual no soy la única hermana perdida.

Suraj lanza una carcajada sonora mientras la guía por la cintura.

— Espero que no exista una tercer Foster o estamos todos muertos.

— Jane, ve con Suraj. Todo estará bien.

— ¿Estás segura? Parece muy enfadado.

— Siempre lo parece.

— Puedo quedarme. Entre las dos seguro le ganamos por cansancio o por sordera—. Comenta divertida y no podemos contener la risa nerviosa que nos invade a las dos por igual.

— No hace falta. Vete a casa.

— Suraj, puedes llevarme a casa pero soy señora, no señorita.

— Esa no es mi culpa. Vamos belleza, te dejaré en casa antes que te arrepientas.

Jane lo examinó de arriba abajo con ojos entornados y Suraj rió con energía.

— Por favor si sois iguales en el físico y en lo cabezota.

— De eso nada. Anne es la intrépida, yo soy toda templanza.

— Preciosa, eso no te lo crees ni tú.

— ¡Pero qué dices! Te digo que soy un mar de calma y ¡no me repliques! Mejor me pido un taxi.

— De eso nada.

Jane se hizo fuerte y se negaba a caminar cuando la voz letal de Reed la hizo temblar.

— Vete con él. Ahora.

— Está bien. Me voy contigo pero sólo porque me lo pide mi nuevo cuñado.

Los tres nos quedamos helados pero Suraj tiró la cabeza hacia atrás para lanzar una carcajada de lo más potente mientras sujetaba a Jane del brazo.

— Será mejor que nos marchemos.

Jane se aleja con Suraj que prácticamente tironea de su brazo para que ella deje de mirar un trío en pleno acto sexual que tiene delante.

— No hice nada. Sólo quería investigar y cotillear, por lo cual ya puedes ir cambiando esa cara de perro bulldog.

— Nos vamos.

Reed estaba tomando el control otra vez. Deseaba darme órdenes sin explicaciones pero no estoy por la labor.

— No.

— Anne...— Arrastra su mano por su brillante cabellera negra— No estoy de humor.

— ¡Nunca lo estás! Simplemente te enfadas pero no te explicas. Entiendo que no te guste que viniera aquí sola, pero fue simple curiosidad. No hice nada malo y después de todo tú estabas por quién sabe dónde.

— ¡Joder! ¿Tienes idea de dónde estás?

— Sí, y te recuerdo que ya estuve antes.

— En esta salas, no.

— Y qué más da. Sólo es curiosidad. ¿Por qué te enfadas en lugar de comprenderme?

— Porque no me gusta verte aquí.

— Tú mejor que nadie debería entenderme.

— No quiero entenderte. No quiero pensarlo y no quiero que vuelvas.

— ¿Perdón?

Estoy tomando aire para iniciar una fuerte discusión cuando una despampanante morena con un vestido que no deja nada a la imaginación se acerca por detrás de Reed y le presiona el codo.

— Reed Blackman, cuanto tiempo sin verte, ¿por qué no bebes una



copa? Invita la casa.

— Te lo agradezco Solange pero nos marchamos.

La reconoció simplemente al hablar. ¿Antigua novia, amante, acompañante? Mejor no pienso o los celos me harán patearlo en las espinillas.

— ¿No vais a la habitación canela?

— Yo sí quiero ir.

— Solange, como te dije, nos marchamos.

La mujer sonríe divertida mientras estira la mano para despedirse.

— Soy Solange De la Croix, puedes regresar cuando quieras. Las amigas de Reed son mi amigas.

— Yo me quedo.

— Ni lo sueñes.

Es cliente habitual y ahora me viene con moralidades. Y un cuerno.

— Reed creo que necesitas esa copa— La morena sugiere sonriente.

— Sí Reed, has caso a tu... amiga.

Lo digo con retintín y Solange se parte de la risa mientras golpea la espalda de Reed que echa humo por las orejas.

— Es mi local y no voy a permitirte causar problemas ¿por qué no saludas a Billy en la barra? Seguro se alegra de verte. Nosotras no tardaremos.

Reed sigue sin moverse y me mira fijo como un toro a punto de embestir. Yo me pongo en posición de ataque pero Solange interviene.

— Reed, no te lo diré dos veces, o te calmas o hago que te echen del local—. La mujer sonrió con sensualidad— Ella se quedará conmigo y no creo que te guste la idea.

Reed se giró jurando entre dientes y yo estoy que trino. Ah claro, a ella sí le haces caso pero a mí siempre con peleas y mal carácter. Te vas a enterar.

— Saluda al guapo de Billy de mi parte—. Grito con tono picante.

Se gira y estoy segura que me hubiera fulminado si no fuera por la risa de Solange.

— Vete, ella estará a salvo.

— ¿Y a mí quién me salva?— Murmura por lo bajo.

— Amigo mío ya estás condenado.

Ejem... Ustedes dos están hablando de mí y no me hace ni puñetera gracia.

— Me llamo Solange y soy la dueña del local.

La belleza morena me da dos besos de lo más simpática.

— ¿Dueña?

— Te sorprende. ¿No crees que las mujeres podamos dirigir locales como El templo de las Pasiones?

— No es eso. Simplemente que me imagino lo que te habrá costado conseguirlo. No parece ser un sector en el que se acepten a mujeres como jefas.

— Y no lo es. Luché mucho por conseguirlo pero era mi sueño.

— ¿Sueño?

— En mi vida el sexo nunca fue un tabú y deseaba transmitir mis ideas en un negocio propio. Libertad sin prejuicios y con los únicos límites de los participantes.

— ¿Y aquí se practica de todo?

— Todo lo que los invitados y sus acompañantes gusten. No acepto los maltratos físicos. He puesto unas normas básicas y eso es suficiente para mantener a los sados en su sitio.

Abro los ojos curiosa pero veo que Solange sonrío divertida.

— Te ríes de mi...— Murmuro avergonzada.

— De eso nada, me pareces refrescante. Y ahora cuéntame cómo has conseguido enloquecer a Reed.

— No es mi intención, pero es insufrible. No deja de ordenarme y de intentar controlar todo lo que hago.

— Así es Reed.

— Sí pero yo soy una mujer libre y no quiero sufrir las cadenas otra vez. Si pretende estar a mi lado deberá aceptar mi forma de vivir.

— Y tú intentas aceptar la suya. ¿Por eso estás aquí?

— En parte sí, pero me gustaría ser eso que has dicho. Una mujer haciendo lo que quiera sin importarle los juicios de los demás.

— ¿Se lo has dicho a Reed? Él sabrá comprenderte.

— No he podido, ya has visto como se ha puesto. Parece una fiera desatada.

— Ver a tu chica buscando sexo con otros sin tu consentimiento suele enfadar a los hombres.

— No estoy buscando sexo. Sólo curioseaba, nada más. Prometí intentar comprometerme más en nuestra relación y lo haré.

— ¡Tú a él! ¿Reed te lo ha pedido?

— Sí.

La morena niega con los ojos abiertos como platos.

— Querida, lamento decirte que tienes un largo camino por delante. Conozco a Reed desde hace muchísimo tiempo y es alguien que merecerá la

pena siempre y cuando le enseñes.

— ¿A qué?

— A vivir.

Ambas nos quedamos calladas unos segundos.

— ¿Te gusta la música?

— ¡Me encanta! Adoraba bailar pero John lo odiaba y dejé de hacerlo.

Solange entrecierra los ojos pero no pregunta.

— Pues en mi local las mujeres hacen lo que les apetece. Vamos a la sala Dancing Queen, allí la gente sólo baila y se lo pasa en grande.

— ¿Y Reed?

— No te preocupes por él. Por lo que acabo de presenciar aparecerá sin que lo llamen. ¡Vamos!

Solange me arrastra de la mano y llegamos a una sala donde la música sonaba sin parar y la gente saltaba al compás. Guau...¿Cuánto tiempo llevo sin pasármelo bien?

— Al centro de la pista. Eres guapísima y debes lucirte.

— No, la verdad es que no bailo tan bien.

— Cariño, con esa minifalda y esos tacones nadie va a fijarse en como bailas. Suéltate la melena y disfruta.

Sonrío envuelta por el ambiente festivo y disfruto de la música como no lo hacía en años. Solange se mueve a mi lado con ritmo sensual. Su larga melena cubre su cara pero no le importa, se mueve feliz sin importarle el mundo. Sí, así quiero ser yo.

Suelto mi larga cabellera, y al igual que mi nueva amiga dejo que mi pelo cobrizo cubra mi cara mientras los pies se mueven felices. ¡Guau! Que bien se siente soltarse la melena en todos los sentidos. ¿En qué momentos dejé de ser libre?

Unas manos se deslizan por mi espalda hasta estrecharme la cintura y cierro los ojos al sentir su perfume.

— Me vuelves loco—. Susurra a mi oído mientras arrastra mi espalda contra su pecho.

— No es mi intención. Yo sólo deseaba conocer el lugar. Quería ver lo que te gusta y ser lo que necesitas...— Sus besos en mi cuello bloquean mi determinación.

— No me hagas esto...

Gira mi cuerpo entre sus brazos y quedamos uno frente al otro con la música de fondo.

— Vamos a mi apartamento y te lo demuestro.

Su voz ronca me hace temblar. Quiero quitarle la ropa allí mismo y besarlo hasta dejarlo agotado.

— No tenemos que ir tan lejos. Estamos en el lugar perfecto—. Mi boca cubre la suya con un beso que nos quitó el aliento a ambos.

— Anne... Hablaremos de esto, lo prometo, pero necesito tenerte sólo para mí.

Su mano cubre la mía con fuerza y posesión mientras me sonrío con ansias de placeres futuros.

— ¡Joder, Anne! Te necesito...

Sus besos me cubren la boca y su aliento me llega a lo más hondo de mi ser. Cada beso de Reed me da un poco de vida y me llena de esperanzas. Ambos somos capaces de sanarnos con el poder de nuestras caricias.

— ¿Seguro que puedes llegar a casa?

— Lo intentaré.

El viaje se hizo corto y no sé muy bien si fue por la comodidad de su maravilloso Porsche 911 o los acelerones que daba para llegar a su apartamento, pero en menos de media hora estábamos en la otra punta de la ciudad.

Entramos a un edificio con puertas de cristal de nueva construcción. Reed aprieta con insistencia el pulsador de llamada hasta que se abren las puertas de un moderno ascensor. Saca una llave pequeña y pulsa en el botón que indica "Loft". Ay, madre, la puerta se cierra y Reed se abalanza sobre mi como un sediento ante su primer vaso de agua.

Sus manos aferran las mías para inmovilizarme e intento controlar mis miedos. Hasta ahora lo estoy llevando bien pero si intenta dominarme por la fuerza...

— Vamos.

El ascensor se detiene y me empuja como a una muñeca de trapo. Uf, sí que está apurado. Abre la puerta con sólo apoyar su pulgar en la cerradura y la cierra tras de mi con una patada.

— Bonita casa...— Intento hablar pero soy arrastrada por el pasillo.

— Excursiones y visitas guiadas, más tarde. El dueño está a punto de desfallecer.

— Estás demasiado alterado.

Se detiene en la mitad del pasillo y choco directo con su pecho. ¿Se ha enfadado otra vez?

— Llevas todo el sábado sin contestar a mis mensajes y cuando ya no soy capaz de saber ni quien soy, me llama Suraj para decirme que estás con tu doble en El templo de las Pasiones en busca de sexo. Sí, estoy muy alterado.

— No buscaba sexo... Y no fui yo quien se fue nuevamente en sábado.

— Hablaremos de ello en otro momento. ¿Por qué no has respondido a ninguno de mis llamadas.

— Estaba... Ocupada—. Tú no te sinceras pues yo tampoco.

— Anne, cuando me ignoras me desesperas. Haces que mi mundo pierda sentido.

Su frente se apoya sobre la mía y comprendo que yo soy capaz de lastimarlo tanto como él a mí. Sus manos cubren mi cara mientras su nariz roza la mía.

— ¿Estamos bien?

— Lo estamos—. Sonrío al ver como se relaja.

— Quiero hacerte el amor toda la noche. Quiero sentirte a mi lado.

— Y yo quiero que lo hagas.

— Has dicho que quieres ser lo que necesito. ¿Lo harás?

Asiento con la cabeza incapaz de contestar. Lo quiero y lo deseo muchísimo. Espero ser capaz.

El miedo oculto por años, sale a la luz en el peor momento de mi vida, pero no quiero ser yo la que termine estropeándolo todo. Entramos al cuarto y la tensión de sus músculos es la misma a la de una fiera a punto de atacar. Nos miramos sin hablarnos. No existen palabras para expresar lo que me sucede en estos momentos. Estoy congelada, soy incapaz de reaccionar.

Sus ropas comienzan a tocar el suelo hasta quedarse totalmente desnudo ante mí. Ay, madre. No puedo estar delante de alguien como él y tenerlo completamente dispuesto para mí.

Sus brazos son fuertes pero no demasiado anchos, sus pectorales demuestran su gusto por el ejercicio pero no en exceso, sus piernas largas y fibrosas se cubren por un bello suave y oscuro que le ofrecen el aspecto masculino perfecto.

Me siento en el borde de la cama y apoyo mis manos a los lados apretando con fuerza las mantas. Quiero disfrutar de las vistas el máximo de tiempo posible.

— Eres guapísimo. Podría admirarte todo el día sin cansarme.

Reed escucha mis palabras y sonrío de lado mientras que acaricia su pene que se levanta erecto y feroz delante de mis ojos.

— ¿Te gusta lo que ves?

— Me fascina.

— A mí también me gusta lo que tengo delante pero necesito que tenga un poco menos de ropa para que alcance la perfección absoluta.

Su cuerpo se acerca al mío. Reed está de pie delante de mi dejando su polla dura a la altura de mi cara y no puedo resistirme. Mis dedos se acercan y lo acarician de un extremo a otro y su cuerpo se tensa y el tamaño de su miembro aumenta aún más.

Lo deseo con todas mis fuerzas y mi vagina se humedece de necesidad. Tengo delante de mí al único hombre que he deseado en su totalidad. Para mí, él es perfecto hasta en sus imperfecciones.

Acerco mi cabeza decidida a saborearlo con mi boca al completo pero se aleja. Levanto la cabeza y lo miro curiosa y frustrada pero sólo niega con la cabeza.

— De eso nada.

Caigo de rodillas al suelo y lo agarro de sus duros muslos para atraerlo hacia mis labios. Reed tira de mi pelo hacia atrás negándome alcanzar su maravillosa virilidad que se mueve cada vez más inquieta y necesitada.

— Lo quiero ahora. Es mío.

Lo digo casi sin pensar y me quedo muda ante mi propia declaración pero Reed acaricia mis mejillas y me sonrío desde las alturas.

— Es tuyo.

Sus manos acarician mis hombros y me levantan del suelo dejándonos frente a frente.

— Has ido a un club de sexo buscando sexo.

Tira de mi blusa hacia arriba y dos botones saltan por los aires.

— Eso no es así...— Suspiro mientras él camina hacia mi espalda y baja la cremallera de mi falda que cae al suelo.

¡Ay, Dios!. Los largos dedos rozan mi piel hasta llegar a mi sujetador, que sigue el mismo camino que el resto de la vestimenta.

— Sí. Es así. Buscabas ver y aprender lo que sólo yo soy capaz de enseñarte.

Gira para ponerse frente a mí y acaricia mi barbilla para que la levante. Nuestras miradas se enfrentan y me siento derretir. Cuando Reed me mira de esa forma, mi mundo se olvida y el pasado no es más que el capítulo de un libro mojado por la lluvia.

— ¿Por qué buscar en la frialdad de lo desconocido lo que yo puedo

darte con el calor de mi cuerpo?. Te daré todo lo que desees, en todos los sitios, cada vez que lo pidas.

Mi hombre frío me derrite con sus palabras.

— Reed Blackman, deseo que me lleves a la cama y me acaricies por todos los rincones de mi cuerpo mientras entras en mí una y otra vez—. Araño su torso desnudo y jura entre dientes— ¿Vas a cumplir mis deseos?

— Siempre, Foster.

Intenta aparentar ser un esclavo obediente pero eso para Reed es sencillamente tarea imposible. Sus manos me sujetan por debajo de los codos y me levanta por encima del suelo para arrojarme hacia el colchón que rebota bajo mi espalda.

Se abalanza y nuestras bocas se encuentran ansiosas y desesperadas disfrutando de nuestras caricias, pero nuestros cuerpos no están muy de acuerdo con la espera. Con mis propias manos bajo como puedo el tanga hasta mis muslos y sus pies enloquecidos suben para ayudarme a empujarla hasta los tobillos.

Su cabeza se pierde por mi cuerpo y yo tiro de su cabello totalmente fuera de control. Su boca besa mi cuello, lame mis pechos y muerde mis pezones haciéndome arquear de placer.

— Reed... No puedo esperar.

— Ni yo, nena—. Su lengua recorre mi vientre quemándome por allí donde pasa.

— Súbete sobre mí—. Ordeno alterada.

— No puedo, me pediste que te besara por todos los rincones y es lo que hago.

Su boca atrevida se acerca a la unión de mis piernas y siento como su lengua recorre mi piel sensible.

— ¡Dios! Y ahora te ordeno que subas y me montes como un lobo en celo ¡o no respondo!

Se arrodilla sonriente y con la vista nublada por la pasión.

— Foster, tus deseos son órdenes para mí...

— Capullo.

Él asciende por mi cuerpo sonriendo y se introduce en mi con una estocada firme y certera que nos dejó a ambos sin aliento.

— ¿Esto es lo que deseabas, Anne Foster?

— Sí, pero en mayor cantidad.— Contesto divertida mientras alzo mis caderas hacia arriba.

— ¿Algo así...?— Gruñe mientras sube y baja una y otra vez con potencia exquisita.

Con cada empuje Reed me lleva a un nivel superior de delirio sexual. Mis huesos se desarman de placer con sus atenciones pero lo que él no sabe es que yo también estoy dispuesta a ofrecerle todo lo que necesita.

Reed Blackman es sexo en estado puro. Libre, salvaje y sin frenos. Él es el dueño de mi placer y yo seré la dueña del suyo.

— ¿Sólo puedes darme esto?

Sonrió triunfante al notar que mi provocación surge el efecto deseado. Su cuerpo se introduce con fuerza dentro de mi vagina y gimo atormentada por tanto placer. En la habitación retumba el fuerte sonido de nuestros cuerpos al chocarse.

— Dios, no puedo más... Anne...

Su cuerpo se tensa y estremece. El pene ancho y potente se agranda y lanza dos chorros potentes que estallan en mi interior.

Me aferro con uñas en sus hombros y me retuerzo ante un orgasmo que estalla estrujando su polla y extrayéndole hasta la última gota. Reed gime incontrolado y realiza una última entrada vaciándose antes de derrumbarse derrotado.

— Joder... ¿Qué ha sido eso?

— ¿Un orgasmo mutuo?— Contesto divertida.

— Cariño eso no ha sido un orgasmo. Acabas de exprimirme el alma.

Su cuerpo rueda a mi lado y me abraza. Dios, estoy tan saciada y él tan satisfecho que no puedo dejar de sonreír triunfante. Autoestima coronándose diosa del sexo.

— Buenos días— Dice mientras sube sobre mí.

— ¿Siempre te despiertas así?

Qué guapo es cuando sonrío así. Parece más joven y más vivo.

— Si te refieres a esto— entra en mi cuerpo y yo gimo con la presión— No, porque siempre duermo solo. Ahora si te refieres a mi estado de excitación, tengo que reconocer que sí. Es constante desde que entraste en mi vida.

Umm, estiro mis manos para arrastrarlo del cuello hacia mi boca.

— Señor Blackman, con esas palabras tan encantadoras no me extraña que las mujeres enloquezcan al verlo.

Ríe a carcajadas mientras muerde mi cuello.

— ¿Y ahora que hice?



— Nena, soy muchas cosas pero la palabra “encantador” no me define  
—. Se mueve con lentitud y ambos gemimos a la vez.

— Conmigo sí.

— Contigo quiero ser todo lo que no soy con nadie.

Se arrodilla entre mis piernas y me suplica ronco por la pasión.

— Gírate.

— ¿De espaldas?

— Sí.

Mis miedos gritan aturdidos en señal de alarma.

Hemos hecho muchas cosas y no ha pasado nada malo hasta ahora, no veo por qué asustarme. Lo estoy haciendo muy bien y no tiene por qué sospechar o arrepentirse de tenerme a su lado. Me giro simulando decisión pero en mi interior temo de mis propias reacciones.

Reed acaricia mi espalda y levanta mi culo hacia arriba para dejarme en la posición del perrito.

Su mano me sostiene con fuerza por las caderas y su pene se introduce con delicadeza en mi vagina relajándome. No tengo que temer. El hombre que tengo detrás es Reed.

— Sí... Perfecta.

Su polla entra y sale por detrás y yo gimo de necesidad. Su mano libre acaricia mis nalgas y su cabeza baja para darme pequeños mordiscos.

— Un día serás mío—. Susurra sobre mi culo mientras su dedo acaricia la entrada de mi orificio.

— Tómalo—. Contestó asumiendo mis miedos.

— ¿Nunca lo has hecho?

— No.

— Al principio puede ser molesto.

— Probemos.

Reed se sentó sobre sus tobillos mientras se peinaba con los dedos.

— Debería decir que no...

— Pero no quieres.

— Soy un puto egoísta que se muere por tenerte de todas las forma posibles.

— Y yo quiero que lo hagas—. Contesto tumbada de lado y totalmente desnuda—. Quiero intentarlo ahora y contigo ¿Tengo que suplicar?

Estira su mano y abre un cajón de la mesilla. Su rostro está tan relajado que me parece increíble que sea el mismo que apenas habla delante de los

demás. Reed Blackman ¿cuántos secretos te rodean y oscurecen?

Se sienta a mi lado sobre sus rodillas y abre un envoltorio de papel de regalo. Extrae un bote no muy grande de color negro con letras doradas.

— Listo para su primer uso.

— ¿Siempre lo tienes listo?

— La verdad es que pensaba dártelo en la cena como regalo sorpresa.

Las esperanzas nunca se pierden...

Su sonrisa clara le ilumina la cara y su hermosa mirada cobalto brilla con picardía.

— Blackman, me tienes hipnotizada.

— Y ruego por que no despiertes.

Su boca se apoderó de mis labios y me recorren por cada rincón húmedo. Siento su respiración agitada dentro de mi garganta y mis gemidos quedan atrapados entre sus dientes. El cuerpo de Reed se extiende sobre el mío y noto sus caricias por todo mi cuerpo. Sus dedos me halagan con cada roce y mi cuerpo disfruta de ser el centro de su idolatría.

Con un suave movimiento noto como me lleva al borde y me coloca de espaldas en el borde y con el culo en pompa.

— No puedes imaginarte lo deseable que eres. Ese cabello rojo como el fuego desparramado en tu espalda y estas nalgas redondeadas son tan perfectas que temo tocarte.

Con un dedo desparrama un chorro de gel frío y acuoso que resbala por mi ano. Sus dedos me acarician y me masajean mientras consigue penetrarme lentamente cada vez un poco más.

— Eres tan receptiva a mis caricias, que me haces desearte aún más.

Dios, el cuerpo me vibra de deseo. No siento nada de dolor, el placer me recorre en cada entrada de su dedo y sus besos por mi espalda me relajan.

— ¿Quieres ser mía?

— Sí.

— Eleva este culito precioso. Sí, así... Eres perfecta... Sí.

Una multitud de sensaciones me dominan. Reed se sienta sobre sus rodillas y reemplaza su dedo comenzando a penetrarme lentamente. Podría decir que tengo un poco de miedo pero no es verdad, se comporta de forma tan suave y tan controlada que no puedo hacer otra cosa que dejarme llevar por el placer.

Sus manos se aferran a mi cintura para subirme más alto mientras apoyo mi cara de lado sobre el colchón totalmente fascinada con la sensación. Jamás hubiera pensado en que la penetración anal pudiera ser una experiencia tan

maravillosa.

— Anne, quiero que bajes la mano y te acaricies. Hazlo por mí.

Mi mente acata las órdenes sin rechistar y comienzo a tocarme el clítoris en pequeños círculos que acrecentaron el placer a grados superiores.

El pene de Reed entra y sale dilatándome con cada movimiento. Su cuerpo se pega al mío y empuja y empuja para ir entrando lentamente. Lo siento gruñir pero su voz parece muy lejos. Después de una sensación de fuerte ardor, mi propio placer me envuelve dilatándome cada vez más para permitirle mayor acceso. Mis nalgas se pegan a su cadera pero necesito más. Comienzo a empujar hacia arriba buscando mi satisfacción cuando lo escucho gemir y tensarse en un orgasmo que lo envuelve y que me arrastra en su compañía.

Mi cuerpo cae de frente contra el colchón gritando de placer mientras Reed me sostiene con fuerza hasta acabar con sus embistes y caer desplomado a mi lado.

El cuerpo me tiembla y soy incapaz de reaccionar. La laxitud de mi cuerpo me domina.

A los pocos minutos una suave tela húmeda y fría me acaricia las nalgas limpiándome, cuando escucho la voz más tierna que he escuchado jamás.

— ¿Estás bien?

— Nunca me he sentido mejor.

Contesto antes de producir un enorme bostezo y escuchar su risa cantarina en mi oído.

— Tienes que reír más a menudo. Tienes una sonrisa preciosa y el sonido es hermoso.

— No me dejes...— Oigo susurrar a lo lejos antes de cerrar los ojos y soñar con mi adonis de ojos profundos.

Me deslizo despacio bajo las sábanas. Está tan guapo durmiendo que no deseo despertarlo pero nuestra sesión de sexo maratoniana me ha dejado famélica.

Rebusco en el primer cajón, le robo una camiseta de deporte que es cuatro tallas más grande y me dirijo a la cocina decidida en preparar el mejor desayuno de los últimos tiempos.

La nevera no tiene gran cosa pero creo que seré capaz de obtener un resultado muy aceptable.

Coloco los platos con los huevos revueltos, el beicon y las tostadas en la mesa y voy a por el zumo cuando un hombre de fuertes brazos me aferra por la

espalda. No es necesario que me gire, su olor ya forma parte de mis sentidos.

— Que bien huele—. Dice con voz ronca mientras muerde mi cuello—. Tengo hambre.

— No...¡No!— Me alejo riendo pero me agarra del bajo de la camiseta y me sienta sobre sus rodillas.

— Me gusta tu aspecto por las mañanas.

Le miro incrédula. La camiseta me queda tan larga como un vestido, recogí mi largo cabello en una coleta y estoy descalza. No puedo estar peor.

— Mentiroso.

— Eres tan irresistible que pienso llevarte a la cama apenas termine de saquear este desayuno.

— ¿No te cansas nunca?

— De ti, no.

Desde la calle sonó un portazo y yo salté para levantarme de sus piernas pero Reed me lo impidió.

— ¡Cuántas veces te he dicho que llames!

— Tú no traes a nadie a casa. Uf, Perdón... Eh yo...

Un joven de unos veintitantos y con una sonrisa que quita el hipo se acerca para darme dos besos pero Reed me aferra por la cintura. Tiro con fuerza para soltarme mientras lo miro enfadada pero no nada. Sigo anclada sobre sus piernas.

— Anne, él es Gabe.

— El hermano guapo para ser exactos.

Sus ojos son del mismo azul que Reed con la diferencia que los de Gabe son menos árticos y tienen más calidez mediterránea.

— Y el más insoportable.

— No le hagas caso, teme que descubras que soy mejor elección que él.

Guiña un ojo y no puedo contener la sonrisa. Gabe es la alegría de vivir personificada.

— Hola me llamo Anne. Un gusto conocerte.

El joven se aferra a mi brazo para darme un beso pero Reed advierte serio.

— Gabe... Ni se te ocurra...

— Está bien, en la mejilla— vuelve a guiñarme un ojo— pero pegadito a sus labios.

— ¡Gabe!

No puedo dejar de sonreír. Está claro que disfruta molestando a su

hermano.

— ¡Qué quieres!

— ¿Así recibes a tu querido hermanito? Está bien, dos besos para ti también.

Gabe se lanza sobre Reed pero este lo recibe con un empujón para alejarlo.

— ¿Ves, Anne, como me trata?

— ¿Te quedas a desayunar? He preparado de sobra—. Pregunto entusiasmada.

— Por supuesto.

— Ya se va.

— De eso nada.

Gabe se sienta en uno de los bancos altos de la cocina haciendo caso omiso de su hermano y comienza a servirse de las bandejas que acabo de preparar.

— Esto está buenísimo. Tienes que venir a mi casa y prepararme más de estos gofres.

— Ni lo sueñes—. Reed ríe en alto, cosa muy poco habitual.

Gabe le mira curioso y su hermano le contesta con la mirada pero no logro descubrir el mensaje en clave.

Decido ignorar las señales y montar un plato con un poco de todo cuando Reed me aferra de la cintura y vuelve a sentarme sobre sus rodillas.

— Reed, quiero desayunar.

— Hazlo.

Gabe comienza a consultar a Reed sobre temas que desconozco y yo me decido por apoyar el plato sobre la encimera y comer sentada sobre sus piernas. No tiene ninguna intención de soltarme y no es momento de discutir.

Gabe no deja de sonreír con cada comentario. Hablan sin parar y yo me dedico a escuchar. Todo indica que es una charla personal entre ellos y por algunos momentos hasta casi me siento incómoda, pero Reed no deja de acomodar mi pelo, apretar mi mano o acariciar mi pierna demostrándome que me quiere justo en el lugar donde me encuentro. Sentada sobre sus piernas y apoyada en su torso.

El olor a café recién hecho, tostadas con mantequilla y el perfume de Reed por las mañanas me hacen cerrar los ojos y desear muchos desayunos como éste.

— Aún no has dicho que necesitas.

— ¿Anne, lo estás escuchando? No puedo preocuparme por él sin que piense que pretendo algo.

— Moto o dinero.

— Coche.

— ¿Te lo dejé la semana pasada y aún tienes las llaves?

— No ese coche.

— ¡Ni muerto!

— Venga Reed, llevo camelándola toda una semana. Eso es un record para mi. Con el Porsche triunfo fijo.

— Y una mierda.

Creo que llegó el momento de desaparecer. Intento levantarme pero Reed me detiene aferrándome por la cintura.

— Tengo que ir al servicio—. Susurro en su oído.

Asiente y me suelta pero no sin regalarme un tierno beso en los labios.

Me alejo dejando a las dos fieras que no dejan de discutir. Gabe está dispuesto a conseguir el coche sea como sea. Debe ser una chica muy guapa para aguantar todos los sermones de su hermano mayor. Me encierro en el lavabo y comienzo a adecentarme con tranquilidad. A más tiempo tarde menos me involucro en riñas de hermanos. ¡Jane! ¿Habrá podido Suraj llevarla a casa? Abro la puerta y camino hacia la habitación en busca de mi móvil cuando los escucho murmurar. Parece que han dejado de pelear, menudos dos.

Apenas se les escucha. ¿Por qué hablan tan bajo? No Anne, no está bien escuchar tras la puerta. Nada bien. Pero sólo somos tres, y si dos murmuran es porque no quieren que el tercero escuche. Y da la casualidad que ese tercero soy yo.

Me acerco a la puerta en punta de pies y arrimo el oído. Ay, madre. Soy patética pero muy cotilla. Defectos de la nueva Anne.

— No está bien—. Gabe comenta serio.

— Lo sé.

— ¿Por qué lo haces?

— Eres listo, piensa.

— ¿Tú? Pero de ti...No lo entiendo.

— Ni yo.

— ¿Significa eso que nos libramos?

— ¿Nos?

— Yo también sufro su presencia.

— Sabes que no puedo.

Silencio. Ninguno de los dos habla.

— Reed, si quisieras...

— Es imposible.

— ¿Qué piensas hacer?

— ¿Matarme?

— Es una opción. Drástica pero efectiva. Piensa en algo. No es justo.

— Mi vida nunca fue justa.

— No me gustaría verte sufrir.

— Pasará.

El silencio nuevamente. Camino con cuidado hacia la habitación en busca del móvil mientras pienso intrigada. ¿Qué está pasando? ¿Cuál es el problema tan grave? ¿Salud? No, no lo creo, Reed es fuerte como un roble ¿entonces?

Me recuesto en el colchón escribiendo el mensaje a Jane cuando Reed se acerca y se acomoda a mi lado. Su mano comienza a levantarme la camiseta. Dejo caer el móvil en la cama y me besa mientras comienza a recostarse sobre mí.

— Gabe...— Susurro y Reed se levanta sobre los codos para mirarme con falsa seriedad— ¿Acabas de nombrar a mi hermano mientras te preparo para tener una interminable maratón de sexo?

— Tonto... Sabes lo que quiero decir.

— Se ha marchado.

— ¿Sin coche?

— Tuve que dárselo. Amenazó con sentarse en el sofá y prolongar la visita a todo el día. No lo quiero en casa, estaré muy ocupado.

— ¿Muy ocupado?

— Ocupadísimo.

Reed me colma de besos desesperados y me olvido de la conversación, las visitas y del mundo.

Con tiempo conseguiré que confíe en mí y abra su coraza, incluso puede que yo abra la mía y los secretos ya no nos separen.

— Anne... cariño...

## Estamos enamorados

— Buenos días, Mary.

— No tanto como los tuyos. Pareces feliz

— ¿Y eso te molesta?

— ¡Cómo se te ocurre! Soy tu secretaria pero también tu amiga, creo que estás desvirtuando la realidad.

Sí, claro. Ahora además de vieja amargada, soy estúpida.

— ¿Sabes si ha llegado Reed?

— Sí, lleva toda una hora encerrado con Dolores. No es que los esté cronometrando ni nada por el estilo. Simplemente me extrañó.

— Tendrán mucho trabajo. Igual que yo. Por favor cierra la puerta.

Mary se marcha mientras yo me siento morir de frustración. ¿Desde cuándo soy celosa? yo nunca fui así. La rabia me carcome y la inseguridad me domina. Reed me lleva hacia unas arenas movedizas que me asustan. Es guapo y tremendamente atractivo pero tengo que confiar en él y mejorar mi autoestima. Si está a mi lado es por algo ¿no?. No puedo vivir con miedo a que un día despierte y ya no esté.

Coloco el portátil de mala manera sobre el escritorio. Debo concentrarme en la exposición, muchas familias dependen de esta recaudación. Alejo mis inestabilidades emocionales y comienzo a organizar las invitaciones para el gran evento. Uno de las reliquias más importantes del arte ruso reaparecerá después de estar oculta por más doscientos años, es la noticia del momento.

— Adelante.

— Me voy a almorzar. ¿Necesitas algo?

— No gracias. Me quedaré a terminar las invitaciones.

— Te traigo algo para comer.

— No es necesario. Vete tranquila.

— Bien. Regreso en una hora.

— Perfecto.

La puerta se cierra y continúo concentrada en mi ordenador cuando la puerta vuelve a sonar.

— Adelante.

Una señora con un pelo totalmente gris y una sonrisa de lado a lado asoma la cabeza.



— Creo que se ha equivocado de pasillo. La zona de visitas se encuentra en el ala opuesta. ¿Quiere que la acompañe?

— Gracias cariño pero no soy una visita. Tengo un delicioso pastel de carne y pensé compartirlo contigo.

— Se lo agradezco, pero no hace falta.

La señora pareció no escuchar porque entró en el despacho, se sentó y comenzó a extender un mantelito bordado en punto de croché monísimo.

— Reed estará reunido con Suraj toda la mañana. No puedo interrumpirlos, por lo que pensé en hacerte compañía. Estás muy delgada y mi pastel tiene todo lo que necesitas para estar súper sana.

Sonríó con gratitud. Es una señora entrañable.

— Se lo agradezco pero no tiene que molestarse. ¿Es familiar de Reed?

— Más que eso. Soy la que tiene que aguantar a ese cascarrabias todos los días. Me llamo Dolores y tú debes ser la directora del museo.

— ¡Dolores! Quiero decir ¿Usted es Dolores? ¿La asistente personal de Reed?

— Hasta que ese canalla me firme la jubilación.

Dios, tengo que ir al psicólogo. ¿Cómo pude ser tan horrible? He pensado pestes de esta pobre mujer. Ay, si incluso deseé que se resbalara por las escaleras.

— Tengo dos cubiertos. Uno era para Reed, pero como no está, que se aguante y no coma. Prueba, es de mis mejores recetas.

Alejo el teclado y acepto encantada. El pastel está delicioso y la sensación de tranquilidad al descubrir la identidad de Dolores, es diez mil veces mejor que la sabrosa carne.

Dolores me comienza a contar historias de cuando Reed era un niño y los líos en los que Suraj y él solían meterse. Ambas reímos con sus recuerdos y siento una profunda curiosidad por saber algo de sus padres pero la mujer, que tenía muchas canas pero ningún pelo de tonta, esquivó con habilidad cualquier mención sobre ellos.

— Lo rompía todo. Vamos, que era un bruto en toda regla.

La puerta se abre con precaución y Dolores sonrió resplandeciente frente a esos ojos de color cobalto intenso. Estaba claro que esa mujer adoraba a su pequeño trasto. Reed entra con semblante serio aunque sus ojos se iluminan divertidos al ver a Dolores.

— ¡Mujer! ¿para esto te pago? Seguro que llevas horas con tus cotilleos.

— Y por lo que me pagas, poco te he criticado. Anne, ¿te he contado la

basura que cobro?

— Demasiado para lo mucho que hablas.

Reed estira la mano para robar un trozo de pastel de carne pero Dolores le arrea un manotazo.

— ¡Ay!

— Usa los cubiertos. Yo no he criado salvajes.

Reed no obedece, roba un trozo con la mano y se lo pone en la boca haciendo burlas a Dolores que niega con la cabeza mientras él traga triunfal.

— Ves hija, este es mi castigo—. Dice llevándose las manos al pecho.

Sonrío con el teatro que están representando, cuando Reed me toma desprevenida, y me planta un sonoro beso en los labios.

— No te he visto en todo el día— me susurra por lo bajo.

Me quedo sin palabras, no me lo esperaba y menos delante de Dolores.

— ¿Entonces ya la has asustado contando todas mis intimidades?

— Siempre te he dicho que hacerte pis en la cama hasta los seis años no es tan grave—Dolores me guiña un ojo y yo me río mientras pregunto.

— ¿Seis años?

— Sólo fue una vez—. Entrecierra los ojos disgustado con su vieja niñera.

— No es eso lo que contaba el pobre colchón humedecido. Me voy a trabajar.

— Era hora.

— Firma mi jubilación y contrata a una más eficiente.

— ¡Nunca! Tú irás donde yo vaya.

— Pienso denunciarte a la patronal.

Dolores se levanta sonriente y guarda su mantelito de croché en la bolsa y se marcha con la misma sonrisa que había llegado.

— ¿Te ha incordiado mucho?

— En absoluto. Es encantadora.

— Lo es.

Le miro intrigada. Dolores es alguien muy importante en su vida.

— Me contó que te crió.

— Es verdad.

— ¿Y tus padres?

— Demasiado ocupados. No tenían tiempo para mí.

— ¿Y Gabe?

— Se lo entregaron a una tía lejana. Cuando cumplí lo dieciocho pedí su custodia.

— ¿Tus padres murieron?

— Algo parecido.

— Está claro que no quieres hablar sobre el tema.

— No es fácil.

— ¿Y tampoco vas a contarme la historia sobre esas marcas en tu espalda?

— Son demasiado oscuras y crueles.

— Cuando desees hablar, aquí estaré.

Me besa con ternura y decido cambiar de tema.

— Estoy con las invitaciones. La próxima semana es la gran exposición y no quiero cometer ningún error. Bruce me ha llamado tres veces durante esta mañana para asegurarse que lo tengo todo controlado y ha conseguido ponerme de los nervios.

— Eso suena a mucho stress—. Ronronea en mi oído mientras presiona el mando que cierra las cortinas.

— Horrible.

— Necesitas relajarte.

Una mano se posa en mi cuello para regalarme tiernos masajes mientras la otra se introduce con lentitud en mi escote.

— En la oficina...— Las palabras se me cortan ante la sensación de sus caricias sobre mi cuerpo.

— Y en mi cama, y mi despacho, y el restaurante, y el ascensor, y el parking...

Reed se pone de rodillas en el suelo y tironea de mis manos para deslizarme al suelo hasta acompañarlo sobre la suave alfombra. Me tumba con total suavidad y se inclina encima mío mientras termina de abrirme la camisa al completo.

Le miro totalmente envuelta en su aura. Es el hombre más atractivo que he conocido jamás y sólo soy capaz de temblar esperando deseosa una y otra vez sentirlo dentro de mi.

Reed desliza su mano por debajo de mi falda y me acaricia con sus largos dedos comprobando mi creciente humedad.

— Cariño, podemos saltarnos los preámbulos...— Sonríe con picardía mientras abre la cremallera de los pantalones y deja que su erección dura como el acero se libere decidida.

Abro mis piernas sin importarme ni el lugar, ni la hora ni nada. Lo necesito dentro de mi cuerpo tanto como el respirar.

Reed entra en mi cuerpo y ambos jadeamos reconfortados.

— Te he echado de menos... Necesito tu calor... Cariño me das vida.

Su boca captura uno de mis pechos al completo y yo gimo sintiendo como una electricidad recorre mi cuerpo hasta llegar al centro de mi sexo.

— Dios, nena...

Reed se mueve cada vez con mayor potencia introduciéndose fuerte y seguro mientras yo subo las piernas para cruzarlas en su espalda.

Ambos nos movemos de forma frenética dejando que nuestras bocas se muerdan con pasión desesperada.

— Anne, yo...

Mis manos lo aprietan por las nalgas intentando acercarlo aún más. La unión de nuestros cuerpos no es suficiente para expresar la necesidad que tengo de él.

Reed parece sentir la misma desesperación porque sus manos me aprietan por las caderas para empujar con aún más potencia.

— Reed...

— Sí nena, llévame contigo...

Sus palabras son el mejor de los detonantes. Un orgasmo me envuelve por completo y lo arrastra hacia lo más profundo de mi ser.

Reed maldice en voz alta y comienza a eyacular al ritmo de mis contracciones.

Ambos nos quedamos tumbados unos segundos en el suelo incapaces de mover ni un sólo músculo hasta que Reed me dedica la más maravillosa de las miradas y me besa con ternura.

No hay palabras dulces pero no las necesitamos, los dos lo sabemos. Nos hemos enamorado.

## El pasado siempre vuelve

La semana no ha podido ser mejor. El museo ha sido mencionado en todos los medios de comunicación nacionales e internacionales. Dolores y mi mayor inseguridad ha resultado ser una señora encantadora y Reed no puede estar más atento. Las mujeres siguen suspirando a su paso pero sus ojos siempre aterrizan en los míos, regalándome la seguridad que necesito.

Ambos estamos recostados en el sofá de mi sala, con una copa de vino y la ventana de la terraza abierta, cuando le pillé mirándome con ojos tristes.

— ¿Vas a contármelo?

— No sé a qué te refieres.

— No lo digo yo, sino tu mirada.

— ¿A sí? ¿Y qué dice mi mirada?

— Mmm... Que soy guapísima.

— Lo eres.

— Y súper sexy—. Pongo morritos de modelo.

— Lo eres— sus ojos brillan divertidos.

— Y lo mejor que te ha pasado—. Sus ojos se abren sorprendidos y los calores comienzan a subirme por el cuerpo.

— Lo siento, me he pasado—. Comienzo a levantarme muerta de la vergüenza pero no me lo permite.

— Lo eres.

Su cuerpo se reincorpora y me besa con pasión. Sus labios me beben sedientos. Siento que me necesita y en momentos como este quiero estar por él y para él.

Me sujeta la mano con fuerza y le permito guiarme. Entramos en la habitación y no puedo evitar sentir lo que siento. Muero de amor por este hombre. Apenas viste unos pantalones vaqueros, camina descalzo y su torso duro y perfecto luce maravillosamente iluminado con el simple resplandor de la noche que entra por la ventana.

Mis labios se humedecen por el deseo y me relamo como un niño frente a la más preciada golosina.

— Eres un dios griego. Nunca voy a acostumbrarme a tenerte conmigo.

Sonríe mientras me desviste con las manos y me come con la mirada.

— No lo soy, pero pienso seguir escondiéndote las gafas.

— Tonto...

Me desnudo con rapidez y puedo notar su mirada ardiente quemándome mientras me recorre hambriento. Me arrastro hasta la cama pero le noto negar con la mirada.

— ¿No?

— Hoy estás a mi merced.

Las palabras me asustan y los miedos envuelven mi mente.

— ¿Confías en mí?

Confiar. Confianza. Palabras fáciles de pensar pero difíciles de sentir. ¿Confío en ti? Una parte de mi quiere decirte que sí y disfrutar del momento pero la otra sabe que estoy mintiendo vilmente. Todavía son muchos los secretos que nos rondan y a pesar que nuestros sentimientos crecen a un ritmo incomprensible la confianza es un sentimiento que se cocina a fuego lento.

Estoy total y perdidamente enamorada de tí pero los miedos me gobiernan y el cuerpo me tiembla. Quiero defenderme del dolor, de mis miedos y de todo lo que me enseñó el negro pasado junto a John. Te mereces la verdad pero necesitas esta mentira.

— Confío en ti.

Su mirada refulge triunfante pero mi espíritu tiembla asustado.

— Levanta las manos hacia el cabecero—. Ordena con firmeza.

Acato su mandato pero no puedo evitar respirar con fuerza. Esto es diferente a las veces anteriores. No estamos delante de un hombre y una mujer llevados por la pasión del momento sino ante un acto planificado y con un tipo de reglas que temo.

Mi cuerpo desnudo tiembla con sudores fríos intentando recordar que Reed no es John. Debo confiar. Esto es algo inevitable con un hombre como él y no quiero perderlo.

Se acerca a su mochila y saca un pequeño envoltorio de terciopelo rojo.

— ¿Qué es?

— Un regalo.

— ¡Pero que es!— Intento ocultar mis nervios pero la voz me traiciona.

— Levanta las manos.

Su voz fría no me gusta. Todo es demasiado controlado. La situación parece haber sido planificada con anterioridad y no consigo relajarme.

Cierro los ojos queriendo tranquilizarme. Quiero ser lo que necesita. No puede ser muy diferente a lo ya hemos hecho tantas veces.

Algo de metal rodea mis muñecas y siento la presión de unas cadenas rodeando mis muñecas. El cuerpo se me enfría ante el temor. Estoy esposada y

no puedo defenderme.

Reed se quita los pantalones y su virilidad salta dura y enérgica. La excitación lo domina y su mirada es la de un hombre decidido a conseguir una posesión completa.

Es Reed, no es John. Respiro intentando borrar de mi mente imágenes que se niegan a desaparecer. Mis ojos se turban en la neblina del pasado y me muestran aquello que ya no deseo ver. John está bebido, como casi siempre. Intento no enfurecerlo pero no lo consigo. Todos sus males siempre se reducen a única culpable, yo. *“Calla puta, serás mi puta quieras o no. Soy tu marido y harás lo que yo diga”*.

Respiro e intento calmarme pero no puedo, el pasado está aquí y no soy capaz de rechazarlo. Los insultos de John retumban en mi cabeza. No es John, el ya no está, no es él...

Unos labios me acarician el cuello y los nervios se me quiebran.

¡No quiero! No por favor no...Haré lo que quieras pero no me obligues...Me haces daño. *“Soy tu marido y me darás lo que quiero, te guste o no. Nunca serás nada. Maldita mujer inservible que no sirves ni para follar en condiciones”*. Unos labios alcanzan mis pechos y cierro los ojos con fuerza. Me hace daño, me duele...

No es John. No es John. Mi mente repite una y otra vez pero no soy capaz de escuchar. Respiro agitada. Ya no domino mis miedos, van a lastimarme, me golpeará, me violará y estoy atada. Sus manos aprisionan e intentan atar uno de mis tobillos y en cuestión de segundos la habitación se oscurece y la realidad se transforma.

Reed no existe, John se encuentra delante de mi dominado por el alcohol y dispuesto a conseguir a través de la inmovilización y los maltratos mi completa rendición

— ¡No! No, no quiero, ¡Suéltame! Por favor, no me lastimes... No me resistiré pero por favor suéltame... No me hagas daño.

Mi cuerpo se convulsiona nervioso y mis piernas patean desesperadas. Intento zafarme pero no puedo. Las esposas lastiman mis muñecas y comienzan a sangrar pero no me importa, no voy a permitir que me penetre con tanto dolor. Si la muerte me llega defendiéndome bienvenida sea. Ya no me importa.

— Moriré defendiéndome pero no vas a violarme. No otra vez. ¡Ya no!

Grito enloquecida. Necesito fuerzas para liberarme. Tengo que escapar.

Mis piernas se retuercen y consigo golpearlo con mis pies pero mis manos siguen sujetas a las malditas cadenas.

— ¡Anne! Espera. ¡Soy yo! Vas a lastimarte. Maldita sea, Anne. ¡Para ya!

Unas manos me aprisionan por los hombros y me asusto mucho más. Me revuelco nerviosa sobre el colchón pero él es mucho más fuerte, siempre lo es.

— ¡Abre los ojos! Cariño soy yo. Soy Reed. Nena, abre tus hermosos ojos para mí.

Mi corazón se sale del pecho enloquecido por el temor, pero no puedo moverme. La resistencia se transforma en sumisión. No puedo hacer nada para defenderme. He perdido.

Las lágrimas cubren mi cara y mi cerebro intenta alejarse para dejar que sólo mi cuerpo sea el receptor de sus crueles caricias.

— Nena, soy yo, por favor mírame. No voy a lastimarte—. Una voz que me llama desesperado pidiéndome que vuelva.

Abro los ojos seducida por la dulzura de su voz y siento que acabo de regresar. Los malditos recuerdos me llevaron a un pasado que insiste en regresar. Mi cuerpo está empapado por un sudor frío fruto de un terrible temor, y mis manos se aprietan a las esposas esperando un dolor que nunca llegará. Reed no es John.

— Reed...

— Sí, cariño, soy yo— Suspira nervioso— Ahora vas a quedarte muy quieta y vas a dejarme que te quite las esposas. Mira, me levanto con cuidado y me acerco a tus manos, no voy a hacerte daño.

Su cuerpo se mueve lento mientras se acerca a mis muñecas liberando mis ataduras. Intenta no asustarme y eso me hace sentir terriblemente avergonzada. No sólo no soy la mujer que él desea sino que además soy una maldita histérica que por un momento confundió sus juegos con la violación ejecutada por su antiguo marido.

— Ya estás libre. No ha pasado nada.

Lo noto confundido. Sus manos no me tocan, su mirada es desconcertante. No soy lo que esperaba...

— Quiero que te vayas.

Me aferro a una sábana e intento cubrir mi cuerpo desnudo. Me siento débil y humillada. Sí, la Anne Foster directora de museo, independiente y con ganas de vivir la vida, en el pasado fue una mujer que sufrió de abusos por parte de su querido y perfecto marido.

— Vete, no soy capaz de mirarte a la cara.

Mi cuerpo se hace un ovillo bajo las sábanas intentando que la oscuridad



de la noche tape mi deshonra.

— No voy a irme a ningún lado. Quiero tocarte pero tengo miedo de asustarte.

— Tú no me das miedo. Sólo fue una traición de mis estúpidos recuerdos.

— Por Dios Anne, no quiero que me tengas miedo...

Su voz entrecortada por los nervios me hace sentir una total y completa imbécil.

Este es mi pasado y son mis mierdas. Quiero ocultarlas y que sigan allí en lo más oscuro de mi dolor, pero no puedo. Él se merece mi sinceridad y yo debo afrontar mi realidad.

Lloro sin saber por cuanto tiempo hasta que la voz me sale casi sin pensar.

— John bebía y me violaba. Usaba la fuerza. Le excitaba saber que me negaba. Adoraba...

— No tienes que contármelo—. Se calza los vaqueros con rapidez. Está incómodo.

— Debo hacerlo—. Respiro para tener valor y poder hablar.

He callado por mucho tiempo. No soy lo que esperaba y merece saber por qué.

— John era un personaje muy importante dentro de su sector, los compañeros lo idolatraban y él llegó a creerse un Dios. Todos admiraban sus descubrimientos y sus conocimientos eran la voz de la sabiduría. Educado y gentil era el hombre ideal, pero en casa se relajaba y se permitía ser quien quería ser sin restricciones. Bebía con frecuencia y adoraba el sexo no consentido. Disfrutaba sólo si yo me negaba y para ello utilizaba la fuerza.

Me reincorporo sobre el colchón intentando sentarme pero los brazos me tiemblan y Reed me sujeta para que no me caiga de bruces. Sus fuertes manos me acarician con temor y su voz es un murmullo frío y lúgubre.

— Si no estuviera muerto lo mataría...

Se levanta y camina nervioso por la habitación. La mano recorre con fuerza sus negros cabellos una y otra vez dándole un aspecto endemoniado.

— Lo siento...— Susurro avergonzada.

Se detiene en el lugar y me mira directo a los ojos. Está furioso.

— Tú no has hecho nada malo. Ese maldito hijo de puta no merece estar muerto. Yo debería ahorcarlo con mis propias manos. Debería levantarlo de su tumba para volver a matarlo.

— Un hombre no puedo morir dos veces—. Aunque muchas veces yo deseé lo mismo.

— Yo estoy muriendo en estos momentos.

— No podías hacer nada por mí. No nos conocíamos—. Suspiro secándome la cara.

— Yo a ti siempre te conocí. Tú eres la mujer de mis sueños, eres parte de mis más dulces deseos de juventud.

Las lágrimas me cubren los ojos y Reed se sienta a mi lado acariciando mis manos.

— ¿Por qué no me lo has contado antes? Jamás habría jugado con cuerdas ni nada parecido.

— Por eso mismo— me mira desconcertado— Yo quería... quiero, necesito... Ser lo que necesitas.

— Tú ya eres todo lo que yo necesito.

— Pero no soy lo que yo quiero ser. Necesito recobrar mis fuerzas y dejar de sentir miedo. Esa será la única forma de recuperar lo que John me robó.

Niega sin comprenderme.

— ¿Quién más lo sabe?

— Nunca se lo conté a nadie. Mi hermana Jane tenía sus propios problemas y Elsa no merecía semejante disgusto. Ella nos buscó y nos crió a pesar que no tener ninguna obligación de hacerlo. No podía causarle este dolor. Siempre creí que podía resolverlo sola pero la muerte me brindó una amarga libertad.

Sus manos desnudas acarician mis brazos temblorosos y siento que es el momento de aclarar todas mis verdades.

—Pensé que sí, pero dados los acontecimientos, está claro que no tengo superado el pasado. Me iré.

— Anne Foster— sus manos encierran mi cara—. Hace falta mucho más que un marido hijo de puta para alejarte de mí.

— Pero tú tienes deseos y necesidades, y yo no puedo...

— Los dos tenemos nuestras propias cicatrices y nos comprendemos. Tu besaste mis heridas sin preguntar y yo quiero besar las tuyas.

— Reed, si queremos que esto funcione necesitamos sincerar nuestro dolor. Ahora me doy cuenta del terrible error que cometí al esconderlo.

Suspiro y cierro los ojos entristecida. Reed no habla. Sus cicatrices son tan duras como las mías pero él calla. Su falta de confianza me duele.

— ¿Puedo?

Mira las sábanas y asiento mientras se mete dentro de las mantas y me abraza con la calidez de su cuerpo.

— Nena ven, necesito tenerte entre mis brazos.

Me acurruco sobre su pecho y lo noto como aún tiembla por la rabia. Comienzo a jugar con la suavidad de su bello hasta sentir un fuerte peso en los ojos, me siento agotada y sólo deseo descansar.

## Lo que yo deseo

Llevo todo el día intentando concentrarme pero no lo consigo. Desde hoy por la mañana, cuando al despertarme en su apartamento supe que me encontraba sola, no he sido capaz de controlar mis miedos.

Durante todo el día sólo recibí un mensaje. Un raquítico mensaje. Frío y austero.

### Reed

— *Espérame.*

Siempre igual, siempre espérame.

El día sin una explicación razonable se torna insoportable. Su presencia es algo necesario para mi subsistencia. El miedo a perderle se convierte en una pena constante que aprisiona mi corazón. ¿Cómo he podido dejar que algo así me suceda? Cada poro de mi piel lo aclama a gritos pero él no me escucha. Cuando no lo tengo conmigo no soy capaz de controlar lo que mi corazón siente y mi cerebro razona.

He perdido toda dignidad, quiero decirle que lo necesito a mi lado, que los días sin su presencia son muy duros y que sólo él es capaz de mostrarme los amaneceres.

El último maldito hilo de orgullo que aún sobrevive me impide llamarle y rogarle que regrese. Deseo explicarle que su mano en mi hombro es lo único que necesito para sentirme segura, decirle que antes de conocerlo era una nave sin control pero cuando no está a mi lado ya no sé volar, pero no tengo valor..

Me lanzo sobre el perchero, tiro de mi bolso y huyo del museo. Soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea en su mirada quemando mi piel. Mi cerebro dice que debo huir de ti pero mi corazón desespera buscándote.

En menos de quince minutos llego a mi casa y mi nuevo apartamento me cobija en su interior. Las dudas me asaltan y el miedo me recorre la piel ¿Por qué no me llamas? ¿Mi verdad me hace tan sucia ante tus ojos que ya no me deseas?

Me recuesto en el sofá sintiéndome como una burda copia de lo que siempre quise ser pero nunca llegaré a ser. Elsa dice que soy un espíritu valiente y libre, pero yo no dejo de sentirme arrastrada por unas pesadas cadenas de las que no me puedo soltar.

Me recuesto en el sofá con el móvil en la mano. Quiero pero no puedo. Lo deseo pero no debo. Mi dedo desbloquea el teclado por enésima vez pero no llamo. Paso minuto a minuto hasta que el diez se transforma en un once y mi cabeza está por explotar.

No puedo más, necesito saber dónde estás y con quien. Los celos me corroen y los temores me congelan. Tomo valor y presiono sobre su número. Puedo hacerlo.

Reed Blackman, estoy llamando.

— Nena, abre la puerta—. Su voz gruesa ordena tras el móvil.

— ¿Cómo?

— Abre la puerta.

Me acerco al portal con teléfono en mano y lo veo delante.

— Estás aquí...

Mi corazón vuelve a latir y la vida resurge de entre los muertos. Reed Blackman se ha convertido en el aire que necesito. Me abalanzo sobre sus brazos y me importa muy poco dar la imagen de mujer desesperada. Llevo todo el día temiendo lo peor y sus brazos me brindan paz.

Reed me abraza con fuerza y me besa con pasión. Él también lo ha sentido. La distancia de uno, es la desesperación del otro.

Su boca me devora a la vez que su cuerpo me empuja al interior mientras cierra la puerta de una patada.

Desabrocho los botones de su camisa nerviosa por el apuro y él empuja la chaqueta al suelo.

— Te necesito—. Su voz ronca suplica.

— Y yo a ti. Pensé que te había perdido—. Su cuerpo se tensa y deja de morderme el pecho a través del pijama.

— ¿Qué te han contado?

— Después de toda mi maldita sinceridad no te he vuelto a ver. No me has llamado en todo el día y no supe que pensar. Pensé que te daba asco, que ya no me deseabas, que mi pasado era un problema entre nosotros...

— Mi chica tonta— besa mi nariz sin soltarme— se ha presentado un problema, pero no eres tú. Nunca serás tú.

— ¿Es grave?

— Muchísimo.

— Reed, no estás solo. Puedes contar conmigo, yo puedo ayudarte...

— ¿Me quieres?

Mi cuerpo se convierte en un flan incapaz de recuperar su forma. ¿Estoy

escuchando lo que creo o lo que quiero?

— Estas preguntando...— No tengo valor para continuar. Mi voz se entrecorta mientras mi corazón galopa aturdido.

— Estoy diciendo que yo te quiero hasta la locura. Te quiero tanto que mi cordura no lo soporta.

Sus manos tensas me sujetan por la cintura y su respiración sube y baja descontrolada.

— Nunca me creí capaz de tener sentimientos pero cuando no estás a mi lado estoy perdido. No sé si esto es amor o locura, pero muero con la sólo idea de perderte.

Las lágrimas casi recubren mis ojos emocionados. En un momento me siento muerta y enterrada para al siguiente ser la mujer más feliz del universo, y eso se lo debo a él.

Me abalanzo sobre su cuerpo y en puntillas para alcanzarlo, lo beso con amor. El corazón me late enloquecido y me siento la mujer más afortunada del mundo. El amor correspondido es una dicha que pocos encuentran y que en este salón brota a raudales.

— Yo también te quiero.

Mis labios murmuran sobre los suyos enamorados. El fuerte cuerpo masculino me aprisiona y me abraza hasta el punto del dolor. Las manos firmes me sujetan con fuerza intentando detener una huida que jamás realizaré.

— Pase lo que pase nunca me dejes...— Suplica con su frente junto a la mía.

— ¿Por qué dices eso? No pienso abandonarte—. Acaricio su rostro apoyado al mío.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

— Sin ti perderé la razón. Anne Foster, mi equilibrio depende de ti.

— Me asustas. Eso no pasará.

— Mi madre enloqueció por amor...

— ¿Qué?

— Mi padre la abandonó y ella perdió la cordura. Se encerró en un mundo de ilusiones en donde cada día espera a que él regrese.

Dios, el corazón se me detiene. Reed acaba de abrimme una pequeña puerta de su pasado.

— No pienso abandonarte.

— No pienso permitirlo—. Su voz es grave y tan fría que podría resultar

amenazante pero no es lo que siento. Reed simplemente refleja los miedos de alguien indefenso frente al amor.

Sé que quiero saber más, ambos necesitamos blanquear nuestro pasado para iniciar un futuro juntos pero hoy no es el día. Tengo en mis brazos al hombre que adoro, al insensible rey de corazones diciéndome lo mucho que le importo y le demostraré que sentir vale la pena.

Me quiere a pesar de la basura que arrastro y yo lo quiero a pesar de los demonios que lo enturbian. Acercó mi boca a la suya y absorbo sus palabras dejando claro que no necesito más explicaciones. Sus labios aprisionan los míos felices por mi decisión mientras lo noto recuperar la tranquilidad.

La lengua posesiva y masculina se mueve nerviosa entrando y saliendo de mi cuerpo demostrando su necesidad de posesión. Me quiere completamente derretida y dispuesta y yo siento igual. Quiero su cuerpo rendido al mío, lo necesito entregado y desesperado por mí. Quiero que sienta que soy su vida como él es la mía. Quiero que mi respiración sea su oxígeno y mi calor su salvación. Antes de mí no existió ninguna y después de mí no lo existirá.

— Anne... No permitiré que nadie más te tenga. No podré soportarlo.

Sus manos me aferran por las nalgas y mis brazos lo sujetan con fuerza desesperante por el cuello.

— Y tú, señor, eres sólo mío—. Respondo casi sin pensar y él asiente con una preciosa caída de ojos y una profunda sonrisa en los labios.

— Nena, quiero más que sexo, necesito hacerte el amor pero no estoy seguro de saber.

— Reed...— Susurro sobre su boca en señal de adoración y él me aprieta con fuerza mientras me lo como con besos cada vez más intensos.

El cuerpo se le tensa y siento su erección golpear mi vientre intentando poseerme. Me refriego necesitada y siento como maldice entre dientes antes de sujetar mis nalgas con fuerza, levantarme sobre su cintura mientras respira entrecortado.

Camina hacia el dormitorio en total silencio y yo beso la barba que comienza a nacer. Con delicado cariño me deposita sobre la cama demostrando que le importo pero se aleja a una distancia prudencial y con el deseo nublando su mirada.

— Si necesitas tiempo... Puedo esperar...— Dice muy poco convencido — No quiero que me temas. Me cortarían un brazo antes de asustarte.

¡Dios! ¡Lo adoro!

— Reed Blackman, estoy perdidamente enamorada de ti.

Su preciosa mirada glacial se transforma en hoguera incandescente por primera vez desde que lo conozco y mi cuerpo arde con su cercanía. Ambos estamos locamente enamorados.

Los puños se aprietan a sus costados con fuerza pero no se acerca. Mantiene el autocontrol temiendo reavivar mis fantasmas pero yo no estoy dispuesta a esperar un minuto más.

Me quito la camiseta por la cabeza y dejo mis pechos al aire mientras arrastro con las piernas los pantaloncitos hasta los pies. Busco provocarlo y por lo alto de sus resoplidos parece que lo estoy consiguiendo y con sobresaliente alto.

— Sabes que no voy a lastimarte— dice, ronco, entre dientes—. Te deseo hasta el punto de dolor, pero no haré nada que pueda asustarte.

La camisa calló al suelo lentamente junto con los pantalones y los bóxer y fue en ese momento cuando comprendí que esta vez sería diferente. Ambos nos dijimos lo que sentíamos y no nos ocultamos tras ningún absurdo velo de miedo ni de inseguridad. Hemos expresado el más sincero de los te quiero y ya no existe vuelta atrás.

Su hermoso pene varonil se mueve inquieto al mirarme y mi vagina contesta con humedad frente a su poderoso reclamo. Me desea tanto que teme atemorizarme y yo temo quererlo tanto.

— Quiero que me hagas el amor.

— Anne... Yo sólo sé de sexo pero te juro que quiero darte mucho más, aunque no sepa cómo— El maravilloso cuerpo desnudo que tengo delante me quita el aliento. Lo deseo con pasión incontrolada y con sentimientos enloquecidos. Reed quiere conocer algo más que sexo y pienso ser la primera y única mujer que se lo enseñe.

Me arrastro hasta los pies de la cama y sentada sobre mis talones comienzo a lamer su cuerpo desde el pecho hacia su vientre disfrutándolo como al más sabroso de los helados. Sexo, pasión y amor no tienen por qué estar reñidos. Reed desea aprender y esta será mi primera lección.

— Joder, así no puedo contenerme—. Dice mientras aferra mis cabellos con fuerza.

— No lo hagas.

— Dios, nena, eres mía...— Su cuerpo se abalanza sobre el mío y me cubre al completo.

Ambos nos sentimos demasiado exasperados como para preludios. Lo deseo y él me necesita, ¿para qué más?.



— Primera lección para hacer el amor— digo con sensualidad y los siento sonreír entre el valle de mis pechos—. Besarme el cuello con ternura.

El bello de su cuerpo me produce escalofríos al ascender sobre el mío mientras lo noto acercar sus labios tiernos a mi vena.

— Sí, perfecto.

La boca sube por mi barbilla y siento su húmeda respiración subir hasta la comisura de los labios.

— ¿Y ahora?

Su mano derecha acaricia mi rostro y la izquierda presiona un pezón para estirarlo y soltarlo al momento y yo me pierdo en las sensaciones.

Abro mis piernas con la vagina empapada por su propia humedad y Reed se posiciona en el centro rozando con su pene mis labios pero sin penetrarme.

— Cariño, espero ansioso tus lecciones.

— Ahora tienes que entrar en mí con suavidad. Tienes que sentir mi cuerpo enamorado rodearte por completo.

Estoy tan mojada que entra sin ningún esfuerzo hasta introducirse hasta la misma base de su pene. Sus testículos pesados se apoyan en la entrada de mi vagina y lo único que deseo es sentirlo moverse una y otra vez dentro de mi cuerpo necesitado.

— Dios... Anne...

Las gotas de sudor le brillan por la frente pero no se mueve.

Me aferro a su cuello intentando atraerlo a mi boca y sus carnosos labios se apoderan de mí comprendiendo el mensaje. Estoy desesperada y choco mi lengua contra sus dientes loca por sentirlo dentro de mi cuerpo. La sangre me hierve. Estoy ardiendo y nunca pensé que sentimientos y pasión unidos pudieran unirse en un cóctel como éste.

— Vamos...— Subo mis caderas buscando sus movimientos pero no lo consigo.

— Cariño tienes que enseñarme.

Abro los ojos y veo como su chispa pícaro brilla sobresaltada.

Suspiro relajándome, después de todo yo inicie el juego.

— Ahora tienes que moverte hacia arriba y hacia abajo sin parar.

Su cuerpo se levanta para salir totalmente del mío y al instante entrar por completo provocando un gemido sonoro por ambas partes.

— ¿Así?

— Sí.

No se mueve y lo miro curiosa.

— ¿Más?

Dios, si estoy soñando no me permitas despertar. Me encanta verlo sonreír con su cuerpo enterrado dentro de mí.

— Sí, mucho, mucho más.

Reed se carcajea mientras comienza sus embistes con suavidad. Tiene los brazos tensos y el sudor le resbala por los pectorales pero mantiene el ritmo lento. Está dispuesto a que esta vez sea diferente y lo está consiguiendo. Él está sobre mi pero yo llevo el control.

— Ahora, Reed Blackman, quiero que te muevas con insistencia.

Sus embistes comienzan a ser más frecuentes y su pene entra y sale de mi vagina elevándome hasta el cielo.

— ¿Así, señorita Foster?— Balbucea con la garganta seca.

— No... Lo quiero más fuerte, con más potencia...— No puedo continuar.

Su cuerpo se tensa y comienza a penetrarme como si no existiera un mañana.

El cuerpo le brilla por el esfuerzo mientras sus caderas chocan con las mías.

— Ahora... Dime que me quieres...— Ordeno con voz sensual.

Levanto las caderas y Reed aprisiona mis caderas con toda la fuerza de sus manos para unirnos aún más, como si algo así fuera posible.

— Córrete dentro de mí y dime que me quieres tanto como yo a ti.

— Anne...

Su boca tapa la mía mientras con una mano acaricia mi clítoris hinchado que explota con tan sólo rozarlo. Mi cuerpo se convulsiona y los espasmos aprietan su pene hasta el dolor.

Le oigo suspirar antes de levantarse y empujar dentro de mí con todas sus fuerzas y sentir su semen caliente chocar dentro de mi cuerpo. Me abrazo con fuerza a sus nalgas mientras mi vagina lo exprime hasta la última gota y susurra agotado en mi cuello.

— Te quiero... Mucho más.

El hombre más maravillosamente varonil, físicamente perfecto y sentimentalmente necesitado, se ha enamorado y soy la receptora de tan increíble honor. ¡Qué detengan el mundo porque he llegado a mi destino! Autoestima adormilada por la pasión.

## Un día más

Intento girarme pero un brazo fuerte que rodea mi cintura me lo impide. Abro los ojos y le observo con descaro. Su cuerpo escultural descansa a mi lado totalmente relajado. Una pierna se cruza sobre las mías y su mano se aferra a mi pecho como un náufrago a su salvavidas. El negro cabello rebelde recubre parte de su hermoso rostro. Es tan guapo que desequilibra mi seguridad. ¿Cómo estás aquí? ¿Qué has visto en mí? ¿Algún día te marcharás?

— Quiero ser lo que necesitas...— Susurro creyéndolo dormido.

— Lo eres.

— Te creía dormido—. Contesto divertida.

— Si digo que estoy despierto dejas de peinarme con los dedos y no quiero.

Contesta abrazándome con mayor intensidad.

— Eres tan guapo que me enloqueces.

Acaricio sus mejillas y lo beso perdidamente enamorada mientras me subo sobre su cuerpo adormilado.

— Eso está bien. Te quiero loquita por mí.

— ¿Ah, sí? Eso, señor Blackman, es puro orgullo de macho. ¿Dónde ha quedado el hombre frío, insensible y desinteresado en los sentimientos femeninos.

— Sólo me interesan los tuyos. Dilo...

— ¿Qué quieres que diga? ¿Qué muero por tus huesos o qué te quiero hasta perder la cordura?

— Ambas...

Con su cuerpo bajo el mío totalmente relajado alza las manos y encierra mi cara para captar mi total atención.

— Dilo.

— Te quiero mucho.

Nuestros labios se juntan y respondo a su beso pero no con la misma pasión de siempre.

— ¿Anne?

Lo miro y tiemblo al pensar en perderlo. Unas simples horas sin su compañía se tornan insoportables pero si quiero que esto funcione no puedo ser la única que se sincere en esta relación. Los secretos sólo nos llevarán por un camino de dudas y temores que nos aplastarán.

— Reed te quiero.

— ¿Pero?— Su voz es grave y su cuerpo se tensa bajo el mío.

Dios no quiero esto, no pretendo alejarlo.

— He abierto mi corazón y te he contado mis pesadillas. No ha sido fácil pero tú mereces conocer mis temores, saber el porqué de mis reacciones. Nunca se lo he contado a nadie porque me avergüenzo. No tuve valor de salir de aquella situación y hoy me culpo de ello.

— No tuviste la culpa. Ese hijo de puta la tuvo.— Se muerde los labios rabioso para no continuar.

— Me violó. Puedes decirlo. Yo ahora, después de tanto tiempo, soy capaz de aceptarlo y reconocerlo. Era su esposa pero abusó de mí siempre que quiso.

— ¡No! No puedo escucharlo. Lo odio con tantas fuerzas que me asusto de mí mismo.

Se levanta con rapidez dejándome tendida y desolada en la cama mientras se calza los pantalones sin calzoncillos.

— Es mi realidad, yo soy esta. La mujer que tienes delante es la que se ha construido en las cimientos de su pasado.

Me levanto totalmente desnuda de cuerpo y de sentimientos. Acaricio su dañada espalda y lo beso con ternura.

— Lo odio. Odio lo que te hizo, odio que lo recuerdes, odio que te tuviera bajo su cuerpo, odio que lo amaras...

Suspiro comprendiendo su rabia y los celos que lo dominan. Si el caso fuera al contrario tampoco lo soportaría.

— No podemos borrar lo que somos pero sí mejorar lo que seremos— Acaricio sus caderas en la espalda esperando su sinceridad.

— Mis pasado te alejará de mí, simplemente retraso lo inevitable. Esto no tiene nada que ver con nuestro futuro.

— Pero la confianza sí. Confía en mi como yo lo hice en ti. Si nos ocultamos en la mentira, lo nuestro no resultará. Tus silencios del pasado me alejan de tu corazón y no quiero perderte.

— ¡No!

— De acuerdo. Es tu decisión.

Me acerco al armario y busco un conjunto de lencería limpio y me encamino a la ducha. No quiero mirarlo a los ojos, la desilusión es demasiado profunda. No tenemos ningún futuro juntos si no somos capaces de apoyarnos el uno en el otro.

Entro en la ducha y sufro al ver que no me ha seguido como siempre lo hace.

Abro el grifo y dejo que el agua tibia oculte mis lágrimas. Los “te quiero” son sólo palabras vacías si no se acompañan con hechos.

Salgo en ropa interior cuando lo encuentro sentado sobre la cama con la frente caída sobre sus manos y su torso totalmente desnudo.

— Mi padre me castigaba físicamente.

Me detengo en el marco de la puerta sosteniéndome con las manos para no caerme. El dolor de su voz me penetra y me entristece.

— Mi madre lo amaba hasta tal punto que sólo vivía por él y para él. Mi padre lo representaba todo para ella, ni Gabe ni yo jamás conseguimos alcanzar su corazón.

Suspira enfadado. Su voz cambia y su mirada se oscurece al revivir el pasado.

— No comía, no caminaba, no se vestía ni hablaba si él no se lo ordenaba. Anne... Mi padre era un sádico que disfruta ultrajándola y ella su sumisa que todo lo aceptaba.

Mi respiración se agita, no quiero llorar pero su voz se quiebra con cada palabra, nunca lo he visto tan vulnerable.

— ¿Sádico de esos de los libros?

— No. Sádico de esos de la realidad.

— Con ocho años me revelé y me interpose entre mi madre y sus castigos pero sólo conseguí que descargara su fusta en mi espalda. Ella no intervino. Nunca dijo ni hizo nada por protegernos. Él ordenaba y ella cumplía.

— Eras un niño pequeño...

— Eso no le importó mucho al bajar su látigo. Era un maldito niño capullo incapaz de comprender los sentimientos y las expresiones de amor en una pareja, eso decía.

Su rostro está desencajado y los puños se cierran tensos a los lados.

— Dolores era nuestra asistente y cuando estaba en casa cuidaba de mi como una verdadera madre. Ella intentó enseñarme valores como el cariño o el perdón. Para ella mi madre siempre fue una pobre mujer enferma.

Asiento comprendiendo las explicaciones que Dolores le daba a un niño tan pequeño.

— Me interpose entre ellos una y otra vez intentando defenderla pero sólo conseguí más heridas en mi espalda. Cuando un día Dolores descubrió mis marcas me llevó a vivir a su casa. Ella ha sido mi madre desde entonces.

Las lágrimas cubren mi rostro, ¿cómo puede un ser humano infringir esas heridas a otro ser humano?

— Eras sólo un niño defendiendo a su madre—. Lo rodeo con fuerza mientras mis lágrimas bañan su pecho—. Lo siento... Yo no quería que sufieras, sólo intentaba llegar a tu corazón, nunca pensé...

— No puedo hacerte lo mismo que él hizo con ella.

— Tú no eres como él.

— Sí, si lo soy. Deseo controlarlo todo, el azar no puede volver a darme la vida que tuve, no lo podría soportar. Me gusta dominar todo lo que me rodea y soy un puñetero insensible incapaz de querer a su propia madre.

— A mí me quieres.

— Soy lo peor que pudo cruzarse en tu camino.

— No hables así de ti mismo.

— Es verdad, soy un puto egoísta que a pesar de toda la mierda que me rodea no piensa dejarte marchar.

Sus manos enmarcan mi cara y sus dedos secan mis lágrimas.

Ambos somos dos seres unidos por el dolor y la falta de amor.

El camino es largo y no creo en sueños de color de rosa pero nos hemos sincerado y estamos dispuestos a curarnos las heridas y aceptar nuestros defectos. Los miedos me gobiernan y sus secretos lo oscurecen pero estamos juntos. Autoestima, respira esperanzada.

## El primer paso

— ¡Reed! Sabes a lo que me refiero.

— La verdad es que no y no tengo interés en saberlo.

— No tienes que ponerte así. Es un tema inevitable entre nosotros.

— ¡Y una mierda! Maldita sea la hora en que te hablé del tema.

Ahora soy yo la que comienza a perder la paciencia. Llevamos una hora discutiendo en el salón de su casa y mi buena voluntad se escapa por el retrete.

— ¿Pensabas engañarme?

— Sí.

— ¡Reed!

Muerde una manzana como un perro rabioso mientras mira por la ventana. Está furioso.

— Entonces hazlo por mi

— ¡No!

— Buscaré quien lo haga por ti—. Me giro molesta para marcharme pero me aferra del brazo con fuerza.

— No lo harás.

— Sí lo haré.

— ¡No vas a dejarme!— Gruñe posesivo.

— No he dicho eso. Simplemente quiero intentarlo, quiero que me ayudes a superarlo.

— La última vez que lo hice estuviste a punto de abandonarme. Me pateabas y gritabas su maldito nombre. Lo quiero muerto y a mil metros bajo tierra. No quiero que pienses en él, no quiero que lo recuerdes, no lo quiero en nuestras vidas.

Arroja la manzana a la pared y la hace estallar en mil pedazos. Su respiración se entrecorta y los nervios no le permiten razonar. Intento acércame y evitar la discusión. Por este camino sólo nos haremos daño.

— Reed...— Sus dos manos se apoyan abiertas sobre el cristal de la ventana.

— Ya hace más de dos semanas de mi ataque de histeria. Ahora estoy preparada y quiero intentarlo. Tú puedes ayudarme.

— No puedo verte sufrir...

— Y no lo haré, te lo prometo, pero tenemos que hacerlo.

— No tenemos.

Niega con la cabeza mirando hacia fuera por el cristal.

— Sabes que sí. Te gusta un determinado tipo de sexo. No quiero que cambies por mí.

— Eso era antes. Puedo adaptarme.

— No quiero que te adaptes. Quiero superar mis miedos y explorar mis inquietudes y quiero que sea a tu lado.

Sus brazos se relajan, parece que comienza a comprenderme.

— Necesito saber lo que te excita. Quiero darte lo que necesitas. Quiero intentarlo.

— No quiero.

— No te entiendo. Cada vez que hablamos sobre este tema te enfadas. ¿Por qué no me dejas intentarlo? Si asumo mis miedos podré participar de tu mundo ¿Qué pierdo en intentar formar parte de tus placeres?

Pienso en el Templo de las Pasiones y aunque el temor me domina, la curiosidad es mucho mayor.

— ¿Tú? ¿Y no has pensado en qué pierdo yo?

— No te entiendo. Cuando nos conocimos me comentaste el placer de compartir pareja. De lo mucho que disfrutabas con ello y ahora te niegas hasta...

— ¡Otras parejas!— Camina nervioso aplastando su cabello rebelde con los dedos—. Esas mujeres no sólo me daban sexo, con ellas podía compartir tiernas miradas enamoradas hacia sus parejas. Recibía una limosna de unos sentimientos que yo nunca sería capaz de sentir. No era sólo sexo, era recibir migadas de un hombre y una mujer que hacían el amor.

— Reed...

Le abrazo por la espalda para que me sienta. Jamás habría imaginado algo semejante.

— Esos hombres me ofrecían la posibilidad de compartir sus momentos y eso me daba algo diferente. Pobre gotas para un sediento, pero me bastaban. Esta vez tengo algo mío y no quiero compartirlo con nadie. No quiero que conozcas a otros que resalten mis defectos. Nunca he tenido nada totalmente mío y no quiero perderlo.

Acabo de desmayarme y despertarme en brazos del hombre más divino que puede existir. Reed necesita sentirse seguro conmigo. Jamás hubiera imaginado que alguien como él, tan seguro, tan dominante, tan guapo, tan huraño y tan huérfano de sentimientos pudiera sentirse así.

— Mírame— Encierro mis manos alrededor de su cara y su mirada me



derrite— No vas a perderme.

— No puedo perderte. Mi salud mental depende de tí.

— Compartir tus juegos sexuales no significa una pérdida. Nunca intentaré lo que no pueda o lo que nos perjudique.

Reed me aprieta con fuerza entre sus brazos temiendo que me escape.

— Eres perfecta. No puedes dejarme...

— ¿Qué has hecho para que lo haga?— Pregunto divertida intentando relajar el ambiente.

— Lo haré.

— ¿Tan poco confías en ti?

— Sí sólo fuera yo...

No termina la frase. Prefiere levantarme en brazos y llevarme al cuarto. Me recuesta sobre el escritorio boca abajo y me explica calmado.

— Si te asustas, si sientes miedo, si los recuerdos regresan quiero que lo digas al instante. Me detendré y te soltaré en ese mismo momento.

Asiento un tanto nerviosa pero totalmente dispuesta. Debo superar mi pasado y este es el camino.

— Apoya tu vientre sobre el escritorio. Aférrate a cada uno de los lados.

— ¿Vas a atarme?

— Es lo que quieres y lo haré.

— ¿Y tú?

— Yo lo necesito. Llevamos dos horas discutiendo y en este tiempo me has amenazado con abandonarme y marcharte con otro. Quiero aferrarte a mi vida y no soltarte nunca. Estoy furioso.

Yo necesitaré curar mis malos recuerdos del pasado pero Reed no se encuentra mucho mejor. Las cuerdas no son sólo un juego de bondage light sino son su forma de sentir que me retiene en su mundo. En el pasado, ninguno de los dos fuimos bendecidos con un amor desinteresado, ese que se disfruta con un paseo por el parque o un refresco una tarde de verano. Ambos sufrimos la experiencia del amor egoísta y ambos sufrimos ante el temor de un futuro desconocido.

— Atándome te sientes tranquilo...

— Sí. Cuanto más control tengo sobre ti menos demonios por perderte me dominan.

— Ata mis manos con fuerza. Tú lo necesitas y yo lo deseo.

— ¿Estás segura?

— Lo estoy—. Trago saliva intentando controlar mi respiración agitada.

— Recuéstate sobre mi escritorio boca abajo.

Su mano empuja delicadamente mi espalda y quedo apoyada con todo mi vientre y pecho sobre el cristal del mueble. Mi culo respingón queda en alto y al descubierto.

— Vas a estar a mi completa merced pero no voy a lastimarte. Sólo seremos una pareja locos de amor...

Su cuerpo duro se apoya en mi espalda y deposita un beso húmedo en el centro de la columna haciéndome suspirar.

— Por favor estos ligeros son puro pecado.

Sus manos fuertes y masculinas levantan mi falda y la enroscan en mi cintura a medida que recorren con caricias lentas la suavidad de mis muslos. Con una maestría única desengancha una liga y la baja hasta mis tobillos. Hace el mismo trabajo delicado con la otra y siento el frío del ambiente rozar mi piel.

Mi cuerpo comienza a prepararse para lo que va a venir y me retuerzo deseosa, pero su mano me presiona por el bajo de mi espalda para inmovilizarme.

— No puedes moverte. Voy a atarte a los lados. Comenzaré con la mano derecha.

Asiento con la boca seca por el deseo.

Escucho el sonido de un cajón que se abre y una cinta de seda envuelve mi muñeca para sujetarla a una de las patas del escritorio.

— Ahora haré lo mismo con la otra mano.

Reed detalla cada uno de sus pasos. Intenta aliviar mis miedos con sus palabras y no sólo lo consigue. Mis piernas tiemblan deseosas de su contacto y mi vagina se humedece esperando la recompensa prometida.

— Ahora apoya tu cara de lado. Eso es.

El cristal enfría mi mejilla izquierda y mis ojos sólo son capaces de ver la puerta del armario.

Reed se mueve detrás de mí. Escucho algo que parece ser el sonido de unos pasos. Se ha ido y regresa en apenas unos minutos.

El sonido de una cremallera lo delata y mi lengua se seca al pensar que pronto sentiré su magnífico cuerpo tras de mí.

Estoy totalmente a su merced pero no siento miedo. Actúa con lentitud ofreciéndome la posibilidad de retroceder en cualquier momento y mi corazón se enamora cada segundo un poco más. El hombre que aseguraba ser el más frío y el más insensible, cura cada una de mis viejas heridas con suaves pétalos de rosas.

Desabrocha mi sujetador y libera mis pechos que se endurecen con el frío del cristal que tienen debajo. Sus manos los amasan con deseo a la vez que siento como su pene suave y firme roza mis muslos. Cierro los ojos y jadeo deseosa. Adoro al hombre que tengo detrás, confío en él. Reed es el hombre que deseo y yo quiero ser la mujer que él necesita.

— ¿Estás bien?

Sus dedos suben por mis muslos y acarician la humedad de mi vagina que llora suplicante.

— Sí...

— ¿Confías en mí?

— Sí.

No termino de hablar cuando el cajón se abre nuevamente y al minuto siento como un líquido frío y acuoso resbala por mi ano. Su dedo me extiende el aceite por el orificio mientras comienza a esparcirlo con cada movimiento un poco más adentro. La piel se me eriza y miles de sensaciones placenteras envuelven mi cuerpo.

— Ya hemos hecho esto antes. No va a dolerte. Vas a ser totalmente mía. Voy a ser todo lo que buscas...

Su mano arrastra mi pelo a un costado y sus labios besan mi cuello mientras su dedo entra y sale cada vez con mayor facilidad dentro de mi ano.

— Te estiras con rapidez...Me deseas tanto como yo a ti.

Sus palabras me hacen vibrar. La suavidad de su bello rozando mi espalda me provoca un deseo sexual que no pensé jamás sentir. Mis manos están atadas, tengo el culo en pompa y dos de sus dedos penetran mi ano a la vez, sin embargo no me siento dominada. El cuerpo me tiembla necesitado al sentir como me acaricia, gime y resopla tras de mí. Todos esos sentimientos son en exclusividad para mí.

Un pequeño ruido de algo a pilas llama mi atención pero la sujeción de mis muñecas es tan fuerte que no puedo moverme y soy incapaz de ver de qué se trata. Mueve la mano abriendo mi vagina y siento como deposita un dildo de tacto suave y en forma de u, que por un lado acaricia mi clítoris y por el otro se introduce en mi vagina rozando el centro de mi punto G.

— Lo compré para ti.

¡Ay Dios! Su cuerpo se pega a mi espalda y siento como el dedo de mi culo entra y sale mientras el dildo acaricia con fuerza mi clítoris y mi punto G. Esto es demasiado para mí. Las sensaciones me envuelven y me siento volar de puro placer.

— Cariño recuéstate más— Presiona la base de mi columna— Esa es mi chica...

— Te necesito...

— Todavía no... Anne, estás ardiendo...

Sus dedos abandonan mi culo y refunfuño molesta pero inmediatamente Reed reemplaza el vacío con su pene intentando entrar lentamente. Sus investidas son suaves y cortas. Intenta dilatarme con pasión y sin dolor. No desea lastimarme pero yo estoy demasiado excitada para esperar mucho más. Mi vagina solloza por las caricias del aparato a pilas, mientras mi hombre penetra en mi culo con seguridad y cada vez un poco más.

Empujo como puedo mis nalgas hacia arriba y siento como su pene me penetra con mayor intensidad. Reed es el hombre en quien confío y yo seré todo lo que él desea.

— No Anne, no quiero lastimarte...— Dice entre sollozos sexuales.

— Te necesito dentro. No pares.

— Cariño...

— ¡Fóllame!

— Mierda...

Su garganta hizo un sonido casi animalesco cuando comenzó a penetrarme con tanta potencia que podía escuchar el sonido de sus testículos golpeando mi trasero. Estoy tan excitada que mi ano se dilata al instante y sólo siento un placer imposible de comparar.

— Esto es perfecto—. Gruñe excitado.

Reed muerde mi hombro y siento como mi cuerpo se convulsiona en un sínfin de interminables convulsiones. El dildo continúa rozando mi clítoris y acariciando mi punto G mientras Reed se estremece en mi espalda y me penetra con fuerza vaciándose con chorros interminables dentro de mi culo.

Mis piernas tiemblan y el cuerpo me cae sin fuerzas sobre el escritorio y tras de mi Reed se desploma sobre mi espalda.

Pasan unos minutos hasta que siento como Reed sale de mi cuerpo con cuidado y extrae el pequeño ayudante a pilas para apagarlo. Estoy tan embargada por las sensaciones que soy incapaz de hablar.

Sus manos me liberan con rapidez y casi adormecida siento como me levanta en sus brazos y me recuesta en su cama. Me abrazo a la almohada respirando su olor y cerrando los ojos adormilada. Lo siento recostarse a mi lado y me acomodo sobre su pecho ronroneando totalmente satisfecha.

— Seré lo que necesitas, Reed Blackman—. Susurro dormida.

— Eres mucho más que eso, Anne Foster...

Las palabras se mezclan en el profundo sueño que me envuelve y me alejan de la realidad. Eres mi felicidad, Reed Blackman...

## Peligro

La semana transcurrió en un sueño de esos de los que ninguna mujer debería despertar. El trabajo marcha sobre ruedas y la relación con Reed no puede ser mejor.

El hombre frío, de pocas palabras y de corazón muerto resultó ser un compañero que enamora cuando lo tienes cerca pero desfalleces cuando se aleja.

Muchos son los secretos que quedan por aclarar entre nosotros pero no quiero correr: el tiempo nos está ofreciendo una oportunidad que pienso aprovechar.

Tía Elsa dice que existen dos tipos de hombres, los de sonrisa tierna y cremallera fácil o los de palabras cortas y corazón destrozado. Reed sin duda forma parte del segundo muestrario. Muchas veces noto como se tensa al mirarme, para después bajar la mirada, pero nada, ninguna confesión. Las palabras no son su fuerte pero eso no importa cuando se tiene a una parlanchina a su lado.

No soy la misma de antes, yo también soy una mujer diferente. Ni mejor ni peor, simplemente me he convertido en una versión mejorada del pasado. Una Anne versión 2.0 con mayor autoestima y determinación. La Anne 2.0 no busca protección porque no tiene miedos. No busca reconocimientos porque no los necesita. No espera sumisa porque sabe que puede ganar. Esta es la nueva Anne. Autoestima se pinta los labios de rojo pasión.

Una que, por primera vez, es más interesante que el más ardiente de sus sueños.

¿Se puede sentir algo tan fuerte más allá de los veinte? Sí se puede, y me está pasando a mí.

Acomodo unos libros en la estantería cuando su voz ronca en el oído me bajan a la realidad. Giro y lo abrazo sin importarme que nos vean. La etapa de preocuparme lo que piensa la vecina del quinto también la he superado. Reed me aferra posesivo por la cintura sin pedir permiso, a él nunca le importó la opinión de nadie.

— Acompáñame. Tengo algo para ti.

— ¿Y no puede esperar?

— Cuando se trata de ti, no.

Su mano envuelve con fuerza la mía y caminamos hacia su despacho.

— Buenos días, Dolores—. Digo mientras Reed arrastra de mí hacia la

puerta.

— Buenos días, cariño—. La mujer sonríe al vernos.

Está contenta y yo también lo estoy. Los cambios en Reed son demasiado obvios para no verlos. No puedo decir que sea míster simpatía pero la dureza del principio se ha relajado. Sus ojos azules se alejan cada día un poco más del frío Ártico. Aún están muy lejos de ser un dulce azul caribeño pero no me puedo quejar.

Mi hombre es el más guapo de todos, me enloquece con sus caricias y me seduce con su mirada, que otra cosa puedo anhelar. Me fascina y él me desea, no necesito más.

— ¿Por qué sonríes?

— Tonterías mías.

— ¿Qué es eso tan importante que no puede esperar? La sala de reliquias se encuentra atestada de periodistas y no puedo demorarme. Hoy es el gran día.

— Aún falta una hora...

Se acerca a su escritorio y extrae una caja pequeña que me entrega con solemnidad.

— ¿Y esto?

— Ábrelo.

— Es.... Es maravilloso. El Museo estará encantado de tenerlo.

— No es para Stonebridge.

Lo miro curiosa.

— Es para ti. Es el pago que recibí por parte de un prestigioso coleccionista inglés.

— Pero yo no puedo. Es hermoso pero no puedo.

— ¿Te gusta?

— Es perfecto.

— Entonces es tuyo

— Es un anillo romano, puede que del Siglo V.

— Del III para ser exactos.

— Tiene mucho valor, deberías guardarlo para una ocasión especial.

— Tú eres especial. — Quita la caja de mis manos y me acerca a su cuerpo para besarme con ternura.

— Reed...

— Quiero que lo conserves y te acuerdes de mi cada vez que lo veas. Necesito saber que me llevas en tu cuerpo. No podré soportar tu distancia.

— No me voy a ningún sitio—. Sonrío mientras acaricio su rostro—.

¿Tú sí?

— No quiero.

— Entonces quédate conmigo...— Mi boca cubre la suya y los siento suspirar ansioso.

— Tus besos me hacen sentir que estoy vivo.

— Si es así entonces no puedo negarte otro...— Acaricio su cara y lo beso nuevamente.

— Ven aquí. No me resigno perderte.

Sus manos me aferran con fuerza lastimosa mientras su lengua se adueña de mi boca. El duro cuerpo masculino me empuja sobre el escritorio pero me niego en rotundo.

— Es la hora... No podemos, las cortinas, Dolores

— Llegaremos...— Dice mientras las cortinas se cierran con la presión de un botón.

— Eres un enfermo—. Sonríó mientras se me acerca abriéndose la cremallera y acariciándose el pene.

— Y tú mi cura...

La exposición resultó ser un éxito al completo. Por la mañana Stonebridge será la noticia de apertura en telediarios de grandes ciudades como Londres, Madrid, París y la misma New York. El museo recibirá visitas internacionales y los inversores estarán dispuestos a financiar más trabajos de investigación.

Estoy feliz. Soy feliz. Mi anillo brilla igual que yo. Ambos deslumbramos con luz propia.

— Pareces feliz.

Una voz muy conocida me saca una sonrisa y regreso a la tierra con aún más alegría en los labios.

— ¡Marc!

Me abalanzo como niña pequeña y él me levanta en volandas para darme un sonoro beso.

— No puedo creer que hayas venido.

— No me lo habría perdido por nada en el mundo. Es una reliquia fascinante y la presentación ha sido un éxito absoluto. Te felicito. Espero que me cuentes todos los detalles mientras cenamos.

— Por supuesto.



Marc no sólo es un gran amigo sino un excelente periodista especializado en historia.

Reed se acerca a mi lado pasando su brazo sobre mi hombro. Odio cuando se pone tan posesivo pero mi ego no puede evitar crecer tres puntos. Marc es un hombre de metro ochenta, ojos grises y cuerpo de infarto, es normal que Reed se sienta amenazado pero no tiene motivos. Marc y yo nos quedamos hace tiempo en la faceta de sólo amigos.

— Reed Blackman—. Estira la mano mientras la otra me sostiene con fuerza.

— Marc Olson.

Ambos se miran fijo, parecen evaluarse y soy capaz de entenderlos a ambos. Ninguno de los dos conoce la identidad del otro y hago mea culpa de la situación.

— Marc es mi amigo de la universidad. Estudiamos juntos y sufrimos todos los exámenes juntos—. Respondo mientras regalo a Marc la mejor de mis sonrisas.

— También arqueólogo...—. Reed levanta una ceja curioso.

— Y periodista—. Marc no desea explicar mucho más.

— Se dedica al periodismo de investigación de reliquias históricas, y puedo asegurarte que es uno de los mejores.

Reed decide apretar mi hombro con voluntad férrea.

— No tan bueno, por aquí han pasado cosas de las que no estoy enterado—. Dice molesto al mirar la posesividad más que evidente de Reed.

Suena molesto y lo comprendo. Somos amigos desde hace años. Debí hacerme un hueco para llamarlo y contarle mi nueva situación sentimental pero sencillamente lo olvidé.

Alexander llega a nuestro lado eufórico por la exposición y no es de extrañar. Es el dueño del huevo Fabergé y de muchos millones de dólares.

— ¡Cariño! Es un éxito total y todo gracias a ti—. Alexander me ensarta dos besos y me aleja de Reed— Ven conmigo, quiero presentarte a unos posibles inversores para tu causa, y por cierto, permíteme decir que estás maravillosa.

— ¿Cariño?

Marc pregunta curioso mientras Reed simplemente decide matarlo con la mirada, como siempre hacía cuando Alexander estaba delante.

— Preséntame a esos entusiastas inversores y déjate de tonterías—. Digo mientras me aferro a su brazo.

En los últimos días ambos aprendimos a conocernos y supe que la

postura de Alexander no dejaba ser una fachada de latin lover que se esmeraba por alimentar.

— Tus palabras son órdenes para mí... Cariño...

— Te la estás buscando—. Reed resopla furioso y decido llevarme por el brazo a Alexander antes que la sangre corriera por el tendido.

— ¡Anne! Ni pienses que has escapado de mí—. Grita Marc sonriente.

— Te prometo que cenamos juntos. Reed te hará compañía hasta que regrese.

Marc y Reed se miran con sonrisa falsa y de muy pocos amigos. Ninguno de los dos se siente encantado de conocer al otro..

Después de un buen rato de conversaciones consigo obtener algunas inversiones para la sala de proyecciones y el área experimental arqueológica. Me siento encantada con mis logros y muy agradecida con Alexander Hansson, después de todo, el hombre, aunque pedante y un poco arrogante, valora el arte al igual que yo y es un buen aliado para Stonebridge.

La cena con Marc resultó ser de lo más agradable. Lástima que tuviera que discutir con Reed antes de poder cenar a solas con un amigo de hace años. Al principio se negó de lleno a que Marc y yo cenáramos solos pero al final conseguí convencerlo. Necesitaba estar a solas para poder hablar con libertad sobre mi nueva relación. Marc es mi amigo y se merece mi total sinceridad.

He obviado contarle a Reed que Marc y yo fuimos novios el primer año de universidad hasta que John llegó a mi vida. Me pareció que ese dato no venía a cuento y me traería discusiones injustificadas.

Espero que se haya calmado porque a pesar que a regañadientes aceptó, se le notaba muy molesto.

Toco al telefonillo de su casa como prometí. Al terminar la cena iría directo a su apartamento y aquí estoy. Cumpliendo mi palabra.

El portal principal de edificio se abre sin preguntar y entro a la recepción y espero frente a las puertas de un ascensor que se abren con un inesperado ascensorista moreno, que me quita el aliento. Sonrío al verlo y camino hacia él que me atrapa en un fuerte abrazo.

— Te he echado de menos—. Balbucea sobre mi pelo mientras cierra la puerta.

Su perfume me envuelve en un aroma que ya es nuestro.

— Sólo fue una cena...

— El tiempo suficiente para olvidarte de mí..

— Sabes que eso no es posible.

Ambos nos besamos hasta que el ascensor se detiene y su mano férrea sobre la mía me arrastra dentro del apartamento. Cierra la puerta y cuando apenas soy capaz de soltar el bolso sobre la mesa noto como me sujeta por debajo de las rodillas para subirme sobre su hombro derecho.

— ¡Qué haces!

— Recordarte lo que somos.

— Reed— rio nerviosa—. Bájame.

El teléfono suena una y otra vez sin parar. Reed me recuesta sobre la cama y descuelga el aparato.

— No te muevas. Pienso hacerte el amor hasta caer desmayado.

— Blackman... Entiendo... Está conmigo... Estaremos allí en media hora.

Su cara se transforma con la seriedad que ofrece a todos menos a mi. Me preocupo al instante.

— Anne, debemos irnos.

— ¿Qué sucede?

— Es el Fabergé, lo han robado...

Llegamos al museo y por poco salto del coche. No me lo puedo creer, no es posible.

Suraj sale a recibirnos pero su cara contiene una furia que nunca creí capaz de ver en él.

— El Relojero se ha presentado—. Dice con voz mortal.

— ¿Lo han atrapado? ¿Lo tienen? Dime que no se lo ha llevado...

Me recuesto en una silla de la sala de exposiciones totalmente abatida.

— Lo siento.

— ¿Sabemos que fue él?— Reed pregunta con seriedad.

— Sí, su firma es indiscutible.

— Pero no lo comprendo, teníamos la vigilancia reforzada. Estábamos preparados...

Aferro mi cabeza con mis manos para que no me explote.

— ¡Joder! Ese maldito desgraciado no puede salirse con la suya—. Reed grita enfurecido— No otra vez.

— Estamos trabajando en las pistas, puede que en unos días tengamos algo más en lo que trabajar.

Mis lágrimas caen silenciosas y Reed me aferra por los hombros. Esto

podría simbolizar el fin para Stonebridge y él lo sabe.

— ¡Unos días! Y se supone que eres uno de los mejores detectives de la ciudad. ¡Que te jodan!

Reed grita furioso y Suraj se enfrenta a él con furia en la mirada.

Decido levantarme y detener una discusión de la que ambos se arrepentirán luego.

— Suraj todos sabemos el esfuerzo que has dedicado a la seguridad de este museo y te lo agradezco. ¿Cómo puedo colaborar en la investigación?

— Anne...— Su voz se relaja y lo noto abatido— La exposición al público no será hasta dentro de dos semanas. Quiero que la información acerca del robo no salga de estas cuatro paredes.

— ¿No lo entiendo?

— El Relojero además de ser un ladrón de guante blanco es un egocéntrico y esperará que su nombre aparezca mañana en todos los medios de comunicación. Si no lo consigue es posible que se ponga nervioso y cometa algún error.

— Pero está Alexander, Bruce, el seguro...Yo no puedo callar.

Reed se acerca y me sujeta por la cintura para sostenerme. El cuerpo apenas me responde.

— Suraj tiene razón, la idea puede funcionar.

— Pero aquí hay más gente aparte de nosotros—. Digo mientras miro al investigador que sostiene unos polvitos y un pincel sobre el cristal de la caja vacía.

— Mi gente es de total confianza. Pongo las manos en el fuego por ellos. Pero no puedo responder por nadie más. Necesito tu silencio.

— ¿Y si en dos semanas no consigues nada?

— Lo haremos público y asumiré todas las consecuencias—. Suraj habla con rotundidad.

— ¿Estáis seguros? ¿No tenemos otro camino?

— No.

Ambos responden a la vez y yo afirmo con la cabeza aceptando el riesgo. Si el Fabergé no aparece antes de dos semanas mi futuro en el mundo del arte será un simple recuerdo.

— Me pondré a trabajar.

Suraj se marcha apresurado.

— Nena, está a punto de amanecer, debes descansar.

— ¡No! Pienso quedarme, tengo que organizarlo todo. Nadie puede

entrar a esta sala. Mary deberá cancelar las nuevas contrataciones y yo deberé llamar a mantenimiento para...

— Cariño. Para.

Su voz grave me trajo nuevamente a la realidad.

— Mi futuro y mi carrera están en juego—. Contesto molesta y entre sollozos.

— Esta bien. Me quedaré contigo.

— No hace falta, te veré más tarde.

Me dirijo rumbo a mi despacho concentrada en las cientos de cosas que debo organizar para ocultar el robo del Fabergé, cuando Reed me detiene por un brazo.

— Me quedaré a tu lado. Iré a por unos cafés, pediré que nos traigan ropas limpias y saldremos de esta juntos. No estás sola, ¿lo entiendes?

— Sí. Gracias.

Reed asiente mientras busca el móvil en su bolsillo y llama con rapidez.

— *Dolores te necesito...Sí, como siempre.*

## No puedo

— Buenos días Mary.

Entro con una pila de papeles en mano. Llevo una semana investigando por mi cuenta el robo del Fabergé. La comida se me atraganta y el sueño no me encuentra. Me siento total y absolutamente responsable del hurto. Alexander confió en mi capacidad y en la seguridad completa de Stonebridge y aquí estamos, en una búsqueda totalmente infructífera.

— Pareces muy cansada, ¿te traigo un café?

— Sí, por favor. Lo necesito.

Desde la desgraciada noche del robo, Mary está más comprensiva, me atrevería a decir que hasta cariñosa. No sabe lo que pasa pero me ve preocupada y yo me alegro enormemente por su cambio de actitud. Estoy demasiado cansada como para siquiera pensar en discutir.

Extiendo mis miles de papeles con resaltador marcando mis dudas. Me hubiera gustado consultarlo con Reed pero llevo toda la semana casi sin verlo. Durante el día desaparece sin darme muchas explicaciones y por las noches entra a mi casa, se cuelga en mi cama y me agota con su pasión como si no existiera un mañana. Miro mi anillo y sonrío al recordarlo. Es ver la pieza y desear tenerlo a mi lado. Reed Blackman, quiero sentirme así el resto de mi vida, eres el dueño de mi corazón y el dulce despertar de sueños amargos.

Me siento intentado olvidar a mi gran amor por lo menos por un momento para concentrarme en mis averiguaciones. Paso la tarde encerrada entre papeles y unos cuantos cafés que Mary me acerca amablemente.

— Sí... Sí. Parece una locura pero puede ser real. Las piezas encajarían.

Abro mi correo electrónico, verifico las fotos y no tengo dudas.

Llamo al móvil de Reed pero está desconectado. Mierda, esto es muy importante.

— ¡Mary! ¡Mary!

La pobre muchacha entra espantada a causa de mis gritos.

— Por favor llama a Dolores y dile que localice a Reed, es urgente que hable con él. Y resérvame un vuelo a París para mañana por la noche.

— ¿París?

— Sí.

— Lo haré.

Mary sale y entra en cuestión de minutos.

— Te he enviado los datos de la reserva a tu móvil.

— Perfecto, gracias.

— Dolores se ha tomado el día libre.

— No lo sabía. ¿Puedes intentar localizar a Suraj?

Mary asiente y se marcha, pero al cabo de pocos minutos entra nuevamente.

— El inspector tiene el teléfono apagado. Le he dejado un mensaje. ¿Necesitas algo más? ¿Te pido algo de cena?

— No te preocupes, me acercaré al italiano ese que tanto me gusta y cenaré allí. Necesito un descanso.

— ¿El Pinocchio?

— Sí.

— Llamo y te hago una reserva para las nueve. Llevas días enfrascada en esos papeles y estás en los huesos.

— Gracias— mi secretaria se gira y decido llamarla nuevamente—. Mary, me alegro que la tensión entre nosotras se haya relajado.

— Y yo siento mucho no haber estado a la altura.

— Ambas nos equivocamos.

— Nos vemos mañana.

— Buenas noches, Mary.

— Señorita Foster, por aquí por favor. ¿Mesa para uno?

— Sí.

— Perfecto, pase por aquí por favor. Aquí estará tranquila.

— Ya veo. Hoy estáis al completo ¿no?

— Sí, tenemos una celebración. Aquí le dejo su carta.

— Muchas gracias.

Extiendo mis papeles como compañía de cena cuando una voz que reconozco me hace levantar la cabeza. Suraj sale del baño divertido con una señorita que le sonrío con plenitud.

— ¡Suraj!

Lo llamo con fuerza porque en la sala hay mucho ruido. Él se gira y me mira como no creyendo que yo esté allí.

— Anne... Tú... ¿Qué haces aquí?

— Cenando, igual que tú—. Sonrío divertida.

— Sí, por supuesto.

— Hola, me llamo Leslie y soy amiga de la novia.

La mujer se presenta muy simpática y totalmente atontada con Suraj. Yo mejor no pregunto.

— Hola, soy Anne.

— ¿Eres una invitada?

— Eh, no, no, yo sólo estoy cenando y trabajo con Suraj. Por cierto, llevo toda la tarde intentando localizarte. Tengo un tema importante que hablar contigo.

Suraj parece distraído, no deja de mirar constantemente hacia el fondo de la sala. Debo estar interrumpiéndole algo importante.

— No quiero estropearle los planes, si te parece me llamas mañana y hablamos.

— Eh, no hace falta. Si es importante vamos a otro sitio y hablamos.

Está nervioso, no deja de moverse. ¿Qué le pasa?

— No puedes irte. No sin mí...— Leslie lo mira mimosa y yo no sé dónde meterme.

— Leslie, dile a los demás que me he tenido que marchar.

— Suraj, de verdad que no hace falta. Lo dejamos para mañana.

— Nos vamos ahora—. Su voz resultó demasiado grave y seria. Algo poco normal en él.

Al fondo se escuchan unas risas y cuando estaba por marcharme con Suraj es cuando diviso otra cara conocida.

— ¿Suraj, por qué no me has dicho que Reed estaba aquí?

— No me diste la oportunidad. Hablaste de algo importante y no me cuentas.

Niego con la cabeza y me acerco decidida hacia el fondo. Seguro que Suraj piensa que voy a ponerme celosa o algo parecido pero está equivocado. Estoy muy segura de Reed y sus sentimientos. Ninguna cena de trabajo va a estropear lo nuestro.

— Buenas noches—. Susurro a su espalda y se gira con rapidez.

— ¿Anne? ¿Qué haces aquí?

— ¿Cenando y tú?— Voy a besarlo pero se tensa y me detiene de un brazo.

— Espera un momento y nos vamos juntos.

— De eso nada. Tú no te vas—. Una rubia con pelo largo, alta y delgada se aferra al brazo de Reed mientras yo le miro intrigada.

— Olivia, regresa con los invitados.



Miro hacia la gran mesa y me encuentro con las caras de Dolores y Gabe que agachan la mirada al verme.

— De eso nada. No pienso quedarme sola otra vez, ¿tu amiga puede quedarse si quiere?

— Olivia, vete—. La voz fría de Reed es una orden directa pero la joven no piensa callarse.

— Hola, soy Olivia, la prometida de Reed ¿y tú eres?

La joven estira una alianza de oro para que pueda verla pero no soy capaz de reaccionar.

El olor a albahaca y olivas me marea repentinamente y todo se detiene de forma desconcertante.

— ¿Prometida?

Miro la alianza confundida. Busco una aclaración que no llega y el corazón se me rompe en pequeños trozos que caen dispersos por el suelo. Estoy mareada, el cuerpo no me contesta y la voz no me sale. El desconcierto me puede, y el corazón me late nervioso. Necesito una explicación, me urge una explicación, no soy capaz de pensar por mí misma.

— ¿Eres la directora del museo, no? Te he visto en la tele. Seguro que este canalla se olvidó de invitarte. Perdónalo, es mi culpa porque deseaba que la celebración fuera algo íntimo. Ya me entiendes. La mujer se acaricia el vientre y el aire comienza a sofocarme.

— Esperas un hijo...— Susurro casi sin voz.

No puedo respirar, las piernas no me sostienen y las palabras se me atragantan.

— Olivia. ¡Maldita seas, vete!

— ¿Te vas a casar y vas a ser padre?— Lo voz apenas me sale.

Un puñal se clava directo en mi pecho. Me balanceo tan confundida que me habría caído sino hubiese sido por el brazo de Suraj que me sostuvo con fuerza por la espalda.

Reed está duro, impasible, frío. Su rostro no dice nada, impertérrito, pero su mirada... allí siempre radicó su debilidad. Sus ojos son más glaciares que nunca y tienen un brillo que podrían ser hasta de sufrimiento, sino fuera porque está claro, que es un maestro del engaño.

Me ha tendido una trampa y caí como una completa enamorada.

— Olivia, vete ahora...— Ordena con frialdad mortal.

— ¡No! No...— Trago saliva intentando respirar y poder hablar—. Yo... Yo soy la que se va.

Me giro intento caminar manteniendo el equilibrio y no caerme. Podría insultarlo, ponerme a gritar como una loca y romper toda la vajilla del lugar ¿pero para qué? El odio y la vergüenza me dominan.

Pobre Anne, que creyó en cuentos de amor y nubes de azúcar.

Afuera diluvia pero me da igual. Estoy tan destrozada que poco importa si me mojo o no. Necesito salir de aquí antes de derrumbarme y ponerme a llorar.

— ¡Anne! ¡Espera!

Parece que intenta seguirme porque escucho a su prometida gritar furiosa y se inicia una pelea. No me importa nada de lo que allí pase. Tengo que salir cuanto antes. Las lágrimas comienzan a brotarme y no soy capaz de controlarlas. Las manos me tiemblan, el corazón me late asustado y tengo miedo de no tener fuerzas para sobrevivir.

Salgo por la puerta del restaurante y la lluvia empapa mi cabello que se me pega a la piel y la ropa me pesa el triple de lo normal, o por lo menos es lo que me parece.

— Anne... ¡Maldita sea, detente! Tienes que escucharme.

Siento que corre hacia mí pero no me detengo. Mi mente está confundida. ¿Prometida y madre de su hijo? Me aseguró, lo juró, el jamás lo había hecho sin preservativo. Lo dijo y yo le creí.

Las lágrimas me brotan y la rabia me quema. Allí estaban Dolores, Gabe y Suraj, todos sabían que me engañaba y no hicieron nada por detenerlo. Me seco las lágrimas que chorrean por mi cara e intento buscar un taxi.

— ¿Anne?

— ¿Marc?

— Tu secretaria me dijo que estarías aquí, ¿Estás bien?

— Anne...— Reed me alcanza y me sujeta por el brazo totalmente agitado—. Tienes que escucharme.

Lo miro como si me encontrara en otro mundo. Me cuesta respirar y las frases no me salen.

— Suéltame...

— ¡No!

— Maldito hijo de puta. ¡Qué le has hecho!— Marc grita encolerizado.

— No te metas, no es tu problema— Reed contesta sosteniendo mi brazo con fuerza mientras yo lucho por soltarme de su agarre.

— O la sueltas o te rompo la cara—. Marc gritó furioso.

Reed intenta abalanzarse sobre Marc pero Suraj y Gabe llegan en el

momento justo para sostenerlo por la espalda y detener la pelea.

Yo, por mi parte miro el espectáculo horrorizada. Sólo deseo desaparecer de allí. El dolor es demasiado fuerte como para asumir una pelea de gallitos. Me acerco a Marc y lo sostengo por el brazo, él maldice mientras intenta secar mis lágrimas. Lo miro pero estoy en shock. Apenas puedo hablar. Las lágrimas me brotan descontroladas.

— No llores por favor. Yo estoy contigo.

— Sácame de aquí.

— Lo haré—. Marc me sostiene en sus brazos mientras levanta la mano para detener un taxi a pocos metros.

Reed grita encolerizado pero Suraj y su hermano lo sostienen impidiéndole seguirnos.

— ¡Soltadme! Suraj voy a matarte. Gabe, por favor...

— Tienes que dejarla ir...

— ¡Que te follen, maldito poli desgraciado! Gabe, eres mi hermano, suéltame.

— Permítele marchar.

— No puedo. ¡Maldita sea! No puedo. Gabe. No dejes que se vaya...

Los gritos de Reed retumban en la calle y detengo el paso hacia el coche.

— Anne. ¡Regresa! Por favor, háblame...

— Sube al coche—. Marc intenta que no lo escuche pero es demasiado tarde.

— ¡Soltadme! Anne, no te vayas con él. Me estás matando...

Tengo la ropas empapada y totalmente pegadas al cuerpo. Las lágrimas me cubren la cara pero no me importa. Me giro y le hablo sacando fuerzas de las propias entrañas.

— Para mí ya estás muerto.

— ¡No pienso dejarte! No vas a abandonarme.

Se mueve colérico intentando soltarse pero ambos hombres lo sostienen.

— Vamos.

Asiento sin saber siquiera lo que estoy contestando. La confusión, el dolor, la rabia y la vergüenza son sólo algunos de los sentimientos que me dominan. Desilusión, traición y desesperación, son unos de los tantos sentimientos que también encuentran sitio en mi resquebrajado corazón.

Un grito ahogado de Reed me hace girar para ver cómo consigue arrojar a Gabe y Suraj al suelo y correr hacia nuestro taxi.

Marc sube tras de mí y cierra la puerta ordenando al taxista para que

arranque.

Levanto la mirada y veo a Reed por el espejo del conductor. Está empapado, su pelo mojado se pega a su rostro y la locura enturbia su mirada.

— ¡Baja del coche!— Grita enloquecido.

Corre con fuerza pero cae de rodillas sobre el asfalto mojado al ver que el coche se marcha. Nos alejamos y ya no lo veo. Mi cuerpo comienza a temblar demostrándome que aún sigo viva aun sintiéndome muerta por dentro.

— Llévame a casa de Jane.

— Por supuesto. ¿Vas a contarme que ha sucedido?

— Sólo dile que nos lleve con Jane.

Marc habló con el taxista y luego me abrazó sin preguntar. No insiste y se lo agradezco. No puedo hablar con nadie. Sólo necesito estar en un lugar tranquilo, con alguien que me quiera y llorar por el dolor de mis heridas.

El aire me falta y el mundo se derrumba sobre mí. Pensé que estaba en el cielo cuando en realidad vivía la peor de las mentiras. El amor llegó sin avisar y lo recibí encantada e ilusionada. Creí que la experiencia me había enseñado a distinguir. Pensé que la madurez me mostraba el verdadero amor, pero todo fue un maldito engaño.

Estoy sola y con el corazón destrozado por alguien que ya no está. Me enamoré de alguien a quien no le importó romperme el corazón.

Las lágrimas me resbalan por la cara como torrentes que buscan desesperados una justificación que no existe. Aposté por el amor y perdí. Acabo de aterrizar con las alas rotas en la noche más vacía. Bajo del coche con ayuda de Marc porque mis músculos están doloridos y totalmente entumecidos. Toco el timbre esperando que la puerta se abra antes de caer desmayada y no poder levantarme. El cuerpo me tiembla y las manos no me responden.

— ¡Anne! Qué ha sucedido—. Jane grita asustada.

— Ayúdame... Por favor...

Caigo en sus brazos y me sujeta con fuerza. Cierro los ojos y lloro aún más fuerte. Estoy sola, con nuevas heridas que sangran, y con la única compañía de mi hermana. El sufrimiento vuelve y llama a mi puerta, otra vez.

###

*Reed siempre supo que la perdería. Su amor estaba destinado al fracaso ¿pero entonces por qué se niega a perderla?*

*¿Cuáles son los secretos que no le permiten vivir la vida que desea?*

*¿Cuál es su relación con el sadomasoquismo y por qué su madre ha enloquecido?*

*¿Por qué desaparece los sábados?*

*¿Quién es el Relojero y quién mató a John?*

*Reed es guapo y viril sin embargo nunca nadie le ofreció ternura hasta que conoció a Anne Foster ¿Por qué siempre se conformó con simples migajas?*

*Anne ha sufrido demasiado ¿será capaz de salir del agujero una vez más?*

*¿Olvidará a Reed o lo buscará a pesar de todo?*

*¿Podrá regresar al Templo de las Pasiones y vivir esas nuevas experiencias que buscaba?*

*¿Será la correcta y educada señorita Foster de siempre o se embarcará en un mundo de aventuras, excitación en el cual Reed ya no tendrá cabida?*

No te pierdas Stonebridge volumen II